ÍNDICE

PÁGINAS

LECCIÓN TERCERA

LECCIÓN CUARTA

A GUISA DE PRÓLOGO

IDEALES DE MUJER

Las serenas y brillantes sesiones del Cursillo de Educación Femenina, *celebrado últimamente en nuestro selecto Ateneo, me han producido una impresión de calma y de confianza a un tiempo.*

Hace próximamente dos años, encontrándome estudiando en Roma, dió la coincidencia de celebrarse allí el segundo Congreso Internacional Femenino. Por esta circunstancia se encontraron en la ciudad eterna mujeres de los lugares más apartados del mundo, y al reunirse en asamblea aprendieron a conocerse, a estimarse y a trabajar por la paz del mundo y la prosperidad de los

pueblos. Nada menos que veintidós países tenían su representación, poderosa o sencilla, en este Congreso: Inglaterra, Australia, Estados Unidos de América, Canadá, Argentina, Finlandia, Rusia, Alemania, Austria, Hungría, Suiza, Francia, Italia, Bulgaria, Suecia, Noruega, Dinamarca, Egipto, Rumanía, Neerlandia, Portugal, que se afilió en aquellos mismos días, y la trágica Servia... Todos, todos menos España.

Me dolía en el alma que España estuviese huérfana de representación; porque nuestras mujeres, calladamente, van conquistando sus legítimos derechos, cumpliendo al mismo tiempo sus más elementales deberes, que son el trabajo y la adquisición de una cultura.

Me dolía en el alma; porque aunque en España la mujer no haya buscado la resonancia de campañas feministas en la prensa y no haya perdido el tiempo con discursos ampulosos, ha demostrado su capacidad para las obras literarias, y si un tiempo tuvimos santa Teresa que hizo rayar la literatura mística a su mayor altura, hoy algu-

nas literatas nuestras han conquistado fama mundial.

La mujer catalana no sólo brilla en las letras y en las artes, sino que demuestra su aptitud para dirigir empresas mercantiles e industrias importantes. ¡Cuántos comercios que comenzaron modestísimamente son hoy casas de primer orden y cuántas de ellas deben su empuje al genio y a la labor constante de una mujer! Fijémonos en el gran número de fabricaciones importantes en que por imperiosa necesidad, al perder al jefe de familia, la mujer ha llevado el timón de la empresa y lo ha sabido llevar con una energía y habilidad de que nadie la habría sospechado poseedora. Y esto lo hace la mujer, a pesar de la insignificante cultura que hasta ahora se le ha proporcionado, sobreponiéndose al medio hostil que le cierra las puertas para intervenir en la vida pública y multiplicando sus esfuerzos porque dirige, además, toda la vida doméstica.

Por eso diría yo que la mujer posee una intuición maravillosa que suple con creces la falta de

instrucción y sabe adaptarse, y aun más, mejorar el medio que los azares de la vida le deparan.

La mujer de todos los países, especialmente la de raza latina, ignora sus deberes y derechos cívicos; no obstante, hoy todos admiramos su gesto heroico y su caridad inagotable ante la horrible tragedia que destroza la humanidad. La madre se desgarra a sí misma, pero entrega sus hijos y su marido para salvar a su patria y todavía emplea las pocas fuerzas que le restan en fomentar los medios de vida de su país o en restañar las heridas de otros mortales.

La mujer española al criar a sus hijos lo ha hecho hasta ahora casi guiada únicamente por el amor materno; pero éste no basta, como nos lo confirman las aterradoras cifras de mortalidad infantil, y por eso las conferencias de estos días tienen una orientación excelente, pidiendo la enseñanza de la puericultura en las escuelas de niñas y la creación de escuelas especiales para la enseñanza secundaria de la mujer.

También está sedienta la mujer española de

que se le facilite su educación cívica para conocer mejor sus deberes y cumplirlos, para no oponer trabas a la misión social del hombre y para poder hacer de sus hijos buenos ciudadanos.

La mujer italiana lleva a la española cívicamente mucha ventaja; porque las damas romanas ya no tratan únicamente de cumplir sus deberes, sino que recogen los frutos de su trabajo bien organizado y pueden realizar algunos de sus derechos.

Dos damas romanas forman parte de la Real Comisión encargada de reformar todo lo referente a legislación de menores y han colaborado con eminentes abogados en la formación de nuevas leyes.

Por eso decía al comenzar, que este Cursillo de Educación Femenina *me había producido una sensación de confianza en el esfuerzo colectivo de la mujer española; porque ha llegado el momento de que su trabajo no se practique en silencio o permanezca desconocido, sino de que se manifieste en toda su trascendencia social, y*

me ha producido también una sensación de calma, porque las voces que se han dejado oir son de serenidad, de justicia para la mujer, pidiendo sólo cuanto ha de hacerla más perfecta.

La resultante de este Cursillo *y de cuantas campañas se emprendan en favor de la mujer, y por lo mismo de la humanidad entera, debe concretarse, a mi entender, en estas magníficas palabras de Tennysson:* «Vayan las mujeres adelante también, por diversas vías, pero consérvense siempre mujeres».

CELESTINA VIGNEAUX DE COROMINAS

Barcelona, 23 de marzo de 1916.

ANTECEDENTES

CÓMO NACIÓ ESTE «CURSILLO»

Obsesionado por un ideal, convencido de que nos queda mucho que hacer en España, pero que, si poco a poco se hiciera algo, no es causa perdida la de nuestra regeneración y enaltecimiento, hube de expresar esta opinión mía en una carta que escribí a un personaje que en Madrid reside actualmente y que cuando residió en Barcelona se mostró entusiasta de mis campañas.

En esta carta, escrita a mediados de noviembre próximo pasado, decía al aludido personaje lo siguiente:

«Mi respetable señor y distinguido amigo:

Bien conoce V. E. el entusiasmo con que procuro desde hace tiempo difundir en nuestro país las doctrinas que, según un eminente estadista español, son el específico que mejor conviene para el resurgimiento de nuestra raza, que llegó a dominar ambos mundos.

Pero mis esfuerzos se estrellan contra la indiferencia, la abulia y la pereza espiritual, disolventes que malean, en gran parte, las características étnicas y sociales de nuestro pueblo.

De ello algunos, equivocadamente a mi parecer, acusan al Estado, al Magisterio y a deficiencias de la Ley; pero, según entiendo, la causa está en nosotros mismos, rebeldes al método, enemigos de cuanto signifique elevación de ideales, individualistas por egoísmo y revoltosos por sistema.

Y todo esto ¿a qué es debido?... a que no educamos a la mujer capacitándola para su más noble misión, para la maternidad, para educadora de nuestros hijos.

La mujer española adora a los hijos, es cierto; pero en vez de ver en ellos con los ojos del espíritu a los hombres de mañana, no ve más que al muñeco que puso al mundo, y por intuición sabe que lo ha de querer, y lo quiere.

Cuando en manos del maestro pone a su hijo, éste lleva ya consigo el germen de todos los vicios, prejuicios y pasiones engendradas al amparo de las blanduras y de la ignorancia de la madre, de esa madre todo corazón y sentimentalismo, que, como no aprendió los procedimientos para plasmar el alma del niño y convertirlo en hombre de ideales, para modelar su carácter y robustecer su voluntad lucha, se desespera y llora, al verse impotente para lograr el ideal de su vida.

Necesitamos adoptar una orientación decisiva si

queremos modificar la psicología de nuestro pueblo, y convencido de ello, aunque reconociendo mi falta de condiciones, he resuelto emprender activa campaña en este sentido.

No se me oculta que, como toda idea de mejora cultural, habré de sostener cruentas luchas con los que se crean perjudicados por el enaltecimiento y liberación de la mujer, quienes no se han de resignar a perder los beneficios que la ignorancia de ésta les reporta; de los que mercantilmente explotan sus sentimientos y de los pusilánimes que, convencidos de su inutilidad, se amilanan ante la idea de que la mujer pudiera, al educar su voluntad, sobrepujarlos en la vida de acción y en el trabajo mental.

Combatirán mi obra los espíritus mezquinos y disolutos que todo lo convierten en afán de lucro y en manifestaciones partidistas o sectarias; pero yo seguiré imperturbable mi camino sin contar el número de cuantos quieran combatirme, pues si bien podría darse el caso de que no saliera vencedor en la contienda, tengo la certeza de que no seré vencido.

El primer acto que de este apostolado moral pienso celebrar consistirá en un Cursillo de Educación Femenina, *cuyo programa incluyo.*

Creo que las condiciones que concurren en las ilustres señoras encargadas del estudio de los interesantes temas que completan dicho programa bien merecen la protección moral del Estado, a cuyo

fin suplico a V. E. tenga la bondad de hacer las gestiones necesarias para que se digne aceptar la Presidencia oficial de este Cursillo *el excelentísimo señor Ministro de Instrucción Pública, a quien escribo* solicitando *dicho favor.*

Es atención de la que le quedará sumamente agradecido su affmo. amigo y atento s. s., q. e. s. m.»

* * *

Las gestiones dieron el resultado apetecido, y el Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes me escribió, con fecha 27 de diciembre de 1915, lo siguiente:

«Sr. D. Miguel Parera.

Barcelona.

Muy señor mío: Con mucho gusto contesto su carta en la que me ofrece la Presidencia honoraria del Cursillo de Educación Femenina *que fué aceptada por mi antecesor el señor Andrade y me complazco en manifestarle que acepto gustoso dicha Presidencia.*

Muy agradecido al honor que me concede, quedo atento y affmo. amigo, s. s., q. e. s. m.,

JULIO BURELL.»

Ultimados los detalles de organización del Cursillo, *se avisó al señor Ministro por si quería asistir personalmente a presidir las sesiones, a lo que contestó, con fecha 26 de enero de 1916, lo siguiente:*

«Sr. D. Miguel Parera.

Barcelona.

Muy señor mío: Para responder al interés de usted, y ante la imposibilidad de presidir personalmente el Cursillo de Educación Femenina *que usted ha organizado, he dado encargo al excelentísimo señor don Rafael Andrade de que tenga la bondad de representarme en los actos que se relacionan con dicho* Cursillo.

S. s., q. e. s. m.,

JULIO BURELL.»

Con esta preparación se inauguró el Cursillo de Educación Femenina *en el Salón de Actos del Ateneo Barcelonés, el lunes, 31 de enero de 1916, a las seis de la tarde, bajo la presidencia del Ilmo. señor Rector de la Universidad de Barcelona, haciendo acto de presencia los excelentísimos señores Capitán General, Comandante de Marina, Delegado de Hacienda, Diputación Provincial, Delegación Regia de 1.ª Enseñanza, Escuela de Bellas Artes, Instituto Catalán de las*

Artes del Libro, Inspectores, Catedráticos y público numeroso y distinguido.

La sesión inaugural se celebró en dicho día y las lecciones que se publican a continua ión por el mismo orden del programa, fueron dadas los días 1, 3, 4 y 5 de febrero siguientes.

MIGUEL PARERA

PROGRAMA

SESIÓN INAUGURAL (Día 31 de enero)

LECCIÓN PRIMERA (Día 1.º de febrero)

1.º **La mujer en la antigüedad y la mujer moderna; sierva o compañera; por don Federico Climent Terrer.**

2.º **De la misión social de la mujer en la vida moderna; por doña Carmen Karr de Lasarte.**

LECCIÓN SEGUNDA (Día 3 de febrero)

1.º **El trabajo intelectual y el trabajo manual de la mujer moderna; por doña Leonor Serrano y Pablo.**

2.º **Influencia decisiva que la educación y cultura de la esposa ejercen sobre el carácter y conducta del marido y como consecuencia de los hijos; por doña María Doménech de Cañellas.**

LECCIÓN TERCERA (Día 4 de febrero)

1.º **Verdadero concepto de los deberes sociales de la mujer, y estudio sobre la educación que debiera dársele para cumplir con su misión de esposa y madre; por doña Rosa Sensat de Ferrer.**

2.º **¿Llega la mujer a la maternidad con suficiente preparación para dar a la sociedad hijos sanos, fuertes y honrados?; por doña María Baldó de Torres.**

LECCIÓN CUARTA (Día 5 de febrero)

1.º **El sentimiento religioso en la mujer española; por doña Dolores Monserdá, Vda. de Maciá.**

2.º **Cultura musical. Audición de canciones populares de carácter místico.**

3.º **Discurso resumen; por el ilustre doctor don Valentín Carulla, Rector de la Universidad.**

Nota.—Las ilustraciones musicales fueron ejecutadas por las señoritas del «Centro de Cultura Musical Popular», bajo la entendida dirección de su fundadora doña Narcisa Freixas.

SESIÓN INAUGURAL (Día 31 de enero)

Esta memorable sesión, más de carácter oficial que educativo, tuvo lugar bajo la presidencia del Ilmo. señor don Vicente Carulla, Rector de la Universidad, y se desarrolló brillantemente con un elocuente discurso sobre la educación femenina en general, el selecto concierto dedicado a este *Cursillo* por las encantadoras coristas de *Cultura Musical Popular*, que bajo la dirección de su fundadora, la notable compositora doña Narcisa Freixas, ilustraron estas sesiones, encargándose de la parte de solista la distinguida soprano señorita Juliá.

Finalizó con breves palabras de la Presidencia declarando abierto el *Cursillo* y haciendo profesión de adhesión ferviente y entusiasta a sus enseñanzas.

LECCIÓN PRIMERA

TEMA PRIMERO

La mujer en la antigüedad y la mujer moderna; sierva o compañera

por D. Federico Climent y Terrer

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORAS; SEÑORES:

La explanación de este primer tema será en mis labios un brevísimo preliminar o introito de los que con mayor amenidad de palabra y más viva lucidez de pensamiento desenvolverán en sucesivas lecciones las ilustres conferenciantes que han de ocupar esta tribuna; y así no será extraño descubrir entre mis conceptos y los suyos algunas coincidencias y analogías, pues aparte de que todos los temas que han de tratarse en estas conferencias son modalidades del tema único y capital de la educación femenina, las ideas no tienen dueño exclusivo ni reconocen derechos de propiedad encerrada en patentes ni privilegios. Las ideas flotan en el océano mental que nos rodea y cada cerebro, cada mente humana se

asimila y expresa las que por su potencia es capaz de recibir.

El numeroso concurso reunido en este salón, sin necesidad de premiosas excitaciones, y el interés que han despertado en el nobilísimo elemento femenino las conferencias anunciadas, no como espectáculo de exhibición aparatosa, sino muy al contrario, como estímulo de labor intensa y positiva, demuestran evidentemente los anhelos que la mujer siente de redimirse por su propio esfuerzo de la esclavitud en que todavía la retienen prejuicios hostiles a toda justicia, y que se ve con capacidad sobrada para ocupar dignamente el sitio que por derecho le corresponde en el hogar y en la sociedad.

Fuera empeño muy superior a mis aptitudes, ni cabría en los estrechos límites de una conferencia, el estudio detenido de la situación social de la mujer en la antigüedad; pero como todas vosotras conocéis la historia, bastará para el objeto de nuestro tema representaros la innegable verdad de que en la antigüedad la mujer fué socialmente tanto más esclava cuanto más bárbaro e inculto era el pueblo a que pertenecía, porque la esclavitud de la mujer va siempre acompañada y sostenida por la ignorancia y brutalidad del hombre, por el desconocimiento de la eterna ley de justicia promulgada por Dios en las Escrituras Sagradas de todas las religiones, y más particularmente para

nosotros en la Biblia, de donde, a pesar de la ridícula jactancia de los presuntuosos pedantes modernistas, entresacó en toda época la filosofía humana las doctrinas éticas y sociales que por su intrínseca bondad y verdad resisten a las veleidades de la moda científica y a los embates del tiempo. Y precisamente en el Génesis, de cuya sabiduría se mofan los incapaces de comprenderlo, encontramos los fundamentos del verdadero feminismo, del sano feminismo que coloca a la mujer en el lugar donde Dios la puso, para que no fuese superior ni inferior ni siquiera igual al hombre, como proclama el feminismo extraviado, sino para que fuese lo que debe ser: el complemento del hombre, su compañera y no su esclava.

Tal es el concepto ortodoxo y sin riesgo alguno aceptable del feminismo, contra el que se levanta el egoísmo del hombre encastillado en los todavía no derruídos baluartes de la antigua barbarie, hoy disimulada bajo el disfraz de una falsa civilización. Este concepto está admirablemente simbolizado en aquel pasaje del Génesis que nos dice que Dios formó a la mujer de la costilla, esto es, del costado del hombre, como dando a entender que no la formó de la cabeza para indicar con ello superioridad, ni de los pies para señalar inferioridad, sino del costado para significar compañía, complemento y correspondencia. Así dice Dios que

no es bueno que el hombre esté solo y determina hacer ayuda idónea para él; y cuando Adán ve a la mujer que Dios le había dado para ayuda y no para sierva, exclama: «Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada varona porque del varón fué tomada». He aquí manifiesta la dignidad de compañía en la honrosa denominación de varona con que Dios, por boca de Adán, designa a la mujer, en antítesis del denigrante calificativo de hembra que la egoísta ingratitud del hombre le da hoy en las estadísticas demográficas de una sociedad que se llama culta, y sin embargo equipara a la noble mitad del linaje humano con las especies animales.

Al apartarse el hombre de la ley de Dios, objetivamente manifestada en las leyes de la naturaleza, cayó arrastrado por la culpa en los sofocantes brazos de la ignorancia, y abusando de su fuerza bruta esclavizó a la mujer y la tuvo en menos estima todavía que a las reses de sus ganados, negándole toda participación en los intereses de la vida social; pero como la mujer es tan hija de Dios como el hombre y también alienta en su cuerpo el alma creada a la divina imagen, no pudo por menos de ejercer su influencia espiritual con avasalladora soberanía en los momentos críticos de la vida del que, no obstante haberse erigido en su dueño, estaba esclavizado a ella por las in-

visibles cadenas del amor sexual. Y así vemos que, a pesar del imperio social que leyes injustas y costumbres bárbaras dan al hombre sobre la mujer, ejerce ésta sobre él en toda época sigiloso dominio. Así vemos a Sara cautivar la voluntad de Abrahán, determinando con su ascendente el destino de dos pueblos. Así vemos a Rebeca influir decisivamente en el ánimo de su hijo Jacob y alterar con su resolución el porvenir del pueblo escogido.

Y sin necesidad de citar los numerosos ejemplos que de la influencia de la mujer en la antigüedad nos da la historia profana, bastarán para nuestro propósito los que la historia sagrada nos presenta en la profetisa Débora, gobernadora de Israel, sin cuya compañía no se atrevió Barac a marchar contra los cananeos; en la valerosa Judith; en la prudente Ester, y en tantas otras mujeres bíblicas que, a despecho de su inferioridad social, dominaron como señoras en vez de obedecer como esclavas.

Tal vez digáis que estos ejemplos no van más allá de excepciones sin eficacia alguna en la determinación de la valía femenina; pero conviene tener en cuenta que las muchedumbres de hombres han pasado por este mundo como rebaños tan sólo cuidadosos del pasto, sin que entre ellos sobresalieran por su talento o bondad mayor número que el de mujeres cuyos hechos beneficiaron a la raza humana;

antes al contrario, entre los hombres abundaron los déspotas, tiranos y conquistadores que fueron oprobio de la justicia y entorpecimiento de la marcha normal del mundo.

El adelanto de los intereses materiales ha dado a los pueblos modernos una apariencia de civilización que está en pugna con su bajo nivel moral. La mujer moderna no es ya uno de tantos bienes muebles del hombre como en tiempos antiguos; pero todavía se la considera, en gran parte, como un objeto de adorno y lujo, sin que ni leyes ni costumbres le reconozcan su categoría de compañera del hombre. Entre el repudio de Vasti por Asuero y el repudio de Josefina por Napoleón no se advierte la mudanza de los siglos.

En nuestros días la señora de la aristocracia tiene a gala educar a sus hijas en el extranjero o en internados de pensión costosa cuya rígida disciplina violenta su voluntad en un ambiente monacal del todo opuesto a las exigencias del mundo en que han de ser esposas y madres. La mujer de la clase media remeda penosamente a la aristocracia y en colegios de no tanto boato, aunque de parecido régimen, recibe una educación superficial y de todo punto insuficiente para la lucha con la adversidad en que frecuentemente la empeña el infortunio, sin dejarle abiertos otros caminos que los del matrimonio o del convento. La mujer de la clase

proletaria se ve sujeta desde su niñez al trabajo asalariado y apenas le consiente el hambre ocasión de utilizar los tesoros de virtud y talento que la escuela pudiera descubrir en su corazón y en su mente.

El único remedio de los males morales que afligen a nuestra desasosegada civilización está en educar a la mujer con la misma solicitud y empeño que al hombre, sin considerar el sexo como impedimento de cultura. Verdaderamente la natural profesión de la mujer es la de esposa y madre y su más adecuado campo de acción es el hogar; pero el desequilibrio numérico entre ambos sexos, agravado en contra del masculino por las actuales circunstancias, cierra muchas veces a la mujer el camino del matrimonio y la empuja en brazos de la desesperación por el del convento. Para impedir este daño que malogra toda una vida es indispensable proporcionar a la mujer las bien templadas armas que necesita para valerse y bastarse a sí misma en la sociedad, aunque no pueda constituir matrimonialmente una familia ni establecer un hogar. Estas armas las ha de recibir de la escuela primaria, de la educación fundamental que considerándola como ser humano descubra sus congénitas aptitudes y fortalezca sus naturales cualidades para señalarle su lugar apropiado en la vida, pues para todos sus hijos sin distinción de sexo ni categoría social lo tiene

reservado, con tal que sepa encontrarlo, el providente dedo de Dios.

El problema feminista no es, en resumen, ni más ni menos que un problema pedagógico, y contra la opinión casi siempre interesada de los que por no ver más allá de sus pestañas quisieran retener a la mujer en una esclavitud moral e intelectual tan denigrante como la en que antiguamente la retuvo la brutalidad del hombre, ha llegado la hora de plantearlo porque los tiempos apremian para resolverlo.

Hay quienes, jactándose de conocer la psicología femenina, tildan de imbecilidad y extravagancia el esfuerzo de cuantos con el generoso propósito de levantar a la mujer de su forzada condición de sierva, en que parcialmente gime todavía, a la noble dignidad de compañera que por justicia le corresponde, la estimulan y alientan a que se redima por la educación y la cultura; pero tened en cuenta que los errores de ayer son las verdades de hoy, que los ideales se convierten en realidades y que también tildaron los sabios salmantinos de imbécil, extravagante y loco al inmortal descubridor del mundo nuevo porque afirmaba la esfericidad de la tierra. Y la mujer será en las esferas de la inteligencia y de la sensibilidad el mayor descubrimiento del siglo veinte.

SEGUNDO TEMA

De la misión social de la mujer en la vida moderna

por D.ª Carmen Karr de Lasarte

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES; SEÑORAS:

De la misión social de la mujer en la vida moderna es el tema que me ha sido señalado en este ciclo de conferencias sobre educación femenina; tema interesante sin duda, y que, según el punto de vista en que se mira, involucra serios problemas. Mas si, a pesar de mis escasas fuerzas, he acogido gustosa tan honroso cometido, me es deber confesar, ante todo, el egoísmo de mi aceptación, pues bien convencida de que la misión social de la mujer no es otra cosa que el reflejo de su misión en el hogar, confío que, con más saber y gracia que yo, las distinguidas damas encargadas de los demás temas en este *Cursillo* sabrán exponer los diversos valores que integran la verdadera *misión social de la mujer en la vida moderna.*

Bajo la impresión que tenemos de que los deberes del hombre son públicos, parecería que sólo y exclusivamente privados deberían ser los de la mujer; pero ¿podemos admitir,

como pregunta Ruskin, que el reino de la mujer esté encerrado entre los muros del jardín donde se abren sus flores preferidas?

Ciertamente, no; pues sería creer que el egoísmo es un defecto femenino. Y la mujer ha recibido de su Criador un manantial demasiado rico y abundante de sentimentalidad para que pueda vivir en paz, con Él y consigo misma, sabiendo que más allá de sus dominios familiares hay quejas que puede acallar, miserias que puede remediar y tristezas que puede consolar.

Pues la mujer, desde su advenimiento a la vida, sabe que allí donde pueda haber una injusticia que evitar o defender se extiende su misión salvadora. Ella sabe que en todas partes viven, luchan, sufren, agonizan seres que tienen como ella un alma de esencia divina, y hacia estas almas hermanas ella irá siempre, amorosa o resignada, aunque a veces inconsciente, quizás por falta de aquella preparación inicial necesaria para hacer fructuosa su intervención social.

Por esto se impone tanto en la vida moderna una seria formación, o, mejor dicho, *dirección* del alma femenina. Hay que trazar los caminos a la mujer o darle los medios para vencer los obstáculos que puedan levantarse ante sus impulsos generosos.

* * *

Hay para la mujer, especialmente, una misión en la vida, que si bien es tan noble y tan alta como la de la *maternidad*, indudablemente más altruista: la de la *Humanidad*, del amor al prójimo; es su misión social, que será tanto más fecunda cuanto consciente sea el cumplimiento de su misión en el hogar familiar; misión que, como he dicho ya, será más autorizadamente expuesta por las distinguidas damas, mis compañeras, en el curso de estas disertaciones.

* * *

En otros lugares dije y escribí más de una vez una gran verdad que me ha dictado la experiencia: «Únicamente preparando a la mujer para hacer *sola* el camino de la existencia tendremos buenas esposas, buenas madres, buenas ciudadanas». Es necesario por todos los medios romper aquel antiguo molde de la formación femenina que no tenía otro ideal para la mujer que el matrimonio o el convento.

No hace muchos años, dos o tres, me parece, que, a propósito del extraordinario *sobrante* femenino (que con tendencia a aumentar ascendía en España a más de seiscientas mil solteras),

un conocido sociólogo católico ofrecía una solución, que mueve a las más serias reflexiones, sobre el porvenir de la misión social de la mujer española: *el convento.*

«El convento — dice — quita de en medio, alejándolas de *la lucha por el marido,* un gran contingente de muchachas jóvenes.» Apóyase en razones muy dignas de ser tenidas en cuenta y añade:

«¿Qué puede hacer una joven de la clase media, una huérfana con una dote de cuatro a cinco mil pesetas? Si no tiene vocación religiosa, habrá de entrar en un escritorio, excluyendo de él a un joven de otro sexo o substituirle en el mostrador de una tienda, o consumirse trabajando día y noche en labores de aguja que le darán una ganancia muy mezquina, tanto que ni unida a la renta de su pequeño capital apenas podrá sufragar sus más apremiantes necesidades. Mas permitid a esa joven que se asocie con otras veinte de sus mismas costumbres, que pongan sus dotes en común, que se empleen en vulgares trabajos, absteniéndose de todo gasto superfluo en el vestir, en la habitación y de los mil caprichos de que apenas puede carecer la vida femenina; herédense, además, mutuamente, de suerte que vayan acumulando un patrimonio social y con todo esto gozarán de las ventajas morales de la sociedad doméstica y podrán pasar su vida

pobremente, pero libres de las miserias y peligros morales y sociales que asedian a la pobre mujer aislada e indefensa.»

Y añade el sociólogo:

«...Esto olvida el feminismo aturdido e insensato, el cual, si lograse dar ocupación y sustento a las mujeres jóvenes, nunca podrá llenar el inmenso vacío que se abre en el alma femenina cuando comienza a declinar el día de su existencia, si no acuden a llenarlo las afecciones del hogar natural o los santos afectos de la vida religiosa.»

. . . .

¿No es profundamente doloroso que en España exista *aún* quien pueda creer que la solución del problema femenino está únicamente en el *convento* cuando falla el matrimonio?

¿Qué concepto tienen esos... SOCIÓLOGOS de la *misión social* de la mujer?

Y a propósito de esto, dejadme hablaros brevemente de aquellas mujeres a las que parece incumbir más directamente una misión social en razón de su independencia: me refiero a aquellas a las cuales los azares de la vida, los decretos de la divina Providencia, han dejado solas en el camino donde otras hallaron compañía.

Esas mujeres, si han llegado a la hora trágica del otoño femenino sin una preparación que les llene el alma del fervor de un ideal, no

solamente serán profundamente desgraciadas, sino que, conducidas por la amargura o inconsciencia de una vida fracasada, serán unos seres inútiles, cuando no nocivos a otras iniciativas utilitarias.

Por esto, sobre todo, hay que dar a la mujer, desde su despertar a la vida, conciencia de su propio valor, de su poder y de su misión; es indispensable que tenga una noción bien definida de su personalidad, para que los desengaños sean para su corazón fecundos en experiencia generosa, para que piadosamente, fija la mirada en las miserias humanas y el espíritu en la divina esperanza, comprenda la fuerza consoladora del deber y de la dicha *de dar a todas las criaturas aquella su alma que no ha podido consagrar a otra alma.*

* * *

La verdadera misión social de la mujer ha de estar, pues, basada en la conciencia de su poder, de sus deberes y de sus derechos.

Entre la sufragista violenta, hombruna, revolucionaria, y la beata ignorante, fanática e intransigente, hay la mujer fuerte de que nos hablan los santos Proverbios. Hay la mujer que es reina en su hogar, donde ama los quehaceres domésticos sin ser de ellos la esclava. La que sabe hacer de su casa el lugar donde los

que ama se encuentren mejor que en ninguna parte. La que es creyente por conciencia y piadosa por amor y respeto a los divinos misterios; la que amando la belleza en todas sus manifestaciones hace compartir sus goces a los que la rodean; la que respeta lo que no comprende y no olvida que «si una mujer podrá siempre cooperar en la obra de su marido con lo que *sabe bien,* en cambio le molestará con lo que ignora o *sabe mal*». Ella, la mujer dulce y fuerte que tiene ternuras y adorables perdones para el niño que vive eternamente en cada naturaleza masculina; la que es oportuna en llegar y desaparecer, en la alegría, en la tristeza, en la soledad de los que ama; la que siempre busca en torno suyo a qué desamparo dar algo del inagotable tesoro que guarda su alma.

Esta es, señores, a mi humilde entender, la mujer que hay que formar para que, desde el lugar donde el destino la haya colocado, su influencia, más allá del cercado de su jardín, sea bienhechora y fecunda. De ella nacerán hijas que sabrán cumplir su misión social (contra los peligros de la vida, mejor defendidas por su fortaleza moral que por los muros de un convento); y sus hijos serán unos hombres que se avergonzarán de ocupar un lugar detrás de un escritorio o de un mostrador, midiendo cintas y encajes, vendiendo agujas o perfumes

en tanto la tierra necesita brazos para sus cosechas.

* * *

La misión social de la mujer en la vida moderna debe empezar, pues, en el hogar, ya que en el hogar radica el gran poder de la mujer, más bien nacida para reinar que para combatir.

Ella, con su dulzura, calmará las violencias del hombre que pueden influir en su actuación social, encaminará su justicia y fortalecerá su fortaleza. Cuanto mayor sea su influencia interna, más brillará exteriormente; y como la luz en la casa cerrada, irradiarán por las rendijas su virtud y su fortaleza.

La Historia, hablándonos de aquellas nobles damas medievales que con sus blancas y suaves manos abrochaban sobre el pecho de sus caballeros las fuertes armaduras que habían de guardarles del peligro en las batallas, evoca un símbolo de eterna verdad, pues la coraza del alma, para que ésta sea invulnerable, ha de estar ajustada por una amorosa mano de mujer. Y solamente cuando ella no ha sabido cerrar fuertemente la armadura, cae el hombre vencido.

* * *

¿Y qué más podría deciros, señores, de lo que es *la misión social de la mujer en la vida moderna,* si hoy precisamente se alza sobre el mundo como un himno sagrado, solemne, en su gesto sublime de heroica belleza, de trágica resignación?

Contemplemos rendidos de respeto a la mujer de otras tierras, en su misión social, ante la conflagración mundial.

Cumpliendo ciegamente lo que ella cree su deber, admirable, la mujer, la reina del jardín familiar ha abandonado su reino saturado del perfume de sus flores preferidas; cubriendo su cuerpo del humilde hábito blanco, de las albas tocas su cabellera, ostentando por única joya el brazalete de rubíes de la Cruz Roja, se ha situado a la cabecera de los heridos, de los moribundos, víctimas propiciatorias de las crueles ambiciones de los poderosos de la tierra.

Su *misión social en la vida moderna,* la mujer hoy también la desempeña, defendiendo el pan de los hijos desde los lugares donde en otros tiempos felices de paz y de prosperidad el hombre lo ganaba cada día.

Y ha hecho más todavía la mujer en el cumplimiento de la misión impuesta por la *vida moderna.* Ha olvidado, ante el peligro de la

patria, que era madre, y ha dado sus hijos ¡sus hijos! a todos los peligros de la sangrienta e ignominiosa lucha; los ha dado a la ceguera, a la impotencia, a la muerte en plena juventud.

¡Y más aun! Ella, la dulce, la piadosa, la pacífica, se ha vuelto cruel e inhumana, pues de sus manos suaves hechas para tejer exquisitas maravillas, para acariciar a los niños, para ser besadas por el amor o para cruzarse en la oración, la mujer carga de metralla los instrumentos de destrucción y de muerte; y en el cumplimiento de la misión social que la vida moderna parece haberle impuesto, la mujer ha llegado a hacer municiones de guerra.

* * *

Después de esto ¿quién se atreverá a dudar de la fuerza que adquiere el deber en el alma femenina? En frente de semejante transformación de la feminidad, ¿quién podrá negar a la mujer la virtud de la fortaleza? ¿Quién se atreverá en estos momentos a encomendar al feminismo reivindicaciones, prerrogativas, derechos legales?... Un gran silencio se impone. En tanto, entre las terribles luchas gesta calladamente la hora de la justicia a los derechos de la mujer.

Y mientras, esperando el advenimiento glorioso, vamos nosotras, las mujeres de España, las hijas de Cataluña, llevando a cabo nuestra

misión de paz y de renacimiento, trabajando por nuestro perfeccionamiento, cada día con más fervor, cada vez con más confianza.

Es poco decir, según afirma el poeta, que las pisadas de la mujer no sólo no destruyen las flores, sino que ni las marchitan. Es necesario que las flores nazcan bajo sus pasos, por un milagro de amor y de piedad, como un día, en el regazo glorioso de la santa reina de Hungría, florecieron las rosas.

LECCIÓN SEGUNDA

TEMA PRIMERO

El trabajo intelectual y el trabajo manual de la mujer moderna

por D.ª Leonor Serrano de Xandri

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES; SEÑORAS:

JAMÁS como en este instante hemos creído en la necesidad de que un conferenciante suplique benevolencia a su público.

Cuando, laborioso y atrevido, desinteresadamente y por actividad espontánea, va a presentar sus convicciones, el trabajo elaboración propia, ante un público desconocido y curioso, a veces hostil, ya necesita y mucho de esa benevolencia. Pero añadid que esos conferenciantes sean damas que por primera vez en un país esbocen el planteamiento de un problema delicado y complejo, y que sea su norma absoluta la sinceridad, plazca o no plazca, y encontraréis ahí la disculpa de que solicitemos no el aplauso, no; algo mejor: la simple y au-

gusta curiosidad del pensamiento que atiende, razona y medita.

El tema que se me ha encomendado, para mayor claridad de exposición, voy a dividirlo en tres puntos.

1.º Objeto. *El trabajo.*

2.º Sujeto. *La mujer.*

3.º Fin. *El trabajo de la mujer.*

Termínase con algunas conclusiones.

El trabajo ¿qué es en la vida humana? Una condición de vida indispensable, social y biológicamente.

Toda vida es actividad. Vivir es una serie de acciones y reacciones físicas, químicas, de asimilación, de desasimilación, nacimiento, reproducción, muerte; actividad, en fin.

La actividad de todo ser vivo, condición indispensable de su existencia, se concreta en una sola y única aspiración: el máximum de vida.

Para ello lucha incesantemente con cuantos seres le disputan el alimento, se nutre y elabora íntimamente su propio ser.

Su actividad mínima es, pues, *comer* y *luchar,* lo mismo en el vegetal que absorbe y se defiende, como en el animal que traga y pelea.

Un ser vivo es activo, so pena de atrofiarse en todo o en parte, y por último perecer, morir.

El hombre también es un ser vivo; también, pues, ha de ser activo. Pero como ser inteligente,

su actividad no puede ser ínfima, rectilínea: la de *comer* y *luchar*

Faltándole, para defender su vida, la fuerza física, ha de suplirla con el esfuerzo inteligente. Y entonces la actividad, en vez de llamarse *de comer* y *luchar,* se denomina *trabajar* y *competir.*

La civilización es eso: refinamiento del esfuerzo de vivir, o sea del trabajo; evolución cada vez más marcada del trabajo *mecánico* al trabajo *inteligente.* Esto es, prevaleciendo la actividad de la inteligencia sobre la del músculo. A las sensaciones siguen las ideas. A lo concreto, lo abstracto. Al trabajo, esfuerzo doloroso, el trabajo hábito, y luego placer; y luego la idea sintética de la belleza, origen del arte; mientras, por otra parte, de la abstracción brota la idea, sintética también, de la norma, del utilitarismo de la regla, origen de la ciencia.

En suma, el hombre para vivir, en vez de sólo *comer* y *luchar,* necesita la actividad del trabajar y competir. Esto último es lo que diferencia la civilización de la animalidad ancestral, dándose también tipos de supercivilización, el apóstol, el poeta, el sabio, el artista, que con ingénita sobreactividad inteligente convierten el trabajo-esfuerzo o a lo sumo el trabajo-hábito en trabajo-diletantismo, en aras de la pura idea, que a sí misma se refina y se supera constantemente. Y también se dan tipos

de infracivilización, de saltos atrás, individuales y colectivos. Los vagos y los criminales, las guerras, vagancias colectivas y criminalidades colectivas ¿qué son sino retrocesos a la ínfima actividad biológica, el comer y el luchar?

De cuanto hemos apuntado, fácil es pasar a una afirmación. Todo malestar social es fruto de un latente problema económico. Cuando la colectividad, activa por definición, bulle y se agita, no es por exceso de actividad, porque ésta empuja al avance, al progreso, al estudio de nuevas fórmulas de trabajo; y a la inteligencia humana ¿qué género de dificultades naturales pueden jamás oponérsele?

No; un malestar colectivo nunca proviene del exceso de actividad humana, frente a la inercia del ambiente, sino del entrechoque de unas actividades humanas con otras humanas también; de la disputa de la vida, que no es competencia de trabajo, sino arrollamiento de derechos. Hay dos modos individuales de avanzar; el uno es andando y el otro no dejando andar a los demás. Los malestares sociales no vienen de lo primero, sino de lo segundo.

Llegamos así al problema que nos ocupa. Fácil es deducir que, como todo problema social, tenga también una raíz económica.

Si el hombre es ser activo y necesita del trabajo, como ley social y ley biológica, la hembra, que en ninguna inferior especie zoológica pode-

mos admitir sirve única y exclusivamente a la propagación de la especie, tampoco podremos admitirla en la humanidad como desprovista de toda actividad ajena a ésa.

No podemos admitirlo en las especies inferiores: 1.º, porque no en todas las edades la hembra es apta para la fecundación; 2.º, porque sólo en muy contadas ocasiones está protegida y defendida por el macho; 3.º, porque no siempre está en gestación; 4.º, porque no todas las hembras son fecundadas.

Luego si no cabe admitir ese exclusivo papel reproductor para la hembra en las especies inferiores ¿podremos admitirlo en la especie humana?

Claro que no. Sin embargo, biológica y socialmente considerada, la mujer está peor. Creemos que la falta de ordenación de su actividad, unas veces encaminada al trabajo abrumador, a una esclavitud material, y otras encaminada al ocio y al mimo, esclavitud moral como simple instrumento de placer; en suma, exceso o defecto de trabajo, pero siempre subordinado, nunca como actividad espontánea; creemos que todo esto es la causa de su innegable inferioridad actual, que se nos presenta como una verdadera atrofia.

En la educación del hombre, en uno u otro sentido, siempre ha habido orientaciones positivas; en la de la mujer, no; todo es negación

y reclusión; retención y apagamiento de la idea en el detalle; de la persona en el ambiente, y la atrofia ha venido a través del tiempo.

Desde que en los albores de la civilización, el hombre más fuerte, o sea el más apto para la lucha contra el ambiente, es consagrado rey de la tribu, erígese en seguida el predominio de la fuerza, cantada por los poetas, ensalzada por el pueblo y consagrada por las leyes, como la única razón de supremacía.

De aquí surge el predominio de la fuerza masculina indiscutible, sobre todo en épocas como la de la gestación femenina. Véndesela luego como esclava, impónesele el trabajo. El hombre pelea o caza y pesca; la mujer refina el esfuerzo de la civilización rudimentaria con un leve esbozo de trabajo inteligente: guisa, teje, labra la tierra y apacienta el ganado.

Pero a veces el trabajo no es especialización, sino esclavitud. Es uncida al arado y la carreta, mientras el hombre reposa tranquilo sobre la piel del oso recién cazado en las selvas.

El trabajo, desordenado y esclavo, la abrumó, y la atrofia comenzó. Por eso si en la antigüedad y en las modernas regresiones de la actual civilización queremos especializar la actividad de cada sexo, del modo que se viene haciendo hasta ahora, diciendo, por ejemplo: la vida inferior de conservación y defensa ha de circunscribirse a la diferencia de sexos; la mujer

conserva y el hombre defiende, nos encontramos ante la duda de que tales, aunque no absolutos caracteres, sean hijos de una tradicional y forzosa adaptación a ambientes distintos: el uno esforzado, luchador contra los elementos; el otro, recluído, corto, y, por lo tanto, detallista y minucioso.

En cambio, las excepciones han sido casi tan numerosas como la regla. La mujer, libremente entregada a la actividad ínfima de las civilizaciones primitivas, *comer* y *luchar*, adquiere excepcional rudeza de espíritu y fuerza física.

Ejemplos: La fábula griega admite la posibilidad femenina de las amazonas, mujeres luchadoras. La Biblia nos habla de Débora, la mujer-jefe que con su segundo Barac derrota al cananeo y se erige en juez de su pueblo, emitiendo sus fallos con aquella santa simplicidad patriarcal, bajo la sombra de la palmera del desierto. Judith libra a su pueblo de Holofernes. Semíramis de Babilonia no desdeña el ir a la cabeza de sus ejércitos. Tácito afirma formalmente que las mujeres germanas no eran inferiores ni en fuerza, ni en bríos, ni en estatura a los varones. Las mujeres numantinas ayudan a la pelea a sus esposos. Juana de Arco dirige los ejércitos franceses. Agustina de Aragón lucha en Zaragoza, María Pita en Galicia, etcétera, etcétera.

Más aun. Büchner afirma que en el Africa

central existen tribus en donde la mujer es más robusta que el hombre, por dedicarse ella a la defensa del territorio; de donde resulta que es ella la que ejerce siempre el mando. En el Afghanistán, según el mismo autor, una tribu tiene a las mujeres para guerrear y cazar, y a los hombres para el trabajo doméstico. El rey de los achantis en el Africa occidental y el de Dahomey tienen regimientos de guardias femeninas, escogidos por ser más crueles y más feroces que los guerreros varones. También, según Augusto Bebel, citando a Diodoro de Sicilia, fué cierto que en tiempo de Alejandro el Grande existieron las amazonas, pues su reina Talestris visitó en el campamento al conquistador macedonio para que la hiciese madre de un héroe.

En cambio, cuando adelanta la civilización, el trabajo inteligente adquiere su hegemonía sobre la fuerza. La mujer egipcia dedícase ella sola a la agricultura, al pastoreo, al tejido. Y surge el *matriarcado* (1), la hegemonía de la madre. Los nombres de los muertos ostentan

---

(1) Con poca seriedad y hasta evidente mala fe, algún articulista ha querido ver en esta nuestra conferencia aspiraciones diametralmente opuestas a nuestro punto de vista. Todos estos son datos históricos para demostrar nuestra tesis; pero ella parte precisamente de considerar la fuerza bruta y la lucha, lo mismo en el hombre que en la mujer, como retrocesos del espíritu.

esta inscripción: Toth, hijo de la dama Thais. El apellido lo toman de la madre.

Y ¡cosa curiosa! A compás del trabajo ordenado, la mujer hasta comienza a readquirir su normalidad física. Las momias antiguas, los ataúdes egipcios que modelan el cuerpo, permiten la hipótesis de un tipo femenino, superior en estatura y proporciones al de otras orientales, celosamente recluídas en el hogar, como la persa, la hebrea, la dulce hebrea dedicada a sencillos quehaceres domésticos, cual Rebeca, o cantando salmos al Señor, cual las hijas de Sión, en la poética cítara cuyas lejanas melodías parten del rincón más apartado de un hogar celoso.

En Grecia, la espartana cuida casi tanto como el hombre de su fuerza física y anhelos guerreros; mientras la ateniense, en el apartamiento de su gineceo, refinada y culta, cuidando sin embargo extraordinariamente de su físico, fuerza y belleza, dan un tipo sintético: el griego, con una armonía de formas y una proporcionalidad de líneas que no difiere extraordinariamente del tipo masculino, y en cambio, es casi irreconocible en las bellezas del desnudo ofrecidas por artistas modernos.

Entre Adonis y la Venus de Milo hay menos diferencia de líneas y formas que entre ésta y las tres Gracias de Rubens.

Ni en las desnudas bellas del Ticiano, ni en

las fragantes de Rubens, ni en las incitantes de Goya, ni siquiera en la neo-clásica Paulina Bonaparte, de Canova, volvemos a encontrar las líneas excelsas del divino arte griego. Al compararlas, parecen bellezas de líneas desfiguradas: predominio del bajo tronco; carnes opulentas en exceso en la región glútea; deformación de la cintura demasiado entrante.

Son bellas también, pero con otra belleza que re pira humanidad, exceso de sensual humanidad, sobre la espiritualidad, humana también, pero con un humanismo ideal que brota, cual místico efluvio de alma y de arte, de las inmortales Venus de Grecia.

Al antropólogo se le ocurriría la hipótesis de una deformación física, traída por la atrofia espiritual: una hipertrofia de bajos órganos por ser a través del tiempo los casi únicamente usados, y, por lo tanto, degeneración de partes más nobles por un uso casi nulo.

Comparemos aún hoy la mujer española, italiana o caucásica, de formas redondeadas y opulentas, aunque a veces pequeña, con la francesa, grácil muñeca menuda, o la inglesa, rusa o noruega. Hay diferencia de trabajo, de ejercicio y de físico, por lo tanto.

Comparad aún en España la andaluza, recluida en la casa, ama delicada y minuciosa en mil frívolos trabajos manuales, con la menestrala catalana, saliendo sola, defendiéndose

y ganándose la vida en la industria y el comercio.

¿Cómo dudar de que si el ambiente y la ocupación influyen de tal modo en razas contemporáneas y coexistentes hoy, pudiéndose apreciar a simple vista las diferencias, también habrá influído extraordinariamente a través de las edades con una impuesta sumisión y especialización del trabajo?

Cabe, pues, suponer una verdadera atrofia, o por lo menos artificiosa formación de tipo femenino, antinatural ya en la parte física. Más aun, en la parte intelectual que vamos a estudiar. Desde luego es indiscutible la íntima relación de ésta con el órgano del pensamiento: el cerebro.

En realidad, bastante se ha hablado ya del cerebro femenino y de su inferioridad con respecto al masculino. Pero brillantemente Radenhauser, Büchner, Stuart Mill y Augusto Bebel han respondido a este argumento, cuyas razones, feministas y antifeministas, sintetizaremos en los tres puntos siguientes:

1.º Es cierto que los términos medios del peso del cerebro femenino, según Binet, Broca, Denicker y otros, dan para las razas europeas o de origen europeo 150 centímetros cúbicos de menor volumen, equivalente a 126 gramos de menor peso.

2.º Es cierto que Lombroso afirma la infe-

rioridad intelectual de la mujer, considerándola como una atrofia del desarrollo mental infantil, intermedio entre el desarrollo del niño y del hombre.

Pero no es menos cierto:

3.º Que también todos los autores citados reconocen no existir en las razas primitivas descubiertas por la arqueología casi nunca gran diferencia de tamaño entre los cráneos taxativamente reconocidos como de diferentes sexos. Ni casi ninguna diferencia de cráneos, pesos y volúmenes en las actuales razas incivilizadas no europeas, confirmándose así la hipótesis de la diferencia por el trabajo.

4.º Que asimismo reconocen más diferencia de peso y volumen cuanto más diferencia hay en las clases sociales: primero, por el trabajo, y segundo, por la nutrición. Así en esto los intelectuales tienen más peso y volumen cerebral que los obreros; éstos mayor que los campesinos, y, aunque no tanto, los ricos más que los pobres.

5.º Que, en fin, no es el mayor peso y volumen un dato absoluto de mayor capacidad espiritual, sino que es relativo a la estatura; que ha de tenerse en cuenta asimismo el mayor refinamiento y complicación de las masas cerebrales y de sus circunvoluciones, y que precisamente es un hecho el que en menores estaturas, con predominio del sistema nervioso, se dan

no sólo mayores cerebros en volumen, relativo a la estatura, sino también sea causa o efecto, predominio de energía y a veces potencia espiritual.

En suma, hoy por hoy hay debilidad física y también inferioridad espiritual en la mujer; pero una y otra cosa ¿son ingénitas o adquiridas? Además, ¿son transitorias o permanentes? Ante la duda, como ante la afirmación o la negación, se impone un ambiente nuevo, de completa libertad de trabajo y de selección del mismo, para que las mismas posibilidades de producción de cuerpos y espíritus femeninos no aborten por la coacción de la fuerza con producciones neutras y anodinas de instrumentos de trabajo atrofiados.

Porque ante el estado físico y espiritual que a través de la historia hemos analizado en la mujer ¿cuál ha sido su producción de trabajo en la economía universal?

De trabajo físico ya lo vimos: o todo o nada. O bestia de carga, o bestia de lujo, que dice Benavente. Y la civilización hoy mucho más tiende a lo último que a lo primero en las clases alta y media. Ese retroceso de media humanidad, mientras la otra media perfecciona, depura y avanza en el trabajo con el mínimo de esfuerzo y máximo de rendimiento, no solamente ha perjudicado a la humanidad, substrayéndole una respetable cantidad de brazos

e inteligencias, sino que ha perjudicado más que nada a la mujer, prolongando su esclavitud y haciendo verdaderamente dolorosos, por no decir casi insuperables, los leves y particularísimos esfuerzos de redención de unas cuantas.

El trabajo libre es la manifestación más firme de la personalidad humana. La primera forma de la abolición de la esclavitud no fué la cesación del trabajo, sino la libre elección y retribución del mismo. Sin trabajo no hay dignidad personal, y sin trabajo retribuído no es fácil defenderse en la dignidad social.

Luego la primera reivindicación femenina ha de ser el derecho al trabajo libre y retribuído. El problema del feminismo es un problema económico.

Pero ¿será la mujer capaz de trabajo? Y de entre éstos ¿cuáles se le asignarán y cuáles no?

Aquí también podemos apoyarnos en la historia. A pesar de las desfavorables condiciones en que se ha desarrollado, ha trabajado en todo: hilando, tejiendo, pastoreando, labrando y también luchando, cazando y pescando. El trabajo doméstico, el detalle, la minuciosidad no puede, sin excepciones, atribuírsele como exclusivo: ha sido hijo del ambiente.

Cierto que el trabajo ha de especializarse; nadie puede hacerlo bien todo. Pero es una coacción absurda forzar a una clase, a una casta o a un sexo a un solo y exclusivo trabajo.

El único propio y característico de su feminidad es tan sólo el trabajo materno; el parto, la cría, la primera educación, no pueden encomendarse a nadie; serían un contrasentido de la naturaleza lo mismo lo uno que lo otro.

Pero ese es un trabajo social. Se trata de un nuevo individuo. Luego la sociedad ha de reconocer ese trabajo como tal y protegerlo y recompensarlo debidamente.

En cuanto a trabajo intelectual, poco pudiera decirnos la historia ni tampoco pueden hoy por hoy hacerse muchas afirmaciones. Suele reconocerse en las mujeres alguna aptitud para las artes y las letras. No mucha para las ciencias. Ninguna para el mando o gobierno.

Sin embargo, en artes y letras o hay pocos nombres o éstos son bastante inferiores al brillo alcanzado por nombres masculinos, excepción hecha quizás de casos muy contemporáneos en que la mujer, más libre de prejuicios, se ha producido con más intensidad.

Pero lo cierto es que en la historia no han llegado a gran altura ni las mujeres artistas ni las literatas. Safo y Corina en Grecia distan enormemente de Homero y Hesiodo; Beatriz Galindo, de Luis Vives; madame de Sévigne está muy lejos de Boileau; madame de Staël, de Víctor Hugo. Las pintoras, escultoras y otras artistas actuales, como no sea en la escena, en que sus papeles son personales y no pueden

ser comparables con los del hombre, lo cierto es que en igualdad de condiciones han resultado inferiores.

En cambio, Stuart Mill hace notar cómo las mujeres gobernantes en su casi totalidad han resultado excelentes. Catalina de Rusia es muy comparable a Pedro el Grande o a Federico. Isabel de Inglaterra no cede ni en inteligencia ni en energía a Felipe II de España. Isabel la Católica supera a Fernando su esposo y a Carlos I su nieto. Santa Teresa de Jesús es fundadora tanto o más admirable que san Ignacio, y otras cuya enumeración sería interminable.

Es que en el primer caso el fatalismo de la servidumbre tradicional pesó en la mujer, señalándole como camino único el agradar al varón, el amar y ser amada, sin ejercicio de energías distintas de ninguna clase. Y cuando, a pesar de todo, algunas poderosas personalidades tuvieron el valor suficiente para luchar y sobreponerse al medio, al propio medio íntimo, representado por la herencia y la sociedad, constituyendo una segunda naturaleza, entonces cultivaron la ciencia y el arte, no como profesiones, como fines supremos de una vida, sino por irresistibles impulsos de su fuerza interna, pero sin preparación, sin ejercicio, sin hábito de continuidad. Y esto es fatal siempre. Debían sentirse siempre en todo esfuerzo contrarrestadas por el estigma de desagrado que

el hombre en general pone en toda labor femenina que no tienda a complacerle.

Por eso, y porque los patrones o reglas literarias y artísticas, y por lo tanto la crítica de toda obra femenina debía hacerla el hombre, y porque, además, es muy escaso el número de mujeres dedicadas al trabajo intelectual, se explica la falta de originalidad que se advierte en la literatura y el arte femeninas. Porque hasta en la moda, los nuevos modelos suelen lanzarlos los modistos. No creemos que en la moda, como obra de arte, una mujer se atreviera a lanzar un modelo excesivamente original.

Pero, en cambio, ¿qué ha sucedido en el gobierno de los pueblos y las comunidades cuando éste se encomendó incidentalmente a la mujer? Que el éxito fué indiscutible. Porque la mujer, libre de esa tradicional sumisión opresiva, y dedicada a esa misión suya por completo, sin convencionales restricciones de la sociedad que ya como gobernante la aceptaba, desplegó todas sus energías. Y triunfó.

Todos éstos no son más que datos históricos para comprobar, en suma, la afirmación de que ni física ni intelectualmente la mujer ha llegado a desplegar todas sus energías, hoy por hoy casi desconocidas, por falta de trabajo en la mayoría de los casos y por rudo exceso en algunos; en las clases menesterosas, en que la

mujer es una esclava que desde tiempos inmemoriales ha trabajado mecánicamente, sin protesta alguna, por su mismo exceso de abyección.

Así vemos que el planteamiento del problema femenino ha surgido tan sólo ahora. En la última mitad del siglo XIX.

El encarecimiento de la vida, la mayor libertad del pensamiento y del trabajo, la máxima actividad de la vida ciudadana, transformando la familia y el hogar, hizo surgir, como problema económico, el trabajo femenino retribuído. La mujer al salir de su obscuridad doméstica atrajo sobre sí la mirada de sociólogos y pensadores, como un nuevo factor humano, de valor absoluto, a más del relativo como hembra. Y de aquí que al ensancharse el campo de acción, no ya sólo en el taller y en la fábrica, sino en la escuela, en la cátedra y en el periodismo, surgiera el trabajo *inteligente* superando al *mecánico*, incorporándose aquél como tal a las ideas puras que constituyen el patrimonio de toda civilización.

Así el planteamiento del problema ha correspondido a la clase media, la más culta; no podía suceder de otro modo, pues ni la mujer obtusa y frívola por defecto de trabajo, en las clases altas, ni la mujer embrutecida por el exceso del mismo, en las clases bajas, podían darse cuenta de la situación ni del movimiento de la civilización universal.

Así de la necesidad del trabajo, y del trabajo inteligente, surgió el problema, como todos han surgido, de estos dos mismos factores.

Hoy ya el trabajo femenino, más quizá de hecho que de derecho, es universalmente aceptado. La mayoría de los grandes negociantes y aun fabricantes prefieren a la mujer en mecanografía y taquigrafía, en contabilidad, en la elaboración mecánica muy sencilla, como simples auxiliares de máquinas; pero todo esto por ser la mano de obra más barata. Y hay muchos que prefieren la mujer casada a la soltera, por su mayor constancia y esfuerzo, por ser más consciente del valor que representa su trabajo para el pan de sus hijos y no tener fuera de ésta otra ilusión que la distraiga. ¡Triste explotación de las más puras virtudes femeninas!

Por eso la petición de trabajo femenino, ya antes de la guerra, era numerosa. En explotaciones fabriles, comerciales e industriales era el de seis millones y medio por once millones de hombres, en Inglaterra; seis por diez en Francia; tres por siete en Prusia; dos por uno y medio en Bélgica. Hoy la proporción puede calcularse duplicada, pues durante la guerra casi todo el trabajo se ha encomendado con éxito a la mujer. Ella dirige oficinas, guía automóviles, hace de cartero, cobrador de tranvía, labra los campos, fabrica municiones, cura

a los heridos, dirige las escuelas, etc., etc. En verdad que después de esta horrible catástrofe el problema del trabajo femenino apuntará a su resolución, pues sólo él puede cubrir el enorme déficit de las vidas que se han perdido y de los brazos que se han inutilizado.

En cuanto al trabajo intelectual, en Norteamérica, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y aun en España, el magisterio público suele ser desempeñado más y mejor por la mujer.

En Alemania y en Bélgica se prefieren los hombres. Las mujeres, al casarse, abandonan forzosamente la enseñanza. Alemania quiere, aun desde los primeros años del niño, que se encargue sólo el hombre de su educación, por entender que la disciplina es más rígida y se les enseña mejor a ser buenos soldados.

No hay escuelas oficiales de párvulos. Todas son privadas. En otros ramos del saber humano, en la cátedra, por ejemplo, y en la investigación, comienza a haber mujeres, aunque en escaso número, escalando altos puestos. Conocido es el ejemplo de madame Curie, colaborando con su esposo en el descubrimiento de la radioactividad, y a su muerte reemplazándole en la cátedra de la Sorbonne.

Madame Dieulafoy ha desempeñado con su esposo análogo papel, en sus viajes e investigaciones orientalistas, principalmente en Persia y la antigua Asiria. Las mujeres escritoras son

numerosas, y algunas brillantísimas y hasta originales, como Berta de Sutner, nuestra Emilia Pardo Bazán, etc.

El número de muchachas estudiantes que pueblan las universidades alemanas, norteamericanas y algunas francesas es realmente importante. Las profesiones de la Medicina y Farmacia suelen ser efectivamente ejercidas. No tanto las de Ciencias y las de Derecho, aunque sí estudiadas. En Barcelona, cuatro damas, doctoras en Medicina, tienen clínica abierta. Treinta alumnas hay en la Universidad de esta ciudad y 150 en el Instituto. Por lo tanto, aunque no podamos citar datos estadísticos completos, fácil es formarse una idea comparativa del movimiento femenino partiendo desde esta ciudad española, en donde, con relación a otras extranjeras, no es el más importante. Sin embargo, en la industria y el comercio, aunque no hay estadísticas, creemos muy aproximado el calcular más de la tercera parte de personal femenino (1) en Barcelona.

En el resto de España los sueldos son mucho más bajos a proporción; y en el campo, ínfimos, sobre todo para la mujer.

(1) Pero los sueldos son una inicua explotación. La obrera en la fábrica o el taller gana de 6 a 15 pesetas por semana, cuando el hombre oscila entre 15 y 35 (adultos y términos medios). La dependienta (en comercio y escritorio) de 6 a 30 duros mensuales, mientras el dependiente gana de 25 a 60 (adultos y términos medios también), siempre en igualdad de trabajo.

En fin, señores, no he de molestar ya más vuestra atención; creo haber sobradamente llevado a vuestro conocimiento la necesidad de mirar serenamente, cara a cara, un problema de trascendental importancia, hoy más que nunca, en el cual media humanidad está directamente interesada.

El siglo XIX ha acabado apuntando el problema femenino que tal vez al siglo XX le toque resolver. El sociólogo, el filósofo, el educador no pueden en modo alguno substraerse a la visión del mismo por dificultoso y complejo que parezca.

Son las dos riquezas de un pueblo su raza y su trabajo; el defender y aumentar ambas es defender y aumentar su poderío. Y una fuente importantísima de esas dos riquezas es la mujer, hasta ahora olvidada por los pensadores, olvidando así nada menos que media fuerza cultural y económica; la mujer ha de ser defendida, en nombre de la raza, para que la explotación del débil por el fuerte, en la vorágine económica, no exprima las fuerzas femeninas, en perjuicio de las futuras generaciones; y la mujer también ha de ser defendida, en nombre del trabajo, dándole una actividad o profesión adecuada, para que tampoco la atrofia muscular y espiritual continúe la propagación de un tipo femenino de inferior calidad. La educación de la mujer, hoy por hoy, está viciada por esos

dos marcadísimos extremos; no hay términos medios. Y hay que buscarlos.

La mujer anhela regenerarse. ¿Le negaréis vuestro concurso? La civilización, que ilumina los espíritus, ¿no llegará a vosotros para haceros ver que de esta pérdida de trabajo y energías es el padre, el esposo, el hijo no sólo el responsable, sino también, a la postre, el que sufre las consecuencias?

A la hora en que en los campos de batalla, rojos de sangre y sembrados de cuerpos humanos, buscan los que caen el amparo y las manos solícitas de una mujer abnegada, también buscan los pocos que en las ciudades quedan la ayuda, los brazos, la inteligencia de otras mujeres, de otras muchísimas mujeres que, sepan o no sepan, estudien o no estudien, puedan restaurar la normalidad de la vida ciudadana, reemplazando con ímprobos esfuerzos de energía la cultura y práctica profesional que ellas jamás tuvieron en empleos masculinos.

Después de la guerra ¿sería justo ni posible que la mujer olvidara para una honrada lucha por la existencia las propias energías que en sí misma, en aras de un abnegado amor patriótico descubrió? ¿Y sería justo que se le coartasen?

No; la mujer en sus reivindicaciones no pretende luchar contra vosotros, sino con vosotros; no es buscando frente a vosotros la compe-

tencia, sino duplicando energías al lado vuestro. Porque defenderse a sí misma es ayudaros a defender económicamente el hogar común, físicamente la raza común y espiritualmente la civilización común también. Y eso es luchar por el trabajo, contra la pereza; por la educación física, contra la debilidad y la explotación; por la cultura, contra la ignorancia.

En esa lucha no os podéis negar a ayudarla. Y entonces vencerá.

CONCLUSIONES

1.ª La mujer necesita un cambio radical que mejore su educación física.

2.ª La educación intelectual y moral de la mujer debe completarse con la enseñanza de la Puericultura y Pedagogía como cultura general; y, además, el aprendizaje o profesión especial que elija, sin trabas de ningún género, debiéndose crear y ampliar escuelas profesionales de adultos.

3.ª En espera de que los Estados todos fijen el salario mínimo, deben aumentarse las asociaciones de trabajo y éstas perseguir como una explotación la inferioridad del sueldo femenino.

4.ª Ante la ley el trabajo doméstico, ocupación exclusiva de la mujer, debe considerarse retribuído por el hombre, y aquél, como todos,

considerarse profesión y bienes legales femeninos.

5.ª El Estado ha de proteger la maternidad como un trabajo social, impidiendo todo otro a la mujer durante un año: los cuatro últimos meses de gestación y ocho primeros de lactancia, abonando la correspondiente indemnización diaria igual a la reconocida por su trabajo usual.

6.ª El Estado multiplicará las casas-cunas y escuelas de párvulos con cantina y con personal técnico que hoy desde tan temprana edad de los niños requiere la moderna pedagogía, cuya asistencia será voluntaria para los niños de la clase obrera.

7.ª A los fines anteriores, así como al fomento del trabajo, el Estado debería establecer los impuestos progresivos siguientes:

a) A todo hombre o mujer sin profesión justificada;

b) A todo hombre soltero;

c) A todo matrimonio sin hijos (por su doble ingreso y mínimo gasto).

8.ª A pesar de todo lo dicho, creemos que el problema del feminismo español es prematuro, por la incultura y pereza actual. Debe comenzarse por una nueva educación física y una nueva cultura femenina encauzada a habituar al trabajo.

TEMA SEGUNDO

Influencia decisiva que la educación y cultura de la esposa ejercen sobre el carácter y conducta del marido y como consecuencia de los hijos

por **D.ª María Doménech de Cañellas**

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES; SEÑORAS:

EL tema sobre el cual debo disertar es de índole tan delicada y de tan trascendental importancia, que nadie podrá achacar a exceso de humildad ni a vana fórmula de cortesanía las protestas que, previamente, haga yo de mi pequeñez intelectual. Así, al declararme inepta para la misión que me ha sido confiada, pongo a mi osadía el atenuante de mi franqueza, esperando aminorar el delito de aquélla por la virtud de ésta.

Ni por un momento podía yo pensar que un día fuera invitada a colaborar en la interesante labor de divulgación de las ideas de conocimiento y estímulo de la voluntad, facultad que, asesorada por el entendimiento, debe presidir nuestros actos, según nos demuestra la sana y equilibrada doctrina del gran pensador Marden. Considérese, pues, cuál habrá sido mi sor-

presa al verme llamada aquí, donde infaliblemente han de quedar defraudadas las esperanzas de quienes en mi escasa valía pudieron confiar. Conociendo mis escasas fuerzas, yo debía declinar el honor. ¿Por qué he aceptado, pues? Por el imperio de otra fuerza: de aquella fuerza que nos mueve a aportar nuestra cooperación a las causas que sintetizan nuestro más íntimo sentir y pensar. Si consideramos la virtud de esa fuerza que me impulsa a emprender tarea tan noble, hallaremos que, por grande que ella sea, es mayor en mí el amor a la causa que en ella se vincula; porque si un espíritu existe que crea en el imperio de la voluntad, este es el mío; y si un corazón puede haber que sienta el gozo que de ese imperio dimana al presidir nuestros sentimientos, también este es el mío; y si un alma puede hallarse que, creyendo ser la enseñanza del imperio de la voluntad un medio de resurgimiento y de vida para su pueblo, se dé a ella por entero, esta alma es la mía; y, en fin, si puede hallarse una mujer convencida de que la más firme base de un pueblo es el temple de sus mujeres, y dispuesta a dar su vida para educarlo en tal sentido, esta mujer soy yo.

Hechas estas aclaraciones pasemos al estudio, por partes, del enunciado del tema, empezando por examinar lo que ha sido y es la mujer.

Para mí, ella es quien marca el nivel moral, el estado intelectual de un pueblo. La manera como es considerada y tratada demuestra el respeto a que se ha hecho acreedora, y a la vez indica el bien que ha sabido infundir en sus hijos. Y digo que *ella solamente* es quien se hace acreedora al trato que recibe, porque creo que verdaderamente es ella quien modela el alma, inicia las aspiraciones y alienta los sentimientos de su pueblo.

Examinando retrospectivamente la vida de la humanidad hasta donde alcanza nuestra mirada investigadora, entre las nebulosidades del pasado más lejano, vemos que aquellos pueblos de la antigüedad más remota que dejaron algún rastro de cultura y de refinamiento, ya habían hecho de la mujer un centro donde convergían sus ideales y sus sentimientos. Por el contrario, los pueblos que menos han dignificado a la mujer, tratándola como a un ser más o menos útil, son los que han vivido en estado de incultura y de salvajismo. La mujer de esos pueblos no supo hallar en sí misma la virtud moralizadora, se resignó a su embrutecimiento, y dejó, en consecuencia, que sus hijos se revolcaran en el mismo lodo.

Y hoy, si miramos en torno nuestro, observamos el mismo fenómeno; porque dentro de la humanidad actual los procesos y las evoluciones espirituales se producen idénticamente

en los hijos por obra y virtud de la espiritualidad y de la intelectualidad de las madres.

Comenzando por la tan admirada civilización helénica, como punto de partida entre las que nos son algo afines, vemos que el culto a la estética, presidiendo todo sentimiento y toda obra, es su característica; culto que por idiosincrasia es inherente a la mujer desde que, casi instintivamente, da sus primeros pasos por caminos de moralización y de cultura. Cantar lo bello y lo bueno, compenetrándose y completándose, era la tónica de aquel pueblo; y desde la robustez de las estrofas épicas a la gracia de los versos bucólicos, desde las augustas líneas de los grandes monumentos al más sencillo pliegue de las túnicas de las beldades perpetuadas en el mármol, todo demuestra ese culto a la belleza y a la perfección. Y era sobre todo en la mujer donde ese culto encarnaba y donde hallaba su más exquisito símbolo.

Pasemos de esa civilización netamente griega a la ya más intensa de los romanos, que, teniendo ya de suyo vida y fuerza, se apropiaron de los griegos el culto a la belleza, y veremos también cómo las mujeres inician a sus hijos en semejante culto, demostrándolo claramente el hecho de que la desmoralización femenina y la consiguiente relajación del pensar y del sentir iniciaron la decadencia y causaron la ruina del coloso que, falto de mujeres de alta

espiritualidad, se halló privado de su mejor baluarte de defensa contra la corrupción interna y contra las acometidas del invasor.

Luchó el poder romano con la civilización cristiana que, al preconizarse, ya busca adeptos entre las mujeres, por creer y entender que sólo contándolas como apóstoles de su doctrina logrará imponerse. Y así fué en efecto, puesto que la mujer de nuestras tradiciones halló valor en sus creencias y supo infundir a sus hijos todo el ardimiento con que lucharon contra la filosofía de los versículos del Korán, que amenazaba extenderse e imperar por toda la vieja Europa.

No es oportuno (aparte mi incompetencia) hacer aquí un estudio de todas las civilizaciones; pero yo creo que en cada acontecimiento característico de las mismas, en cada hecho de valor, en cada movimiento de avance y de retroceso, hallamos el sentimiento que lo impulsara, nacido en el corazón de la mujer, que supo darle vida y forma en el seno de su pueblo. Y descendiendo del conjunto de una civilización y su poderío a la reunión de varios individuos o familias llamada sociedad, vemos que el centro y el eje de los pequeños núcleos es siempre la mujer. Tenemos, pues, que las grandes civilizaciones vienen formadas por las sociedades, las cuales tienen su origen en las familias; y siempre dentro de los núcleos familia-

res encontramos a la mujer aconsejando al esposo, y en calidad de madre educando y modelando el alma y el corazón de sus hijos. Desde su sitial del hogar, ha sido y será la mujer, en todas las edades y en todas las civilizaciones, la modeladora del carácter de los pueblos.

No vamos a tratar de cómo han apreciado a la mujer las diferentes religiones conocidas; este asunto no es de nuestro tema; pero puede sentarse como verdadero principio que, cuanto más lógica es una religión, más estima a la humanidad en su natural manera de ser, sin dar ni quitar prerrogativas a ninguna de las dos mitades que la integran.

La humanidad es un todo armónico compuesto de dos seres que, compenetrándose, se completan. Son tan dependientes uno de otro, que sin esa compenetración ninguno de ellos existiría. De ello resulta que, siendo dos, son uno, y siendo tan diferentes, son iguales. Digo que siendo dos son uno porque, faltando el concurso de uno de ellos, no puede existir un tercero. Por tanto, uno solo no es suficiente a sí mismo. Y son iguales porque, diferenciándose en las respectivas particularidades, ninguno de ellos puede despreciar la cooperación del otro para existir. Es, por lo tanto, ilógico e irracional el considerarse superior el uno al otro, porque si es más fuerte en tal o cual sentimiento, es más débil en otro, y viceversa;

naciendo de la dependencia esencial de los dos componentes de la humanidad, la dependencia cualitativa, porque siendo las respectivas facultades hijas de la especial manera de ser de uno de ellos, tampoco puede poseerlas el otro; de lo cual se desprende que deben respetarse y atenderse mutuamente en lo que son y valen.

Prosiguiendo en el desarrollo de nuestro tema, si nos compete estudiar el *ser mujer* en toda su personalidad, debemos más especialmente hacerlo en sus cualidades de esposa y de madre. A eso vamos, pero es algo largo el camino, y no podemos acelerar demasiado la marcha, para llegar tan pronto como quisiéramos al fin propuesto.

Empecemos por afirmar que la mujer es acreedora a los mismos derechos y prerrogativas que el hombre; que si bien en el misterio de la procreación le fué reservada por Dios la función más pasiva, en cambio, en la obra de formación subsiguiente ella sola es quien actúa y ella quien con su propia sangre alimenta al hombre al nacer, compensándose así una fuerza por otra. Eso en cuanto al sentido substantivo de la humanidad, puesto que en el de iniciación y educación, creo preeminente el imperio de la mujer, como demostraré más adelante.

La mujer, de cuerpo más débil, pero más flexible y más resistente que el hombre, siente disminuir, pero no agotarse, las propias fuer-

zas, poseyendo una fuente de vida que, como otro fénix, la hace renacer de sí misma. Sus nervios vibran con más facilidad y desorden que los del hombre. Tal vez su cerebro, de conformidad con el resto de su organismo, tenga algo menos de fuerza potencial (en este punto se contradicen los naturalistas), pero le aventaja en fuerza intensiva. Le faltará poder creador, pero no le faltarán ciertas delicadas facultades anímicas que, aun siendo hijas del intelecto, aparecen menos definidas en el hombre. Esas facultades responden a la substantividad de la mujer y la determinan debidamente, como al hombre las suyas, siendo la preeminente *la voluntad*. Bajo el imperio de la voluntad pone la mujer los *sentimientos*, que son lo que más diferencia un sexo de otro, por dominar en la mujer a sus ideas; y con auxilio del juicio y de la reflexión, sentimientos e ideas armonizan en su espíritu.

Siendo, pues, tan fuerte la facultad volitiva de la mujer ¿cómo no nos preocupamos de educarla?

Resulta vergonzoso confesar el verdadero motivo por el cual se descuida, o, mejor dicho, se pervierte la educación de la voluntad en la mujer; porque en realidad no es por negligencia ni por desconocimiento, sino que se descuida con cálculo y se pervierte con intención. Es de espíritus cobardes valerse de la propia

fuerza para humillar al que consideramos más débil. Más que valentía y entereza, lo que así se demuestra es temor y desconfianza de sí mismo. Deseemos, pues, por único castigo un buen arrepentimiento a los que en tal sentido sean causa de la perversión de la voluntad en la mujer, y veamos cómo se corrompe esa voluntad y la manera de remediar el mal.

Es una gran verdad la afirmación de Balmes, Emerson, Marden y otros, según la cual una necesidad o un conflicto aguijonean a veces de tal suerte la voluntad del hombre, que con su fuerza intelectual y física llega a vencer dificultades tenidas antes por insuperables. Esto prueba que, si bien poseía aquellas fuerzas, faltábale el mandato de la voluntad para desarrollarlas. Pues bien; tanto o más que los hombres son numerosas las mujeres que han hecho verdaderos prodigios, desplegando sus fuerzas intelectuales y físicas al sentir estimulada su voluntad por un determinado ideal o por un especial sentimiento. Esto es prueba evidente de que la mujer guarda dentro de sí un caudal inmenso de voluntad, y que esa voluntad restaba adormecida en su interior por la desidia o por desviaciones de la educación que dejaban entumecerse y paralizarse sus más preciadas iniciativas. El hecho de que la potencia volitiva impera en la mujer no maleada por educaciones falsas o convencionales, está admitido por

los más equilibrados pensadores, y está igualmente admitido por el común de las gentes. Los sabios lo preconizan con sus doctrinas y el pueblo lo divulga con sus aforismos.

Conviene analizar también la perniciosa influencia del vicio, que procura el anulamiento de esa facultad que, bien conducida, es una virtud. Y no es difícil desenmascarar al vicio por mucho que se disfrace, pues nunca pueden ocultarse completamente las cien cabezas de la fiera del egoísmo, procreadora de todas o casi todas las víboras que clavan sus aguijones en la humanidad, inoculando en los hombres la ponzoña del miedo y en las mujeres la de la pereza.

Vista la fuerza volitiva de la mujer, y vistos, más o menos encubiertos, los móviles que inducen a la negligencia o a la desviación de esa facultad, séame permitido examinar el uso que, por error o por carencia de educación, hace de ellos su poseedora, poniendo a contribución no ya la sana voluntad, sino sus hijas más o menos legítimas, tales como la resistencia, la insistencia, la tenacidad, la terquedad, etc.

La mujer, desde que comienza a hablar, miente. También el hombre miente, por desgracia; pero la mujer miente mil veces más. El hombre miente cuando necesita que una maldad permanezca ignorada. La mujer miente porque, según sus prejuicios, *no puede* decir

la verdad. Tal vez parezca exagerada esta afirmación, pero en realidad no lo es, y a corroborarla vienen los hechos más sencillos de la vida de la mujer, desde su infancia.

Juegan un niño y una niña en la edad en que la diferencia de sexo no exige diferencia ninguna en la educación física ni intelectual. Invariablemente oiréis decir al que cuida de aquellas dos criaturas, dirigiéndose a la niña: «No hagas esto o aquello, que las niñas no deben hacerlo». ¿Sabe acaso aquella criatura lo que es ser niña ni lo que es ser niño para que se lo adviertan tan prematuramente? ¿Qué puede pensar de su hermanito aquel cerebro en formación, ya que ella no puede hacer lo que él?

Llega la niña a la edad de comenzar sus estudios de primera enseñanza, y oye siempre la insultante amonestación: «No es necesario que eso lo estudien las niñas». ¿Qué concepto formará de las cosas que no deben estudiar las niñas aquella inteligencia que va despertando de su sueño infantil? ¿Y qué concepto de aquellos otros seres que deben saber lo que a ella le impiden estudiar? ¿Y qué concepto, en fin, de sí misma?

Llega a la pubertad. La razón empieza a iluminar el cerebro de la niña que, estimulada por el sentimiento del bien y del mal, desea indagar el por qué de las cosas. Y entonces es cuando con mayor obstinación se le cierra toda

puerta por donde pueda ver algo de la santa luz de la verdad. Y, como en la infancia, le dicen: «Eso no han de saberlo las muchachas; eso es cosa de muchachos y de hombres». ¿Qué mar de dudas no inundará el entendimiento de aquella criatura, ante razonamiento tan infundado?

Aquellos dos seres educados tan diferentemente ¿pueden apreciar la vida de igual manera? ¿Puede haber compenetración cabal entre los que han de juntarse el día de mañana y formar una familia?

Se me dirá que abogo por la enseñanza bisexual. Hágalo cada pueblo según su estado de civismo y su climatología. Lo que me interesa, lo que creo ilógico e inhumano es que se eduque a uno de una manera y se le den conocimientos diferentes que al otro, cuando el mundo en que han de vivir es el mismo.

No es que pretenda tampoco que en los campos de los deberes y actividades de los dos componentes de la humanidad haya intromisiones ni usurpaciones de derecho. ¡No! ¡Nada estaría más fuera del juicio de toda inteligencia razonable que esa pretensión! Harto nos indica la sabia naturaleza lo que es lógico y lo que es justo, señalando aptitudes y predisposiciones especiales en cada sexo según su idiosincrasia. Hasta la pubertad, los niños son todos iguales cuando no se les incita a la precocidad

sexual con insinuaciones y reticencias importunas ni con estimulantes nocivos. Al llegar este período crítico, conviene dejar al libre albedrío individual la elección del camino a seguir en la vida, sin cerrar el paso a ninguna vocación y sin dejar en las tinieblas a los seres que nuestro orgullo nos hace considerar poco merecedores de buena educación, por creer que en la ignorancia cumplirán mejor su cometido, bajo nuestro dominio.

La mujer no sabe: presiente. La mujer no estudia: indaga. La mujer no conoce: supone. Y sus divagaciones y conjeturas la llevan a valerse de falsos medios, ya que se le niegan los verdaderos, naciendo de ahí su hipocresía, y, en consecuencia, su propensión a mentir. Lo que debía ser conocimiento, es astucia; lo que debía ser franca imposición de su personalidad, es vergonzante dominio de sus facultades mal educadas. Y como no hay fuerza que se resigne a ser anulada, por muy pasiva que aparezca a nuestros ojos, mucho menos se resignará la gran voluntad que la mujer atesora.

Aceptando el culto de las falsas fórmulas que se le dedican, la mujer hace escudo de esa misma falsedad y responde con las mismas fórmulas, guardando como preciada reliquia en lo más recóndito de su mente la verdadera idea de las cosas y el verdadero afecto en lo más profundo de su corazón.

Y la sociedad en general (puntualizo sobre la sociedad de nuestros tiempos) ha de aceptar de buen grado el ambiente de frivolidad y de hipocresía formado por la manera de ser de sus mujeres. Y tan viciada está la sociedad dentro de este ambiente que, como un enfermo del pulmón a quien el oxígeno puro molesta y agobia, creería ahogarse al primer soplo de verdad que removiese sus pensamientos y permitiese a la mujer educarse en los mismos principios que el hombre. De todo lo cual se deduce que las tan decantadas hipocresía y frivolidad de la mujer vienen impulsadas por el sentimiento de temor de la misma sociedad, la cual no raciocina sobre el principio de que, si una fuerza existe, en una forma u otra se impondrá en la vida.

Así, si la voluntad de la mujer imperase franca y razonablemente, ella fuera la base de su sinceridad en el proceder y de su rectitud en el obrar; y cuando la mujer no realizara cumplidamente su misión educadora dentro de los sanos principios de la verdad, podrían hacérsele más cargos y exigirle un mejor cumplimiento de sus deberes, toda vez que en el mundo de los verdaderos conocimientos se le habrían concedido más derechos.

Actualmente, las responsabilidades que la sociedad exige a la mujer no siempre son justas, ya que se la mantiene inconsciente, haciéndole

pasar entre nieblas el camino de la infancia, pubertad, adolescencia y juventud. Así llega a la plenitud de su existencia, al matrimonio; y si bien al llegar descubre el misterio de la vida del hombre, no por esto logra saber más de lo que ya, sin explicárselo, adivinaba su instinto, y continúa siendo tan indocta como antes en el conocimiento de la vida, del cual habría de ser ella la iniciadora.

Del matrimonio, base lógica de la sociedad, nace, imperioso y avasallador, el poder de la mujer; y del matrimonio dimanan, en consecuencia, el bien o el mal que ese poder aporta a la humanidad. Mas si proclamamos las ventajas del matrimonio como medio de formación y de unión de las sociedades y de los pueblos, no por eso desconocemos sus imperfecciones ni las injusticias o inmoralidades que, con harta frecuencia, se le hacen encubrir y amparar. Conste, pues, que sólo del verdadero matrimonio hablamos con simpatía; es decir, de aquella unión a la cual van los contrayentes guiados por el amor y deseosos de tener hijos, única finalidad del matrimonio, según san Agustín. Y claro está que entendiendo el matrimonio así, dejaremos a un lado los contratos, ventas, prostituciones, contubernios y demás arreglos acomodaticios que a menudo podrían tener que ver con el derecho penal y que casi exclusivamente debieran tratarse por leyes mer-

cantiles. Dejaremos también aparte toda otra unión, dándola por descartada de nuestra cuestión y de los principios morales y sociales en que se apoya.

Pero antes de proseguir sobre este particular, queremos hacer una observación. No se crea que, por ser nosotros los preconizadores del matrimonio, queramos imponerlo como único medio de vida, particularmente en la mujer. Nada más lejos de nuestro modo de pensar, puesto que nosotros respetamos toda otra opinión razonada y estamos plenamente convencidos de que una de las grandes corrupciones del matrimonio es la creencia, llevada a la práctica, de que la mujer debe casarse como medio de vida. A eso la induce la sociedad cuando comete el crimen de no concederle personalidad mientras es soltera, y de restringirle los derechos en la viudez. Ninguna de esas ignominias, ninguna de esas aberraciones tiene cabida en nuestro ánimo. Si preconizamos el matrimonio es porque creemos que hasta la hora presente es el más perfecto estado de la humanidad, costándonos mucho no ver en el celibato algo de inmoral.

Hecha esta observación, repetimos que es necesario que el matrimonio responda a sus altos fines; es necesario que sus componentes, hombre y mujer, al darse potestad sobre sus cuerpos, se hayan compenetrado espiritualmente

y que sus corazones vibren conmovidos por un mismo amor; y es necesario, además, que tengan conocimiento de los deberes y de las responsabilidades que respecto a la sociedad contraen, ya que hemos convenido en que el matrimonio es la más firme base social. De la preparación matrimonial de los contrayentes, especialmente de la mujer, se han ocupado o se ocuparán en este ciclo de conferencias otras mentalidades más competentes y claras que la mía; pero ya que de la mujer estoy hablando en la cuestión matrimonial, séame permitido ocuparme brevemente del otro componente del matrimonio: el hombre.

Ya hemos dicho, al apreciar las cualidades del hombre y la mujer, que se compenetran y se completan uno a otro por la razón de que son diferentes. También hemos afirmado que el uno depende del otro y que, por tanto, en buena lógica no puede existir superioridad ni inferioridad.

El hombre es más rico que la mujer en fuerza potencial; más fuerte de cuerpo, más enérgico e impulsivo de voluntad, más activo anímica y físicamente. Pero también es menos analítico, menos reflexivo. De puro fuerte, con frecuencia es quebradizo. Así le vemos más activo, pero no tan insistente, persistente ni perseverante como la mujer. Sus sentimientos suelen mostrarse con tal vehemencia, que fácilmente

turban su intelecto y anulan su voluntad: de lo que resulta que el más fuerte es el más débil, y el más sesudo truécase en más irreflexivo.

Y como en el matrimonio han de imperar una misma voluntad y un mismo sentimiento de amor, de la buena dirección de esa voluntad y de ese amor dependerá la armonía matrimonial.

Y aquí llegamos a la entraña de nuestro tema, ya que la influencia de la educación y de la cultura de la mujer en el carácter y en la conducta del marido, y en consecuencia de los hijos, empieza a manifestarse con ese abundante caudal de voluntad y de amor que ha de poseer la esposa desde el primer día de su matrimonio.

Dice un pensador que el hombre va al matrimonio llevado por el deseo de posesión de un tesoro que estima, y que, por lo tanto, no se impone ni dirige, sino que sigue sumiso la luz que le atrae y le guía; y que la mujer, más reflexiva, percatada de su poder, con la presión de su amor impone su voluntad al hombre, el cual, queriendo poseer, queda poseído. Pero si la mujer no procede amorosamente en esa tarea de imposición de la voluntad, por tenerla mal educada, de seguro que al poco tiempo la compenetración de las almas será nula, puesto que, logrado el tesoro, le falta ya al hombre el gran estímulo de su ilusión, y pronto es él

quien impera como dueño, apropiándose todos los derechos, mientras la mujer abúlica pasa a ser objeto secundario del esposo; o, en el peor caso, si la mujer impone su voluntad mal educada, es decir, sus caprichos, entonces el esposo no los acepta, y marchan cada uno en sentido opuesto, restando sólo un contrato bilateral cuyos socios no se atienden, aniquilándose así la base donde debía fundamentarse la familia.

Pues bien; si es principalmente la voluntad de la mujer y de la madre la que ha de regir dentro del hogar, según lo indica la palabra *matri*-monio, ¿cómo ha de proceder la mujer para imponer su voluntad, en tanto que el hombre ejerce la suya en los agentes externos y demás relacionados con el *patri*-monio de la familia?

Mi respuesta será una sola palabra, la de siempre: ¡Con amor y sólo con amor!

Amor es vida, amor es fe y es ilusión, y es confianza, y es indulgencia, y es caridad. Si nos amáramos suficientemente los unos a los otros, pocos problemas habría que resolver y pocos conflictos que estudiar. Si los esposos se amaran debidamente, el hogar sería todo paz. Si supiéramos amar a los hijos, ellos nos amarían, y la familia, base de la sociedad, sería feliz. Pero como el hombre lleva en sí el germen del bien y del mal, del mismo modo que sabe

aspirar el perfume de todo bien, que es el amor, sabe también percibir el hálito de todo mal: orgullo, amor propio con todos sus derivados, envidia, concupiscencia, maledicencia, etc.

La ciencia de las ciencias es saber amar. Cuando Dios nos hizo don del Decálogo, compendió toda sabiduría prescribiendo que le amáramos sobre todas las cosas a Él, y al prójimo como a nosotros mismos. Con sólo esto nos dió explicada toda la ciencia del bien.

Por tanto, la mujer ha de ser manantial de vida y fuente de amor, y en consecuencia, es quien más ha de saber amar. Amorosamente cautivará al esposo, amorosamente educará a los hijos y amorosamente hará la felicidad del hogar y de la familia. El valor moral de una mujer de voluntad firme y de corazón amoroso es incalculable. Para ella no habrá obstáculos que no cedan en las luchas de la vida, ni los habrá tampoco para aquellos a quienes ella cobije con su ternura y con su decisión.

La que tales virtudes posea sabrá apreciar el carácter de su esposo dedicándole las mayores solicitudes, haciendo los mayores sacrificios por aquel hombre que ha de labrar su felicidad y la de sus hijos. Y no nos referimos solamente a las pequeñas ocupaciones caseras, que, aun no siendo despreciables, pueden dejarse en segundo lugar, sino al cuidado que ha de poner en la comprensión del temperamento de su

marido, induciéndole, por medio del amor, a obrar siempre pensando en el bien de la familia, infundiéndole aliento para las grandes empresas y los grandes pensamientos que le dicte el conocimiento de las cosas, y procurando, en fin, que su voluntad no desfallezca ante las dificultades ni ante los escollos.

Ha de procurar ser también, en todo y para todo, como claro y pulido espejo en donde puedan contemplarse su esposo y sus hijos. ¡Ni el más pequeño hálito de orgullo o de amor propio han de llegar jamás a empañarlo! Y no olvidando que la mejor enseñanza es la del ejemplo, ostentará sin vanagloria todas aquellas virtudes que quisiera adornasen a aquellos a los cuales interesa la manera de ser de ella.

Ni la esposa ni la madre deben dejar nunca una pregunta sin la respuesta debida, ni han de escatimar un consejo si pueden darlo con conocimiento de causa. Es conveniente, pues, que la mujer, esposa y madre, esté bien instruída y educada, que no deje nunca de estudiar, que tenga el posible conocimiento de todo, que sea, en una palabra, un libro abierto para los seres queridos.

Que su palabra sea sincera y convincente, llena del sentimiento de la verdad y del odio a lo falso y convencional; que hable como piensa y piense como siente, ya que sus sentimientos obedecerán a su juicio, sostenido

por la fuerza de su bien educada voluntad.

El solo hecho de cumplir una mujer con su marido, dándole plena posesión de su cuerpo sin faltar poco ni mucho a los deberes que tal potestad impone, no es bastante para considerarla una buena esposa; como tampoco puede decirse que una mujer sea una verdadera madre por haber dado a luz un robusto vástago (fenómeno que obra la propia naturaleza), ni por haberlo criado a sus pechos, pues función es ésta que no creemos pueda dejar de cumplir mujer alguna, ya que, por humilde que sea, no es inferior a la más insignificante oveja. No. La mujer verdaderamente esposa es la que sabe leer en el alma de su compañero, amoldándosele en lo que tenga de superior y corrigiéndola en lo imperfecto y defectuoso, y es verdaderamente madre al ocuparse en la educación del hijo desde el día mismo en que éste viene al mundo. Educarle el alma es un deber sacratísimo que a nadie debe confiar. Explica nuestro Guimerá en su poesía *Als cinc anys*, glosando su confesión de niño, el pavor que inspiróle la idea que de Dios le sugirieran, hasta que su madre, al acostarlo la noche de aquel día, iluminó su inteligencia y consoló su corazón infundiéndole la idea de Dios amigo de los niños. «Uno era el Dios de su madre y otro el de su preceptor.» Uno solo era Dios, una sola la idea que de él debía tener el niño; pero la madre

le quería y sabía infundirle la idea de la divina omnipotencia con palabra amorosa.

Conviene educar el intelecto y los sentimientos del niño procurando acomodar nuestra mentalidad y nuestra sentimentalidad a las suyas. Y, ya llegado a la juventud, tratarlo como joven; porque si bien la verdad es siempre una, no hay que olvidar que la humanidad la comprende, la teme o la quiere según el desarrollo de sus facultades y de sus sentimientos. Uno de los secretos de la enseñanza es saberse amoldar a la edad del discípulo, y esta cualidad ha de poseerla la madre en grado superlativo, no dejando en absoluto su misión ni cuando el hijo es ya hombre. Si no son enseñanzas lo que entonces le dé, serán consejos, que en esencia es lo mismo. Y la palabra de la verdadera madre es siempre atendida por el hijo, el cual resultará *buen hijo* en noventa y nueve casos contra uno, puesto que ella lo habrá formado a su semejanza.

Tengan en buen hora los niños profesores que los instruyan en tales o cuales conocimientos, pero todo ello al arrimo maternal y sin dejar de guarecerse bajo el hogar. El profesor cultivará su intelecto, y la madre, en tanto, no descuidará la educación de sus almas. No es lo mismo instruir que educar; para lo primero basta ser buen pedagogo y conocer la ciencia que se enseña, y para lo segundo es

necesario tener un gran amor al niño y velar sobre él a todas horas.

Velar siempre sobre su espíritu y sobre su cuerpo. ¡Ay de la madre que entrega el hijo a manos mercenarias! Debe convencerse la mujer, desde la más linajuda dama a la más humilde campesina, que los ojos de los ayos, criados y demás personas asalariadas que con uno u otro nombre están al servicio de los niños, no saben leer en el rostro de éstos ni su estado fisiológico ni las emociones de su alma, mientras que los ojos de la madre saben escudriñar sin esfuerzo hasta el fondo de su pensamiento, sin que le pasen por alto ni la más imperceptible contracción de dolor ni la más ligera sonrisa de bienestar o de placidez.

No queráis, pues, confiar vuestros tesoros a manos ajenas, por limpias y blancas que sean. No queráis apreciar en vano en otras almas unas virtudes y unos sentimientos que no sabéis poseer. Esforzaos en saber guardar y mantener lo que Dios os concedió. No apartéis de vosotros a los hijos bajo ningún pretexto. Haced que se instruyan lo mejor posible, pero no dejéis que otros velen su sueño ni que sus enseñanzas los alejen de vuestra casa en la infancia. Si, por ejemplo, os entregan un vaso lleno de agua diciéndoos que en caso de caerse una gota os sucederán grandes desgracias, de seguro que no dejaréis el vaso en manos ajenas. Pues pen-

sad que el corazón de vuestros hijos es un vaso sagrado, del cual no puede verterse una gota de amor sin que ello ocasione un gran desastre. Nunca he sabido comprender el acto de humildad y de renunciamiento que realizan las madres al poner a sus hijos en otras manos. ¿Es que no son bastante madres? ¿Es que les faltó la fuerza de voluntad necesaria para llegar a la altura de su misión? En este caso, triste es confesarlo, no tienen otro remedio que abdicar de ella, y hacen bien confesando su ineptitud, porque al menos son sinceras. Pero las madres que muestran constantemente condiciones de tales, ésas velarán siempre de muy cerca sobre sus hijos, y solamente cuando hayan dejado de ser niños les consentirán alejarse si sus estudios lo exigen; puesto que entonces tendrán ya modelado el espíritu según las enseñanzas maternas, y la influencia de éstas perdurará, y será como castillo inexpugnable contra las asechanzas y los embates del mundo.

He hablado más de la mujer madre que de la mujer esposa, y ha sido tal vez inadvertidamente, aunque creo que a ello me ha llevado mi profunda convicción de que la influencia de la mujer en la humanidad es más decisiva de madre a hijo que de esposa a esposo. Y es más decisiva, porque es más pura bajo todos conceptos. La esposa ejerce la influencia de su voluntad sobre el carácter y la conducta del

esposo por medio de un amor que, si bien en esencia es puro, difícilmente puede ser apreciado en toda su pureza, pues no sabemos dónde acaba ésta y dónde comienza el cultivo del deseo para obtener determinado fin. La madre ejerce la influencia de su voluntad sobre el hijo por medio de un amor tan puro y tan intenso, que sólo es comparable al amor de Dios por los hombres. La esposa puede esperar de su influencia sobre el marido un bienestar inmediato para ella. La madre ejerce su influencia sobre el hijo sin esperar otro bien que un poco del amor que ha infundido en su corazón ni otra satisfacción que verle rodeado de gloria.

Y ahora permitidme, señores, que insista en lo que he dicho al comenzar. Ya que la mujer como esposa y como madre ejerce influencia innegable, a menudo decisiva, en el pensar y el sentir de la humanidad; ya que comprendiéndolo así ponemos en sus manos el cuidado y la formación de nuestros hijos, detengámonos a pensar si está verdaderamente reconocida su personalidad, si están bien sentados sus derechos, si le hemos dejado o no libre el camino para que se ponga en condiciones de llevar a término tan grande obra. Porque si la mujer no recibe de la sociedad en que vive la consideración justa o adecuada, si no son respetados sus derechos naturales, no podrá dignamente

cumplir ese deber, puesto que nunca puede tener deberes quien no asume los derechos correspondientes. El deber y el derecho nacen uno de otro. Si no dejamos a la mujer camino abierto, si pacientemente no la ayudamos para que llegue al templo de la ciencia y se eduque, mal podremos esperar de ella que eduque a sus hijos. Y si en este sentido ha habido culpa, como la ha habido en efecto, haga cada culpable en silencio su acto de contrición y proponga firmemente no volver a pecar por egoísmo.

He dicho por egoísmo, y es verdad. Pero egoísmo mal comprendido. Decir por cobardía fuera mejor, puesto que no es más que cobardía el no dejar a otro caminante el paso libre para que llegue tan presto como se lo permitan sus fuerzas allí donde nuestro orgullo nos hace creer que nadie, excepto nosotros, debe llegar. Cobardía es no querer que la mujer se eduque y se instruya en las mismas bases de conocimiento que el hombre; cobardía es privar a la mujer que siga su propio impulso y adquiera aquellos conocimientos que más la interesen. Convénzanse nuestros pensadores, convénzase la sociedad de que lo que tanto se le reclama, la moralidad, la cultura y el civismo sólo podrán alcanzarse cuando la primera piedra de ese edificio de civismo, de cultura y de moralidad sea perfectamente sólida, y esa primera piedra es la madre.

Si el problema de la educación de la mujer se ha hecho de difícil solución, ello es debido a la mezquindad y a la cobardía de algunos espíritus menguados que se obstinan en mantener la incógnita. Se ha desplazado a la mujer del mundo del saber. Y, no obstante, con un poco de buena voluntad y de conciencia, hallaríamos que el problema de la educación femenina no ofrece muchas más dificultades que el de la educación del hombre. Todo se reduciría a que tuviéramos bastante cultura o suficiente buen sentido para apreciar la mentalidad de cada individuo sin pensar en el sexo, que harto se demostrará por sí mismo naturalmente, al modelarse el carácter y la personalidad de cada uno. Yo quisiera que alguien me convenciese de la razón por la cual no es una misma la escuela de niños y de niñas en la primera enseñanza; y por qué no es también una para los dos sexos la enseñanza superior, que en otros países, más humanos que el nuestro, se exige antes de la edad en que quedan señalados los campos y definidas las facultades y aptitudes individuales, o sea la pubertad. Haciéndolo así, cada individuo se encuentra ya entonces con suficiencia intelectual para saber escoger su camino en la vida. ¿Por qué, pues, no ha de poder franquear la mujer los campos del saber a su antojo, si tiene inteligencia para hacerlo?

Se alegará que con todos esos conocimientos desvelaremos la inteligencia de la mujer, sacándola de la tranquilidad que necesita para cumplir su misión de esposa y de madre. Cierto que despertaríamos su inteligencia, mas no la sacaríamos de su tranquilidad, sino de su *pasividad de cosa*. ¡Esta es la palabra! La tendríamos algo más consciente y sabedora del por qué de las cosas, algo más buena amiga y más discreta compañera del esposo, y algo más buena educadora de sus hijos. Porque facultades para ello no le faltan a la mujer: lo que hay de cierto es que se las anulamos con obstinación. Y no se crea que si existe una fuerza pueda lograrse que deje de vibrar con tenerla oprimida. ¡Ah, no, que esa fuerza vibrará fatalmente y obrará dentro de su radio de acción de uno u otro modo, bien o mal!... Y aquí, precisamente aquí se presenta pavorosamente el problema. De aquí que la mujer se valga de todos los medios, consciente o inconscientemente, para expansionar lo que trae dentro; de aquí que sus actividades se desarrollen según las inclinaciones, no ya de su intelecto mal cultivado, sino de su emotividad enfermiza; de aquí los tortuosos caminos por donde avanzan más o menos triunfantes, más o menos encubiertos, los sentimientos y las facultades de la mujer. Y siendo un hecho que la fuerza volitiva en la mujer es con frecuencia inmensa, por lógica

consecuencia será inmensa su acción en el campo donde impere, resultando vivificadora y saludable si ha sido bien encaminada, o demoledora y funesta si es inculta o pervertida.

¿Quién sufrirá las consecuencias de la mala educación de las facultades y los sentimientos de la mujer, ya que, a pesar de todo, bien o mal, ella actuará por derecho propio, al igual del hombre, en la humanidad?

Nuestra generación y la venidera; nosotros y nuestros hijos.

Procuremos, pues, que la mujer esté debidamente educada, como el hombre; dejémosle francas todas las rutas para que llegue a su perfeccionamiento; derribemos, como lo han hecho otros pueblos cultos, los inmensos obstáculos que el egoísmo social ha acumulado a su paso; abramos todos los campos del humano saber a la inteligencia de nuestras esposas y de nuestras madres, que ellas sabrán aprehender y asimilar todo lo que, pasado por el tamiz de su discreta inteligencia y delicada sentimentalidad, sea base de la educación de nuestro pueblo.

Y dejemos que la mujer temple su carácter en las enseñanzas de los forjadores de voluntades, a cuya vanguardia marcha serenamente el pensador Marden enseñándonos el más franco camino de la vida, aquel que permite avanzar sin dificultades si nos dejamos llevar por nues-

tra voluntad bien orientada y por el optimismo que dimana de la esperanza en el ideal. Sea la mujer la primera en conocer ese bello camino de la vida, para poder mostrarlo a su esposo y conducir por él a sus hijos.

Resistámonos a creer, como nos dice el mismo Marden, que Dios pueda mofarse de nosotros infundiéndonos anhelos sin darnos fuerzas para poderlos satisfacer. Si él nos hizo a su imagen, no seamos nosotros quien se oponga a la perfección de su obra. Dios creó a la mujer, y al infundirle el aliento vital, infundió en su alma la esencia de las facultades que posee. ¿Por qué hemos de exigirle que las esconda? ¿Por qué hemos de quererlas atrofiadas o perdidas?

Por las deprimentes condiciones en que durante siglos ha vivido, nuestro pueblo, a pesar de tener un tesoro de voluntad oculto, obra como un abúlico. Él es, pues, quien más necesita de estas doctrinas forjadoras de voluntades, y nadie mejor que la mujer, la esposa, la madre, puede inculcarle la creencia de que en ellas está su salvación.

Y si antes me he dirigido a las mujeres exhortándolas a que no dejaran a sus hijos en manos mercenarias, me dirijo ahora a los hombres y les digo: No temáis perversidades de la mujer consciente ni receléis que quiera usurpar vuestro imperio, ya que, cuanto más

educada, más conocedora será de sus deberes, y, respetándose, os sabrá respetar.

Que no impere en vosotros el egoísmo, sino el amor a la verdad, luz que todo lo aclara. Sabed ver en la mujer vuestra hermana, vuestra igual, vuestra compañera, y entonces con el esfuerzo de sus virtudes y el poderoso atractivo de su voluntad, ejercerá amorosamente decisiva influencia sobre vosotros y sobre vuestros hijos, haciendo de ellos un pueblo de fe y de voluntad.

LECCIÓN TERCERA

TEMA PRIMERO

Verdadero concepto de los deberes sociales de la mujer y estudio sobre la educación que debiera dársele para que pueda cumplir con su misión de esposa y madre.

por **D.ª Rosa Sensat de Ferrer**

Ilustrísimo señor:
Señores; señoras:

Hasta este momento no me doy cuenta del atrevimiento que representa por mi parte el hablaros desde este sitio, que jamás por propia iniciativa habría venido a ocupar. Cuando el entusiasta organizador de estas conferencias fué a pedir mi concurso para el estudio del problema de la educación femenina, me encontró, aprovechando las vacaciones del verano, ocupada en esta cuestión; y, naturalmente, lleno el espíritu de las mismas ideas y preocupaciones que él me manifestaba, no vacilé en decirle que contase conmigo, porque creí que, como mujer y como maestra que siente intensamente las

cuestiones de educación, no podía negarme a exponer mi opinión respecto a un problema de tan vital interés, a decir lo que de él me ha enseñado la experiencia y el estudio, en España y en otros países; a contribuir con mi esfuerzo a una propaganda activa y desinteresada en favor de la educación de la mujer.

Y a eso vengo, a cumplir con un compromiso contraído, sintiendo únicamente no poseer una más bella y correcta palabra que diese todo el relieve y toda la fuerza del convencimiento a las cuestiones que nos ocupan y que considero de la mayor trascendencia social. Con incorrecciones, pues, que espero tendréis la amabilidad de perdonar y contando con vuestra benevolencia, voy a dar principio a mi trabajo, cuyo tema es: «Verdadero concepto de los deberes sociales de la mujer y estudio sobre la educación que debiera dársele para que pueda cumplir con su misión de esposa y madre».

Mi tema, señores, como se puede ver, es de soluciones, es de afirmaciones; no es de crítica de la educación actual que todos consideramos equivocada y deficiente, completamente desorientada y desfocada, inadecuada por completo a las necesidades de nuestro tiempo; es de resoluciones y determinaciones, que ya es hora de que concretemos en esta cuestión y nos pongamos de acuerdo sobre la educación que conviene a la mujer de la sociedad actual. Pero

si educación quiere decir *formación*, preparación para una misión determinada, hemos de poner en claro antes cuál sea esta misión, cuál es el verdadero papel de la mujer moderna en el conjunto social. Y aquí entramos de lleno en el problema feminista, que tantos egoísmos pone de manifiesto, que tantas controversias origina, que tantos recelos y suspicacias despierta, seguramente por lo indeterminado del concepto o por no estar bien planteado ni bien comprendido. «Yo soy antifeminista», me decía días pasados una señora. Pues yo soy feminista, le contesté; pero hablando, hablando, nos encontramos perfectamente de acuerdo sobre todos los aspectos de la educación de la mujer. La divergencia, al parecer, venía, pues, de no dar a la palabra *feminismo* el mismo alcance ni la misma acepción.

Hablemos, pues, del feminismo, tal como lo entiendo, y veremos si nos encontramos conformes. Pero ¿qué *feminismo* debe ser éste, os preguntaréis, que empieza por hablar no de los *derechos*, sino de los *deberes* de la mujer?

Es que, señores, es muy sencillo y muy llano proclamar un derecho, pero no lo es tanto cumplir con un deber; y yo entiendo que solamente adquiere toda su personalidad, toda su dignidad, aquel ser humano, sea hombre o mujer, que ha sabido, con esfuerzos sucesivos de voluntad, cambiar en hábito, casi inconsciente,

la lucha y el esfuerzo que representa, al principio, el cumplimiento de un deber; que ha llegado a aquel estado de perfección en que el deber se cumple con toda calma y serenidad, con toda alegría, como una cosa natural e innata, sin que quede en el ánimo la más ligera sombra de tristeza o de pena por no haber obrado de un modo contrario.

Y por este motivo, yo quiero hablar de los *deberes* de la mujer, porque quiero para ella toda esta personalidad, que hoy se le niega, precisamente por esto, porque no puede o no sabe cumplirlos.

El primer deber de la mujer, como el de todo individuo, es el del trabajo. En esto no admito diferencias ni excepciones para nadie. Es condición propia de la naturaleza humana, es el cumplimiento de la ley biológica de la actividad. Pero hasta aquí no sería más que una manifestación natural y espontánea de su vida; cuando adquiere verdaderamente el carácter de un *deber* es en cuanto forma parte la mujer del conjunto social. Y a este conjunto nadie puede negarse a aportar su fuerza, su producción, su concurso. El elemento que gasta y no produce es un elemento perturbador, es un elemento que se opone a la ley del progreso humano, la ley que hace avanzar las civilizaciones. El progreso sólo ha sido posible por la asociación, por la división del trabajo, por la

contribución de todos los elementos a la acción común. Una sociedad es tanto más rica y más fuerte cuantos más miembros útiles posee, cuantos más brazos, más inteligencias tiene para producir; luego la mujer, que tiene brazos, que tiene un poder mental (aun dando por sentado, de momento, que sea inferior al del hombre), tiene el deber de ponerlos al servicio de la sociedad de que forma parte para contribuir a su perfeccionamiento (este anhelo superior que nunca debe quedar satisfecho), y pagar, en cierto modo, trabajando por las generaciones venideras, el bienestar, las comodidades y refinamientos de la vida moderna, de que disfrutamos, y que nuestros antepasados nos han conquistado a fuerza de trabajo y de abnegación, muchas veces con el sacrificio de su propia vida.

El segundo *deber* de la mujer es el de su propia educación, en el más elevado sentido de la palabra, en el sentido de desarrollo de las facultades que posee y del perfeccionamiento de todo su ser. Educarse es continuar, consolidar la obra de Dios. Y este deber, que es individual, que es muy personal, lo es también social, porque a individualidades más educadas siempre corresponderán sociedades más perfectas. Y así como en la educación del hombre se reconoce que, aparte de aquella preparación especial que le hace apto para el desempeño

de una función social determinada, según su vocación, aptitud y condiciones naturales de su vida, ha de haber primordialmente y antes que todo aquella educación general para formar al hombre como a tal hombre en la unidad y armonía de todas sus fuerzas; así también en la educación de la mujer, lo esencial, lo primero, es formar su personalidad, la mujer como a tal mujer, con toda la plenitud, con toda la dignidad que la palabra encierra. El hombre puede ser médico, abogado, agricultor; pero antes que todo es hombre, miembro de la gran familia humana; pues la mujer también, aparte de las actividades y de las ocupaciones a que la lleve su destino, ha de ser *mujer*, porque en la esfera de la naturaleza, aunque las leyes del dimorfismo sexual establezcan diferencias entre ella y el hombre, el concepto de identidad de especie los hace enteramente equivalentes. La mujer tiene una inteligencia, una voluntad, una riqueza de sentimientos tal vez superior a la del hombre; tiene un ser espiritual que ha de alcanzar, con el conjunto de las demás potencias, una personalidad.

El tercer *deber* de la mujer, como individuo de la especie humana, es dar hijos a la especie; como individuo social es dar a la sociedad hombres educados; a la patria, ciudadanos. Pero el mismo deber tiene el hombre.

Nos encontramos aquí con el primer núcleo

social: la familia. Es tan grande, tan extenso en la familia el campo de su actividad, es tan trascendental en el conjunto de la sociedad la misión de la mujer como madre, que se ha considerado esta misión como exclusiva, como su única, propia y esencial misión. Pero detengámonos aquí, por un momento, y veamos las condiciones de la sociedad actual, tal como la realidad nos la presenta. ¿Puede la mujer, en este punto, elegir su destino? Es que se ha dicho y se ha repetido mucho: «La misión de la mujer no es otra que la de esposa y madre»; pero, señores, es necesario reconocer que para que ella llegue a esposa y madre es preciso que haya hombres que quieran ser padres y esposos. La mujer se encuentra, pues, muchas veces en la imposibilidad de poder cumplir el deber que la especie le impone, porque la sociedad de hoy hace la vida muy dura para todos, y la concurrencia en el trabajo, el encarecimiento de las subsistencias y otras causas retraen al hombre del matrimonio. Esto, y el exceso de población femenina sobre la masculina nos da un tanto por ciento crecido de mujeres que no se casan, y de consigueinte, no pueden cumplir con esta misión que se les concede como única y exclusiva. Todos conocemos, porque son por desgracia numerosos, estos casos de padres que no se han preocupado del porvenir de las hijas, y no teniendo bienes de fortuna, no les han

procurado un medio de vivir, con la idea corriente de que la mujer no ha de seguir más carrera que buscar un marido que la mantenga. Pero los años han pasado, el marido no ha venido, los padres han muerto, dejando en el mayor desamparo a estas mujeres, sin un medio honrado y digno de ganarse la subsistencia y con la amarga decepción de una vida sin dirección ni objeto. Para estos casos, que son cada día más frecuentes, de mujeres obligadas a sostenerse por sí solas, orientar toda su educación hacia un destino que no han de alcanzar, hablarles de su papel de esposa y ama de casa, de la maternidad y de la educación de los hijos como única finalidad de su existencia, es más que una burla, es un cruel sarcasmo.

Por otra parte, como hemos dicho antes, la vida es cara, el trabajo poco retribuído, y la producción del hombre no basta en muchos casos para sostener todas las cargas domésticas, y la mujer se ha tenido que lanzar al trabajo. Así lo vemos, como general, entre el proletariado, entre las familias obreras; así se va extendiendo entre la clase media. Porque hay que pensar también en que hay para la especie humana otra vida que la de la bestia, que la de la satisfacción de las necesidades materiales, y es natural en ella buscar los medios de aumentar los recursos pecuniarios para poder satisfacer aquellas aspiraciones y aquellos anhelos

de un orden superior, es decir, la instrucción por medio de la lectura, excursiones, viajes; la fruición del arte, como música, teatro, adquisición de objetos artísticos; la higiene, limpieza esmerada de la casa, comodidad de las habitaciones, cuartos de baño, etc. Todo esto encarece la vida y la mujer prefiere trabajar a privar de ello a todos los seres queridos que constituyen su familia.

De todas estas realidades, pues; es decir, del gran número de mujeres sin el apoyo y la protección del hombre; de las necesidades materiales y espirituales, cada día mayores, de las familias; de la transformación de las sociedades, con la tendencia hoy de aprovechar el trabajo de todo el mundo para una mayor producción de riqueza y de fuerza moral, ha nacido el problema del feminismo, que no es más que un derivado del problema social. No han sido, en sus orígenes, los ideales de justicia y de humanidad los que lo han planteado, ha sido la necesidad, la lucha por la existencia, el instinto de conservación. La mujer había de sucumbir o trabajar, y ha optado por lo último, dedicándose, primero, a aquello que únicamente sabía hacer, a las labores llamadas de su sexo, al trabajo manual. Pero más instruída en otros países, y viendo que el trabajo intelectual era más retribuído, ha acudido a éste, y se ha encontrado con que muchos de los caminos

le estaban vedados. Entonces se ha dado cuenta de su esclavitud y de la injusticia de su inferioridad social y se ha rebelado, empezando un movimiento que, en países libres como la libre Inglaterra, ha encontrado un eco formidable. La mujer lucha hoy valientemente, ardientemente por sus reivindicaciones. Hace bien. Está de su parte la razón. Cuando uno cree tener un derecho; es noble y digno el defenderlo. Ha llevado la cuestión a la esfera de los grandes ideales humanos, la justicia y la igualdad, y por ellos irá conquistando, un día uno, otro día otro, todos sus derechos. Los resultados ya obtenidos, las exageraciones y estridencias con que la lucha se presenta a veces, han formado grandes movimientos de opinión en contra de la emancipación de la mujer, alegando varias razones. Se habla de sus diferencias físicas (que es verdad que las hay), de su inferioridad intelectual, de su falta de potencialidad para los grandes inventos, para las elevadas concepciones del arte; se habla de lo que podría padecer su virtud, su moralidad, abandonando su recogimiento y su retiro.

No entra en los limites que se nos ha marcado en esta conferencia refutar y combatir uno a uno estos argumentos. Muchas de las pretendidas inferioridades no están probadas, porque no habiéndose podido educar en libertad la mujer, como lo ha hecho el hombre,

no puede saberse en realidad cuál es su naturaleza y lo que daría de sí dejándola explayar libremente, sin trabas de ninguna especie. Y aun cuando estas diferencias entre el espíritu del hombre y el de la mujer existiesen, no habría razón para negar a la mujer toda participación en el trabajo intelectual y de la vida del espíritu. El que sus obras no fuesen idénticas, no quiere decir que no fuesen igualmente útiles. Estas diferencias también existen entre unos y otros hombres y a nadie se le ha ocurrido limitar el derecho a las profesiones y trabajos del hombre para los que no tuvieran capacidad y aptitud, pues estas limitaciones ya se hacen por selección natural. Es bien claro que no desempeñarán las profesiones los que no puedan, por no estar dotados de aptitudes para ello.

Se teme también la concurrencia. Hoy es difícil alcanzar empleos, encontrar trabajo. ¿Qué sucederá, se dice, cuando la otra mitad del género humano entre en competencia? Nada; sucederá lo que ya ha pasado en otros países, lo que ojalá suceda en el nuestro: que se abrirán nuevos horizontes, que se explotarán nuevas fuentes de riqueza, que crecerá nuestra industria y nuestro comercio, y se necesitarán hombres para llevar a cabo las nuevas empresas; esos hombres, que, como en bellísimo lenguaje decía estos días doña Carmen Karr, se

entretienen vendiendo cintas y perfumes, cuando la tierra necesita brazos y la industria inteligencias que la fecunden y la vivifiquen.

Muy dignas de estudio y de meditación son las opiniones de los que sinceramente combaten el feminismo, porque ven en él inconvenientes para la mujer, porque temen por la conservación y cohesión de la familia; pero no se puede tolerar que se extravíe la opinión por ciertos combatientes desaprensivos que tratando a la ligera esta cuestión tan trascendental, establecen como irreductibles dos tipos de oposición: el de la mujer de su casa y el de la mujer intelectual, entregada al estudio y a las profesiones liberales, poniendo a esta última en ridículo y considerándola como un ser antinatural y estrambótico.

Indudablemente, la mujer dentro de la familia es la célula social más perfecta, porque en ella se realizan todos los fines humanos; pero no hay que despreciar en el conjunto social aquellas células menos complejas, el hombre y la mujer solteros, miembros sociales útiles y dignos de que se les considere y se les respete.

Hablemos ahora de las mujeres que se encuentran en el caso de poder cumplir con su misión de esposas y madres. Para éstas las responsabilidades son mayores; porque educar a una mujer soltera es ganar para la sociedad

un individuo; educar a las madres es educar a las generaciones venideras. La influencia de la mujer en la familia es innegable. Todo el mundo se la reconoce. No lo será de derecho, pero de hecho, en la mayoría de los casos, obra en su casa como *rey absoluto*. Pero esto la obliga más y le da una mayor responsabilidad. Para estas mujeres hay que añadir otro deber a la enumeración de los que venimos señalando: *el de la instrucción*. La tarea de la educación de los hijos está en sus manos. Y esta tarea no tiene nada de fácil. Tomar un niño desde su nacimiento, proporcionarle los cuidados físicos que su debilidad reclama, interpretar las primeras manifestaciones de su sensibilidad, sus movimientos inconscientes, presenciar con atención el despertar de su inteligencia, observar los primeros chispazos de su voluntad, que hay que respetar y dirigir, no anularla, es tarea tan compleja, que necesita sólidos y variados conocimientos. Pero ¿cómo se prepara a la mujer para semejante obra, que a ella directa e inmediatamente está encomendada? Parece que una joven bien educada, según lo que se entiende por esta palabra en buena sociedad, no puede dejar de saber tocar el piano, cantar, pintar un poco, ejecutar algún primoroso bordado, hablar un poco el francés y presentarse con gracia y elegancia. Lo que no debe aprender ni nadie se acuerda de proporcionarle son

los conocimientos indispensables para ser una buena educadora de sus hijos, para llevar a cabo la grandiosa obra de la educación del hombre, sano de cuerpo y de espíritu, del individuo equilibrado que, como unidad social, contribuya al mejoramiento de las sociedades futuras. Pero dejemos la crítica, que se viene a los labios, pues ya conocemos los defectos de la educación actual, y mantengámonos en nuestro primer propósito. A medida que el niño crece, los problemas se complican. Hay que vigilar su salud, su desarrollo físico, las manifestaciones de sus instintos, hay que buscarle escuela, ponerse en relación con el maestro para marchar de acuerdo en los procedimientos educativos; hay que tener suficiente ilustración para saber contestar a las preguntas del niño, sobre los seres y las cosas, sobre los fenómenos del mundo que le rodea, satisfaciendo su curiosidad en el momento mismo en que el interés se presenta, pues nunca entrarán en su mente las ideas con tanta claridad como en estos momentos, ni nunca serán acogidas con tanta confianza como cuando salen de labios de una madre. Ha de estudiar ésta sus aptitudes y adivinar su vocación. Ha de saber inspirarle amor al trabajo. Ha de enseñarle a amar la Naturaleza y despertarle el gusto por las manifestaciones del Arte. Esto le apartará de diversiones groseras y malsanas. Hay un momento en la vida del hijo en que la adqui-

sición del gusto por el ejercicio físico en plena naturaleza, la fruición de las bellezas naturales, puede preservarle de una caída o de una indignidad. Cuando hayamos hecho sentir al niño todo el encanto de aspirar la frescura exquisita del aire matinal, el espectáculo de juventud, de frescura, de luz, de confianza y de trabajo que el campo presenta; cuando le hayamos hecho comprender la belleza de las cosas que se borran y difuminan en aquel momento exquisito de una puesta de sol, al declinar del día, habremos conquistado para él una fuente inagotable de felicidad, un medio de hacerse la vida más amable, honesta y bella.

Y hay una multitud de problemas a resolver por la mujer en la educación de los hijos: la educación del sentimiento religioso; la educación de la pureza, asunto que sólo ella puede tratar con tacto exquisito; la educación del valor; la del sentimiento patrio. La mujer, hasta hoy, ha vivido demasiado retirada y recluída en su hogar y se ha hecho egoísta y conservadora. No viviendo más que para sí y los suyos, en el estrecho círculo de la familia, ha pensado sólo en ésta, en su robustecimiento y en su bienestar, desentendiéndose por completo de la acción social. Ha dicho y repetido al esposo y a los hijos: «La política no os dará pan». «Vuestro único deber es traer pan a casa», sin sospechar, por incomprensión e ignorancia, nuestra

solidaridad con todos los miembros de la sociedad en que vivimos, sin vislumbrar siquiera nuestros deberes de ciudadanía. Por esto España es uno de los países menos patriotas, porque la mujer, encerrada en su mezquino círculo, ha inspirado a los suyos este individualismo y falta de espíritu público y colectivo que mata a nuestro pueblo y es causa de nuestra inferioridad nacional.

Podríamos seguir examinando el campo de acción de la mujer. ¡Cuán extenso y vasto se nos presenta, al considerarla como esposa, como madre, como ama de casa y directora de todas las actividades del hogar! Libros se necesitarían para concretarlo y detallarlo.

Pero volviendo a nuestro análisis de las condiciones actuales en que la mujer vive y se desenvuelve, nos encontramos con las siguientes realidades: mujeres que no se casan y que imprescindiblemente han de ganarse la vida; mujeres que se casan y han de trabajar para ayudar a sostener las cargas domésticas; mujeres que tienen por única ocupación el cuidado del hogar y de sus hijos; mujeres, por fin, que considerando como mezquino concepto del trabajo el acudir a él sólo por necesidad, lo emprenden para ennoblecer su vida, para ser algo en el mundo y pagar en cierto modo la deuda que con la sociedad tenemos contraída.

Dentro de estos términos hay que concretar,

pues, cuál es la educación que conviene a la mujer. Y entramos de lleno en el problema pedagógico. No hay otro país en Europa, fuera de Turquía, que no tenga más centros de enseñanza oficial para la mujer que la escuela primaria. La escuela llamada secundaria, media o superior está establecida en todos los países, y tan extendida como la primaria en algunos. Aquí no la tenemos y la necesidad la impone. No hay más que abrir los ojos y mirar. El «Instituto de Cultura para la mujer», nunca bastante alabado, es una prueba patente del sinnúmero de mujeres que buscan el pan de la inteligencia. Nuestro Instituto de segunda enseñanza se llena de mujeres en busca de serios estudios, de una instrucción sólida.

La «Escuela del hogar y profesional de la mujer», en Madrid, reciente esfuerzo del Estado, es lo único que tenemos. Por boca de un ex ministro, el señor Bergamín, en su discurso pronunciado en el Instituto de Cultura, dicho centro no llena bien su finalidad. Sin embargo, su creación tiene una gran importancia, porque revela el reconocimiento del problema de la educación de la mujer por parte del Estado. Escuela del hogar, por un lado, es decir, la mujer se ha de educar para madre de familia; escuela profesional por otro, es decir, la mujer se ha de preparar para ganarse la vida: dos necesidades sentidas por do quiera

en el mundo. Pero venimos nosotros y añadimos: la mujer se ha de educar, antes que todo, para ser mujer, para alcanzar su personalidad, sea cual fuere ulteriormente su destino. Esto modifica los términos del problema, porque este aspecto de la cuestión le da mayor amplitud y universalidad, ya que comprende absolutamente a todas las mujeres.

Cada día se acentúa más en el campo de la Pedagogía la tendencia a considerar solamente dos esferas en la educación del hombre: la educación general para formar al hombre, comprendiendo íntegramente el desarrollo de todas sus energías psicofísicas sin excepción; la educación especial o profesional que le prepara para el desempeño de una función social determinada, según su aptitud y vocación. En cada una de estas esferas, que son cualitativas, hay una serie ilimitada de grados cuantitativamente. La escuela primaria representa el grado primero de la primera esfera. Es tal vez, con todos sus defectos, la primera que ha comprendido su verdadera misión, orientándose cada día más en el sentido de esta cultura general que necesita el hombre. Como a segundo grado hay el instituto. La mujer que ha sentido la necesidad de una superior cultura al salir de la escuela primaria, en nuestro país, no hallando un centro adecuado, ha acudido al instituto; pero no es esto lo que le conviene. Y la pri-

mera razón es porque, tal como está organizado, tampoco conviene al hombre, pues no realiza aquella misión educadora, fortalecedora de todas las energías, que tanto el hombre como la mujer necesitan para cumplir sus deberes sociales. No le conviene, además, por otras causas. El problema de la coeducación está por resolver, y no creo que sea el instituto el campo más adecuado para hacer los primeros experimentos, ni la edad de los alumnos la más apropósito para unirlos cuando antes han vivido separados. No le conviene, tampoco, porque para la mujer, que tiene la misión especialísima de madre, aunque no sea la única, son conocimientos de cultura general y no especial aquellos que la preparen para aquella misión, que muchas se pueden encontrar en el caso de tener que cumplir, y en el instituto de segunda enseñanza no tienen cabida estos estudios. La mujer, pues, necesita centros de cultura general donde pueda encontrar una sana, moral y equilibrada educación; una cultura integral sólidamente fundamentada, una satisfacción a sus ideales de amor a la verdad y a la ciencia, una preparación para ulteriores direcciones; centros, en fin, donde pueda encontrar el aprendizaje, apoyado en principios científicos, de su primera ocupación: la de madre, la de buena ama de casa.

Yo no soy partidaria, señores, de que se haga

de la llamada *escuela menagère* una escuela especial. Entiendo que son conocimientos propios de todas las mujeres los que las habilitan para el buen manejo de la casa y la crianza de los hijos y que, sea cual fuere la dirección que luego hayan de seguir, no pueden desentenderse del todo de los quehaceres domésticos, que resultan más ingratos y pesados de lo que en realidad serán cuando se enseñen bien y se apoyen en bases científicas. En las escuelas *menagères* de los Estados Unidos la cocina es un verdadero laboratorio y las operaciones culinarias van precedidas de experimentos químicos que explican el *cómo* y el *por qué* de lo que se hace, que acostumbran a la precisión y a la pulcritud, lo cual en nada perjudica, sino muy al contrario, al sabor delicado de los manjares.

Creo que no debiera haber centro de cultura general de la mujer sin la enseñanza doméstica, sin la enseñanza de la Puericultura, de la Higiene, de la Economía y de la Pedagogía o principios de educación. Y al decir centros de cultura general, no excluyo la escuela primaria, que creo debería formar, con las de segunda enseñanza, un período continuo de cultura, una serie cíclica con programas más y más ampliados. Así serían dos grados de una misma dirección de la cultura de la mujer; el uno asequible a todas, el otro para las mujeres ricas y de la clase media cuyas necesidades de ganarse la

subsistencia no fuesen tan apremiantes. Claro que es de lamentar que haya mujeres que tengan que dejar la escuela a los doce años; pero la realidad lo impone así. Para éstas, también, es preciso que la cultura general sea completa, aunque, naturalmente, más restringida. Las clases de noche para adultas vienen a llenar esta necesidad de afirmar conocimientos y de tratar cuestiones que no pueden ser comprendidas a los doce años.

En cuanto a la enseñanza de los quehaceres domésticos de un modo práctico para las niñas que frecuentan la Escuela primaria, creo que no se puede prescindir de ella, y en la imposibilidad de tener una instalación de cocina, lavado, plancha, etc., en cada escuela, podría adoptarse la solución de Bruselas, consistente en montar unas escuelas del hogar populares, sencillas, modestas, económicas, con poco personal, sirviéndose casi del mismo de la Escuela primaria, donde pudieran practicar por turnos semanales las niñas del último grado de las escuelas de un mismo barrio.

Y vamos a la segunda esfera de la educación de la mujer: la educación especial. Para esto hacen falta centros de enseñanza profesional donde pueda aprender la mujer un oficio determinado, con todo el buen tecnicismo que se apoya en el dibujo, en el arte, en las reglas del buen gusto. Podrían comprender: corte, som-

breros, lencería, bordados en blanco y artísticos, decoración de porcelanas, enseñanza comercial (mecanografía, taquigrafía, idiomas, teneduría de libros, geografía comercial, etc.) y tantos otros campos de actividad de la mujer, que le permitan adquirir un medio de ganarse la vida decorosamente.

Tendríamos, pues, al salir de la Escuela primaria dos direcciones para la mujer; una, enseñanza general; otra, enseñanza especializada. La primera para aquellas mujeres que no tuviesen la imprescindible necesidad de ganarse la vida o fueran a ella en busca de preparación para una carrera. El cuadro de enseñanzas, que no es posible ahora detallar, de esta Escuela, que pudiéramos llamar secundaria, debería comprender estudios serios, sólidos, extensos de lo que constituye la cultura general; pero no proporcionados a dosis de tres cuartos de hora de lección por profesores que saliesen de la Escuela y no se preocupasen más de las alumnas, sino por maestros o maestras que ejercieran una acción constante sobre éstas, una influencia espiritual encaminada a la formación de caracteres bien templados en la virtud y de una elevada tonalidad ética. Ni taller ni universidad es lo que pedimos; queremos simplemente una escuela, con toda la elevada significación que la palabra encierra. Esto quiere decir que todo su plan, todos sus métodos de enseñanza,

toda la vida de la escuela debería tener una finalidad: la educación; y toda su organización, todo su espíritu habría de ir encaminado a la formación de mujeres integralmente cultas, socialmente utilizables, madres y esposas perfectas. Estos estudios servirían, además, de preparación para las carreras y profesiones a las que se ha de pedir libre acceso para la mujer.

En cuanto a los centros de enseñanza especializada, a los que podrían acudir las mujeres que tuvieran que ganarse la vida más pronto, habrían de tener también ciertas clases de ampliación de la enseñanza primaria, para no dejar de mano ni olvidar nunca, cualquiera que sea la dirección que emprenda la mujer, esta cultura general que la ha de hacer apta para cumplir su misión de madre.

Ahora, señores, resumamos y concretemos. La mujer se ha de educar para dos cosas principalmente: para bastarse a sí misma y para ser esposa y madre; pero la una no excluye a la otra. La joven cuando se educa, no conoce su destino. Ha de bastarse a sí misma para conquistar su independencia, pues sólo así podrá llevar al matrimonio una idealidad y afectos del corazón y no la mira egoísta de una solución al problema de la vida; sólo así podrán constituirse los matrimonios bajo la única base moral que pueden tener, que es el amor. La

mujer se ha de educar pensando en que puede ser esposa, la verdadera compañera del hombre, su amiga más leal, que se interese por sus trabajos, que entre en el círculo de sus actividades, que le ayude, si es preciso, cooperando juntos a los quehaceres diarios con una completa compenetración de espíritu. La mujer se ha de educar pensando en que puede ser madre y ha de dar a la patria hijos robustos, sanamente constituídos, moralmente educados, socialmente útiles. La mujer, en fin, se ha de educar para cumplir, fuera del papel de esposa y madre, con el deber de contribuir a los grandes ideales de progreso moral y material que sostienen la vida de los pueblos.

Y ahora me dirijo especialmente a los caballeros que han tenido la bondad de venir a escucharme, para formular una súplica. Vosotros, hoy por hoy, tenéis la supremacía en el mundo, vuestra voz es escuchada, vuestra opinión la única que pesa en las resoluciones sociales. Yo os pido, pues, vuestro apoyo para llegar al problema feminista, que no es más que la proclamación de los derechos de la mujer a su personalidad. Os lo pido invocando los sagrados nombres del hogar y de la maternidad, pues educar a la mujer no será cambiar su naturaleza, sino hacerla más mujer y más apta, por tanto, para cumplir los deberes que esta misma naturaleza le impone. Os lo pido, en primer

lugar, en nombre de vuestra propia felicidad y de la de vuestros hijos; en nombre de la justicia, gran ideal de la humanidad; en nombre, sobre todo, de la prosperidad, del engrandecimiento de nuestra patria.

SEGUNDO TEMA

¿Llega la mujer a la maternidad con suficiente preparación para dar a la sociedad hijos sanos, fuertes y honrados?

por D.ª María Baldó de Torres

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES; SEÑORAS:

ANTES de desarrollar el tema que en este *Cursillo de Educación Femenina* se me asignó, permitid que os diga que al hallarme ante las blancas cuartillas en que debía dar vida a mis ideas, escribí la primera palabra en catalán, en esa lengua sonora y vigorosa que amamos tanto por su abolengo, por sus bellezas... por ser la nuestra. Reflexioné luego. Nos íbamos a reunir con el fin de educarnos mutuamente hablando y escuchando; entendí, desde el momento, que la educación en el sentido de formación o preparación espiritual no es patrimonio exclusivo de este o de aquel idioma, y rompí la cuartilla y trasladé ya mis ideas en castellano, en esa lengua robusta y melodiosa a la vez que tanto dice cuando se usa bien. Si la finalidad que buscamos en estas lecciones es un cambio de ideas, tanto más aprovechan

éstas cuantos más las entiendan; además, reputé por deber ineludible de cortesía, de respeto y aun de civismo hablar en el idioma selecto de Castilla, región hermana muy querida, creyendo que así unía a mi deber de maestra nacional modestísima; la delicadeza de quien respeta lo ajeno para obligar a respetar lo propio. Y dicho esto, voy ya a ofrecer a vuestra galante consideración el desarrollo de mi tema, tema difícil de explanar, no sólo por la brevedad del tiempo, sino también porque la esfera de acción en que se mueve la mujer española es tan reducida, tan chiquito es su radio, que basta con poco para venir todo holgado.

Dice el tema: ¿Llega la mujer a la maternidad con suficiente preparación para dar a la sociedad hijos sanos, fuertes y honrados?

Y a eso hemos de contestar: si el camino que ha de recorrer hasta llegar a dicho fin tiene por norte lo consciente y lo razonable, no; si llega a ser madre aleccionada por el instinto, entonces hay que convenir en que atraviesa la senda bien y con firme planta.

Por doloroso y hasta por inconcebible que sea, llega la mujer a la maternidad sin prepararse para el más grande de sus deberes.

Es la nuestra una moral tan carcomida, que no resiste ni aun a los más débiles embates de un razonamiento serio. Educada la mujer en una gazmoñería ilógica, que la lleva a una pura

hipocresía, llega a ser madre sin tener noción siquiera de que pesa sobre ella la responsabilidad de lo que pueda ser la sociedad civil en que vive, pero conociendo con repugnante secreteo cuestiones incalificables, tal vez soeces, y, sin género alguno de dudas, groseras.

Y es que, arropándonos con un pudor falso, todavía no sabemos leer en este libro santo y grande que se llama naturaleza. Ante los problemas sexuales, sobre todo los que se refieren a la maternidad, debiera sentir la mujer el respetuoso recogimiento que nos causa un artístico desnudo, cuya contemplación lleva a nuestro espíritu la vibración de algo sublime en forma corpórea. Y no es así; la madre, la familia, la escuela, la sociedad consienten la conversión de una niña en madre sin darle un escudo en que refugiarse y lanzándola a plena lucha indefensa.

Para asomarse la niña a la sima de la vida, para descorrer el velo del misterio, no se siente protegida por el brazo maternal que la sostenga en el vértigo que da la profundidad de lo desconocido, ni por la mano solícita que, lentamente, cariñosamente, descorra el cendal que cubre nuestra materialidad; sin darse cuenta, llega a la sima, el velo cae bruscamente, la decepción viene como una consecuencia lógica, y la niña, convertida en adulta, busca, inquiere, y no hallando solución definida a sus investiga-

ciones adopta una posición falsa a todas luces, muy cómoda también para nosotros, puesto que con este procedimiento resulta muy fácil preparar a los hijos para la vida.

Ved los frutos que de ello obtenemos: hogares sin fidelidad, hijos enfermizos, pueblos de escasa virilidad... algo así como la demolición de la raza.

Antecede a la maternidad el matrimonio. Etnográficamente se ha probado que las generaciones primitivas organizaron la familia a base del varón, que con su fuerza protege a la mujer y a los hijos que de su unión obtiene; aun en los pueblos salvajes es una ley el deber del hombre de alimentar a la familia, y tanto es así, que entre las razas poligámicas el hombre no tiene derecho a más mujeres que las que puede mantener. La raíz del matrimonio está, pues, en la familia, y así se explica que en muchos pueblos no es válido el matrimonio hasta después que nazca un hijo. Para la constitución de la familia es preciso un momento decisivo en la vida del hombre, en el que el *yo* sienta fuerte y decisivamente la necesidad de completarse con el *tú*, y entonces surge la cuestión de la elección sexual.

El varón elige casi siempre e instintivamente a la mujer joven, sana y bien formada; ésta prefiere a los héroes, a los audaces, a los fuertes; siente así más protegida su debilidad. En

el orden intelectual, un hombre de inteligencia cultivada se casa con una mujer poco instruída; en cambio, las muchachas ilustradas pocas veces llegan a unirse con hombres zafios. Para llevar a cabo la elección sexual en el orden fisiológico, la humanidad lleva en sí la noción de la belleza, noción muy relativa y diferente según los pueblos; así, mientras las aplastadas narices de los australianos excitan nuestra hilaridad, sienten ellos la comezón de la risa al considerar la, para ellos, longitud de la nuestra. Sin embargo y como regla general diremos, aparte del ideal de la raza, de las costumbres de la misma y de los gustos individuales, que para la elección sexual se busca en la mujer la plenitud de formas y la gracia; en el hombre, la destreza y la fuerza muscular. Digámoslo con menos palabras: la salud. Otros sentimientos influyen en la elección sexual: el respeto, la ternura, a veces la compasión, la admiración, el deseo de constituir familia... Históricamente podríamos probar, narrando el desarrollo de la civilización humana, que en las primitivas etapas es mucho más intenso el cariño a los hijos que el amor de los esposos. La delicadeza en el trato y el amor en el matrimonio actual no eran conocidos en las antiguas civilizaciones, a pesar de haber pueblos, como los tonganeses, que al morir la mujer se suicidaba el marido.

A medida que avanzamos en la marcha progresiva de la humanidad, los espíritus se afinan, y aparte de la ley fisiológica, influyen en la elección sexual, como una precondición para excitar la simpatía y el afecto, la comunidad de opiniones, de sentimientos, de cultura; ya el varón va comprendiendo la igualdad de los dos sexos y se acostumbra a considerar a su mujer como una compañera. A pesar de todo ese resurgir espiritual, hay casos, por desgracia muy frecuentes, en que quizás por exceso de refinamiento, y valga la paradoja, como si quisiera renacer entre nosotros el matrimonio por compra de otras épocas y aun ahora de pueblos salvajes, el cálculo, con su descarnada garra, deshace el ideal de belleza, salud, inteligencia, firmeza de carácter, capacidad para el trabajo, para izar sobre estas ruinas la bandera del dinero...

Y cuando esto ocurre, hay en el matrimonio un pecado de origen que rara vez se borra. Para desasirse de esa garra o para no dejarse coger por ella, la mujer no tiene más recurso que una educación sexual seria, razonada, lógica que la ponga en condiciones de saber lo que va a hacer, a lo que se expone y qué responsabilidad adquiere al poder ostentar el título de madre; bien pertrechada, no es difícil que la raigambre del cálculo y del interés mengüe vitalidad y lozanía a sus ideales hondamente sentidos y razonadamente cimentados.

Llevado a cabo el matrimonio, al que van la inmensa mayoría de las españolas unas veces empujadas ciegamente por la simpatía, otras por la puerilidad de no ser solteronas, en ocasiones por encontrar quien las mantenga, se presenta el problema de los hijos; problema que aquí resolvemos con la ingenua despreocupación de la ignorancia. Dimana esta ignorancia de la escasa o nula cultura que de estas cuestiones aporta la mujer al matrimonio. No conocemos al casarnos ni nuestros deberes ni nuestros derechos; deberíamos, pues, ser irresponsables, irresponsabilidad muy denigrante en nosotros que queremos ceñir la diadema de la racionalidad.

Hemos indicado ya que los hijos constituyen el vínculo filogénico y aun psicológico del matrimonio; son lazo que une y ata a los individuos de una familia. Cuando dos individuos han procreado hay o debe haber entre ellos una tal comunidad de deberes, una responsabilidad tan grande, que aun cuando otra cosa no les juntara, eso debiera unirles. Tienen los padres para con los hijos deberes ineludibles que cumplir que, aparte de que se sienten y se cumplen relativamente, el Código los marca, como es sabido. Sería muy discutible si el hombre, jefe supremo de la familia, conoce sus deberes paternales y los lleva a cabo; los negocios, los quebraderos de cabeza, dicen ellos; y yo

añado, las tertulias en casinos, los *foyers* de los *music-halls*, la comodidad de quitarse de encima un deber, les impiden ocuparse de los hijos. Spencer, con una ironía finísima, dice: «Nuestros hombres se preocupan de obtener un caballo de raza, un perro que gane el primer premio en cualquier exposición; en cambio, les tiene sin cuidado que sus hijos se críen enclenques y delgaduchos». Qué gran verdad y como todas ellas ¡cómo nos deja el paladar amargo! No es esta ocasión de hablar de los hombres, puesto que el *Cursillo* es de educación femenina y a ésta debemos referirnos.

Los feministas fanáticos son partidarios del matriarcado en el sentido de que la madre, que es la que más unida está a los hijos, les dé su nombre en justa compensación a lo olvidada que quedaésta en todo lo que a vida exterior y social se refiere, ya que la madre sufre dolores por los hijos, desgasta sus energías vitales por ellos, les prodiga sus cuidados y los educa, aun cuando por falta de preparación lo haga deficientemente.

Hoy sabemos que la denominación por línea materna queda sólo para aquellos que fueron engendrados sin haber cumplido sus padres las formalidades religiosas y civiles. ¡Otra crueldad de nuestra civilización, o mejor, de nuestros hombres, que no sienten en su conciencia la necesidad de afrontar lo hecho con denuedo y con valor!

Con respecto al matriarcado yo no restringiría tanto su campo de acción. En cuanto a los apellidos soy partidaria de que se ostenten los de ambos padres; ambos nos engendraron, de ambos debemos perpetuar el nombre. En mi opinión, el matriarcado sería una especie de institución que marcara a la madre todo lo que debe hacer por sus hijos, que no son suyos sólo, sino que pertenecen de hecho y de derecho a la sociedad en que viven, a la nación que los cobija bajo su bandera, y a ella ha de dar cuenta de los hombres que le prepara.

En este sentido aceptaría yo el matriarcado, porque dignifica a la mujer, dándole la norma de sus deberes maternales. Una de dos: o atiende el hombre a sus deberes de padre, o capacita a la mujer para que sea la fuerza motora que imprima movimiento y vida a la minúscula sociedad conyugal.

En este sentido debieran aunar sus esfuerzos los que están en actitud hostil al feminismo y los que son favorables a él, porque en este campo nada tendrían que temer los primeros y mucho adelantarían los últimos. Si la mujer ha de ser sólo mujer en el sentido de quedar relegada a las ocupaciones domésticas, lo menos que podemos pedir es que éstas las hagan con conocimiento de causa. Entre la mujer educada y la que no lo está, establezco yo un simil, vulgar, pero real, a mi entender. Va la misma dife-

rencia entre la mujer preparada para sus deberes y la que no lo está, que entre el ama de casa y su criada. Ésta barre, quita el polvo, pero por encima, en lo que se ve; aquélla busca los rincones, arregla sus armarios, ordena los más nimios pormenores...

La madre instintivamente lava a su hijo cuando está sucio o no lo lava nunca; la madre consciente lo lava como medida preventiva, sin esperar a que se ensucie; aquélla da el pecho a su hijo cada vez que llora; ésta, con más cariño, reglamenta al niño las tetadas para evitar al tierno estómago de su bebé un trabajo perjudicial por lo excesivo. Y así iríamos encontrando diferencias siempre favorables a la mujer asesorada por una razonable educación doméstica.

Por esto, ya que no por otra causa, convendría dar a la mujer una educación maternal concienzuda.

Si se me preguntara por dónde debía empezar dicha preparación, diría sin vacilación alguna que por nociones de eugenesia y aun de patología y psicopatología sexual, puesto que el dar hijos sanos a la sociedad no depende sólo de que la mujer los cuide bien después de nacidos. Es la eugenesia, señores, una seria tentativa de regeneración de raza; entraña una sana moral, puesto que anhela conducir al joven a un vencimiento de sus pasiones, sobreponiéndose

a ellas y aun a sus sentimientos cuando la objetividad de éstos no se dirijan a un bien común; tiende la eugenesia a que el hombre confíe en él mismo por su potencia física, por su capacidad intelectual, por el dominio de su voluntad; es también su fin hacer de la mujer un ser enérgico, con fuerza volitiva, de elevados sentimientos, de gráciles formas y de robustez orgánica que permitan esperar de ella hijos vigorosos. Cuestiones son tan importantes y tan necesitados estamos de atender a ellas, que yo no vacilo, aun en época en que todavía no tenemos las mujeres beligerancia, en proclamarme defensora de una ciencia que hombres y mujeres deberíamos conocer antes de unirnos en matrimonio, para no ofrecer al mundo generaciones de seres depauperados.

¿Por qué no hablar a la mujer de patología y psicopatología sexual? ¿Por qué no imponerla de esos a la vez degradantes y dolorosos estados anormales fisiológicos? Si de no decírselo dependiera que en sus ojos de adolescente continuara siempre la venda de la ignorancia, yo sería la primera en demandar silencio; pero si después la vida, imponiéndose, le ha de mostrar todos sus horrores y a veces lacerar su alma al hacer presa en sus hijos, ¿por qué advertirla cuando no hay remedio?

Y por otra parte, si no las conoce, ¿cómo podrá dirigir a sus hijos cuando llegados a la

edad crítica necesiten de sus advertencias, de sus consejos, de su solicitud maternal?

Tal vez al oir esto alguien sentirá la alarma propia de toda innovación, y sin embargo no hay para ello motivo. Tengo la absoluta seguridad de que si se llevara a la mujer hasta la naturaleza y supiera verla con el prisma del sentimiento atravesado por la luz de la ciencia, nos encantarían después los matices de verdadero pudor, casta dignidad y naturalidad sublime en que quedaría envuelta y esfumada el alma femenina. Tal como obramos, podéis creerlo, esas cabecitas adorables de juveniles mujercitas tienen un cendal blanco de ignocencia; pero levantadlo y veréis por dentro los molestos reflejos de la malicia.

Suponiendo ya a la mujer casada, suponiendo que ha de ser madre de un hijo, es menester prepararla para saber cómo ha de conducirse mientras lleva a su hijo en las entrañas y qué cuidados deben dársele cuando llegue al mundo; a ese hijo es preciso vestirle, hay que alimentarle, primero con leche, después haciendo las comidas comunes; ese niño echará los dientes, a ese hijo hay que destetarlo; crecerá y en su crecimiento pueden haber crisis; a ese hijo hay que formarle el alma, hay que hacerle hombre, en una palabra.

Cada uno de los puntos iniciados daría margen no a una lección, sino a un *Cursillo* para

detallarlo. Hoy hemos de concretarnos a sembrar la semilla de nuestras ideas en vosotros, campo abonado —porque de no serlo no vendríais a oirnos —, para que germinen ahora y fructifiquen más tarde si algo de lo dicho ponéis en práctica.

Respecto a los vestidos nos limitaremos a decir que lo esencial en tan vital asunto es que no impida la libertad de movimientos de las extremidades y del tronco del niño, a fin de que se desarrollen normal y convenientemente sus sistemas óseo y muscular. Ya sé que al sistema caduco y malo de la faja y los pañales ha substituído el moderno vestido a la inglesa; pero sé también, y creo que estaréis conformes conmigo, que ello no ha sido más que una imposición en nuestras costumbres de la moda, y que, por lo tanto, no es que la mujer en general se haya dado cuenta de que era preciso ser más humanos con los niños y no torturarlos mientras indefensos todo lo esperan de nosotros, vistiéndoles, a pretexto de cubrir sus encantadoras y rosadas carnes, con una funda atada con vendajes a manera de momias egipcias.

Me fundo, al decir que se viste a los niños a la inglesa por imposición de la moda, en un hecho real.

La mujer del pueblo, la que da más contingente de población, viste a su hijo todavía con

la consabida faja; en sus costumbres la moda no interviene con la fuerza que en las demás clases sociales; y como, por otra parte, no ha sentido la necesidad de librar a sus hijos de una envoltura que les ha de lastimar o por lo menos poner trabas a su desarrollo, de aquí que siga por el camino que le señalaron las costumbres de su tierra. No se crea al decir esto que soy una admiradora de lo extranjero; precisamente mis hijos, sin llevar la faja y los pañales estrechos, tampoco van a la inglesa; mi deseo fuera de que tuviéramos un vestido nacional higiénico; no siendo así, entre reprimir la libertad de movimiento de un niño y copiar lo de fuera de casa, prefiero esto último.

La mujer, en su ignorancia de los problemas maternales, viste al niño a la inglesa como lo vestiría a la turca si la moda así lo exigiese, y es necesario que no sea así, sino que se dé cuenta de la causa y a ella se atenga cuando de sus hijos se trate, para que los efectos sean lógicos.

La alimentación del niño es otro punto interesantísimo; durante el primer año de vida comprende la lactancia; terminada ésta también debe preocuparse la madre de la nutrición como base de un desarrollo normal.

¿Cómo hace la lactancia la mujer en España?

Ningún cuidado especial pone en ello; su alimentación es la ordinaria, sin excluir excitan-

tes, ni licores, ni ácidos; sin preocuparse de ejercicios al aire libre que tonifiquen su organismo; no reglamenta a su hijo, porque en unas ocasiones le presenta el pecho cada vez que llora, mientras en otras deja al angelito en pleno ayuno si sus ocupaciones le retienen en cualquier otro lugar.

Sé que respecto a alimentación está por resolver un problema económico, puesto que las madres del proletariado, que son las que más cumplen con su deber de criar a los hijos, cuentan con escasos recursos domésticos que no las permiten hacer comidas especiales; esto se obviaría conociendo bien la mujer la economía doméstica y el valor de los alimentos, puesto que la cuestión no es sólo económica. Si no temiéramos salir del cauce marcado por el tema, nos detendríamos aquí para hablar de la necesidad de crear en España escuelas *menagères* en las que la mujer especializase sus aptitudes de ama de casa; pero entendiendo que es mi deber hablar sólo de la mujer en su aspecto de madre, dejo de tratar de esas escuelas, de las que tantos beneficios obtendría la familia española si se estableciesen en España.

En Lión vi funcionar un restaurán en el que se sirven gratuitamente comidas sanas, abundantes e higiénicas a las madres nodrizas, cualquiera que sea su estado civil. Es una manera admirable de hacer hombres fuertes, nutriendo

bien a la madre que amamanta al niño, futuro ciudadano. Es este un ejemplo que debiera imitar nuestra municipalidad, aquí donde la madre obrera, mal nutrida y muy trabajada, después de una penosísima fatiga, ofrece a su hijo una nutrición deficiente junto a la puerta de la fábrica, que la espera para empezar de nuevo el trabajo.

Al hablar de lactancia, la discutida cuestión de las nodrizas surge potente como si de nada hubiese servido el alerta dado por los médicos, sociólogos, higienistas y estadistas en asunto de tanta monta.

Hablando en cierta ocasión con un prestigioso médico sobre las mujeres que no crían a sus hijos porque *no pueden*, según ellas, me contestó: «De cien madres en esas condiciones, cincuenta no amamantan a sus hijos porque no quieren; treinta porque no les parece bien; diez porque no es estético; cinco por estados patológicos, y quedan otras cinco que aun si quisieran, ayudándose con la lactancia artificial, podrían sacar adelante a sus pequeños».

Este depresivo concepto me pareció exagerado; mas después de reflexionado lo he creído, si no justo, por lo menos lógico; porque no hacemos sentir a la mujer su deber ni nos preocupamos en excitar ni depurar su sentimiento; por lo mismo ¿con qué derecho vamos a exigirle que por deber, por refinamiento de su amor

maternal y con el fin de acrecentar la población de su país críe a sus hijos y los haga fuertes aun a expensas de su vida? ¿Quién ha llevado a la inteligencia femenina la idea de los peligros morales y materiales que corre su hijo nutriéndose de un pecho mercenario y mecido por los brazos que no son los de su madre? Y aunque hubiera oído hablar de ello ¿posee suficiente cultura intelectual para concederle toda la importancia que tiene? Si a todo esto hemos de contestar negativamente, entonces hace bien la mujer en ser como es, en ser como los hombres han querido que fuese: una bonita muñeca, vestida de seda, arrebujada en encajes; pero sin corazón que lata, sin cerebro que piense y sin voluntad que obre.

De una estadística tomo los siguientes datos, que dicen mucho más de cuanto pudiera decir yo en cuanto a alimentación infantil durante el primer año de vida, dentro del pequeño marco de una conferencia.

De 10.000 niños murieron 201 alimentados por leche de mujer y 1.120 por leche de animal. En otra tabla comparativa encuentro que de 100 casos mueren 10 alimentados por leche de mujer, 32 por leche de animal y 38 por preparados alimenticios.

Si observamos la manera de nutrir a un niño veremos que el cambio de alimentación — de líquido a sólido — es tan brusco, que forzosa-

mente ha de ser perjudicial; y no digamos nada respecto a baños, cuidados en las enfermedades de la dentición, así como en las primeras tentativas de marcha, en la época crítica del destete, etc; todo lo que se hace lleva el sello de lo instintivo y lo que no se hace deja hueco tan grande, que o no se rellena nunca o cuesta mucho de rellenar.

Las madres sabemos bien esas *espléndidas* recetas para curar las enfermedades de la dentición hechas con toda clase de condimentos (ajos, vinagre, aceite, etc.) que toman carácter vecinal, según la forma en que van de una a otra casa, y a ellas se presta mucha más atención que a un sencillo baño que calme la excitación del niño, precisamente porque esto es lo lógico y lo simple y aquello más recargado dice más a la mujer a quien nadie se ocupó de enseñarle cómo debía atender a su hijo.

Respecto a la alimentación, después que el niño ha pasado el primer año de su vida, ¿qué sabe la mujer de composición de los alimentos, de calorías, de proporciones, de cantidades en que hay que tomarlos, etc.?

Decid a una madre, y conste que hablo siempre en general, que un niño de 5 a 8 años necesita unos 80 gramos de albúmina, 220 de hidrocarburo y 65 de grasa, que equivaldrían a unas 1.825 calorías, y tened por seguro que su perplejidad será tan grande como su asombro.

Y por eso, por no saber estos asuntos, hay tantos niños mal alimentados y tantos adolescentes enfermizos, anémicos y tuberculosos.

Y cuando este caso llega, una vez la enfermedad declarada, ¿sabe la madre ser la auxiliar eficaz del médico? Muy pocas veces, porque con toda su ternura maternal y precisamente por ésta, a la que no guía la razón, no sabe ser inexorable para las prácticas higiénicas y preceptos medicinales. ¿No sería, pues, conveniente que como complemento de su educación maternal se diesen a la mujer nociones de cuidados a enfermos y se la instruyese en el manejo de los medicamentos infantiles sobre todo?

Por otra parte, para que el desarrollo infantil siga su curso normal ¿tenemos idea de cumplir con nuestro deber conforme obramos? Yo creo que no, por cuanto nuestros niños y aun nuestros jóvenes no sienten aún la afición que debieran a baños, paseos y excursiones, a deportes campestres, a ejercicios físicos en pleno aire y en pleno sol. Priva aún más en la mayor parte de nuestras muchachas la idea de un vestido a la moda que de un vestido higiénico; les gusta más una sesión de cine que un paseo por el campo.

Ni que decir tiene que esos son los resultados que se obtienen con la educación deficiente de la madre.

No quiero extenderme más; creo haber pro-

bado, aun cuando fuera sólo bosquejándolo, que no llega la mujer al matrimonio en condiciones de dar a la sociedad hijos sanos. Y no sólo carece de condiciones por la educación que ella pueda dar, sino por la que recibe, puesto que su misma preparación física para la maternidad es deficientísima, o mejor, nula. No parece sino que los músculos y los huesos de la mujer hayan de estar eternamente en reposo según la educamos en pleno sedentarismo.

Dice también el tema: buenos y honrados. ¡Cualquiera se atreve a dar su opinión sobre este asunto!: pero es este un cursillo de educación en el que se me ha pedido mi criterio y voy a exponerlo noblemente.

En cuanto a buenos, podríamos ser mucho mejores de lo que somos; en cuanto a honrados... depende de la acepción que se le dé a la palabra. Yo entiendo que no sólo pierde su honor el que roba en despoblado, el que asesina..., y opino que deja de ser honrado el que se aprovecha de una idea noble para encumbrarse y medrar, el que hace de su profesión un medio de lucro, el que se arrastra vilmente mendigando lo que pudiera alcanzar con más energía de su parte, el que halla el medio de vivir a costa de otro, el que no sabe guardarse a sí mismo respeto, el hipócrita, el calumniador de oficio, el mogigato; todo ello constituyen en el cristal de la honradez facetas sin reflejos.

Y en este sentido todavía queda mucho que hacer para que podamos llamarnos honrados.

También aquí la influencia de la madre es interesante y decisiva, pero no única. Cuando el hijo actúa libremente en la familia, de lo que pueda ser tiene tanta responsabilidad él como la madre y quizás más aquél, puesto que representa la jefatura, el orden, la disciplina; es decir, el cerebro y la voluntad, mientras la madre es el amor, la ternura, el afecto, en una palabra, la sensibilidad.

Por lo que afecta a la mujer, tampoco se la pone en condiciones de educar moralmente a sus hijos, entre otros motivos, porque el primordial fin de esta educación consiste en preparar a los hijos para que vivan su propia vida, para que actúen con libertad y con independencia, y ¿cómo podrá la mujer hacer nacer esos anhelos si ella vive sin una y otra? Convengamos en que a la mujer no se le concede independencia ninguna y en esa limitación de su vida espiritual hay que buscar precisamente la causa de sus puerilidades. También es verdad que respetando su derecho a la libertad, tal como hoy la educamos, es un peligro, porque sin conciencia propia bien definida pasaría muy pronto de la frontera de la libertad al libre albedrío, y cuando el ser humano conoce sus derechos e ignora sus deberes se convierte en un obstáculo para el desenvolvimiento de la huma-

nidad. Antes de darle libertad a la mujer habría que prepararla para tal refinamiento; de lo contrario, no sabría usar bien de esa excelente prerrogativa.

Educada en la idea de la responsabilidad de sus actos, sería más moral (la bondad sin libertad para hacer el mal no es tal bondad) y ofrecería a los suyos ejemplos sublimes que imitar.

Si la madre fuese la constante compañera de su hijo, si juntándose a sus alegrías fuese partícipe de ellas, si supiese entrever entre sus juegos sus aptitudes y las favoreciese y encauzase hasta alcanzar la finalidad buscada, si en las decepciones de la amistad encontrase el apoyo del cariño inmutable maternal, si le enseñase a soportar con valor las dificultades de la vida, en el corazón del niño irían cayendo semillas de bondad y de honradez que se transformarían luego en tierno amor a su madre, en sincero afecto a su hogar, en gran respeto a su patria, en amor y transigencia a los hombres; hasta su sentimiento religioso sería más depurado, porque lo avaloraría una conciencia recta.

Si la mujer-madre supiese hacer de sus hijos seres vigorosos y sanos, tendríamos mucho alcanzado para llegar a una educación moral completa, porque los fuertes, por lo regular, son buenos; los enfermizos son seres pusilánimes, muy capaces, porque les falta la fuerza, de acudir a todas las debilidades humanas para llegar

a donde se proponen; y es que al tener débil el organismo se debilita también la voluntad y se esfuman los sentimientos. Los sanos son enérgicos, alegres, justos en sus conceptos; los débiles son egoístas, tristes, de carácter acomodaticio. No tienen culpa; su alma recibe impresiones pobres por mediación de su cuerpo depauperado. Por el contrario, la salud corporal viene a ser sinónimo de bondad de alma; por eso tendría gran valor social que la madre, cuando no otra cosa, supiese dar hijos sanos y fuertes a la sociedad.

Ahora bien; ¿dónde adquirirá la mujer su educación maternal?

La opinión de muchos es que en la escuela; no soy contraria a esa opinión, y tal es así que en la de mi dirección tengo establecida la enseñanza de la puericultura desde hace mucho tiempo; entiendo, desde luego, que en la escuela, como centro educativo, es donde han de iniciarse los problemas de la vida; pero sé también que la maestra ha de repartir el tiempo en la enseñanza de aritmética, gramática, geografía, geometría, historia, religión, ciencias físicas y naturales, lectura, escritura, higiene, fisiología, música, trabajos manuales, dibujo y labores, esas labores, único encanto de los padres, que roban a la mujer horas y horas en la época de su preparación anímica.

Inútil es decir que la escuela educativa sabe

encontrar relaciones en las diversas enseñanzas, agrupándolas según su mayor afinidad, y con esto abrevia tiempo; la escuela educativa deja las fórmulas y vive lo que enseña, con lo que las repeticiones no se imponen; pero a pesar de esto, si bien acepto que en la escuela primaria se den nociones de educación maternal, entiendo que debieran haber escuelas donde esas nociones se ampliasen y se perfeccionaran.

Eso es lo que se hace en cualquier profesión; cuando sale de la escuela, la muchacha busca el taller, la fábrica, el almacén, el escritorio, etc., donde hace el aprendizaje perfeccionando lo aprendido en la escuela. ¿Por qué no seguir un camino semejante en la, llamémosla profesión de madre, si es la más augusta para los pueblos y la que mejor ejercita la mujer, porque en ella pone toda su alma?

La escuela primaria educativa descubre aptitudes, pero no las especializa; he ahí la razón del por qué, como una finalidad práctica de este *Cursillo*, propondría la creación en Barcelona de una escuela donde la mujer se instruyera en todo cuanto a economía doméstica se refiere y de un modo especial a la puericultura y maternología.

El Estado debiera preocuparse de la creación de esas escuelas especiales donde la niña hiciese su aprendizaje de futura madre, y a él debiera acudirse en demanda de escuelas del hogar

donde preparar a la mujer para su cargo de ama de casa; pero si no lo ha hecho ¿por qué esperar? Todos tenemos el deber de coadyuvar al engrandecimiento moral y material de nuestro pueblo, y si el hacer madres conscientes hubiese de ser en beneficio del mayor nivel moral y del mejoramiento de la raza, es innegable que a ello debiéramos dirigir nuestros esfuerzos, sin esperar a que nos dieran la cuestión resuelta.

Si ahora me obligarais a deçir cómo se llevaría a cabo la creación de esas escuelas, no os podría contestar concretamente; es en mí un ideal que os transmito por si queréis soñar en él; pero si ese ideal nos propusiéramos realizarlo, pronto sería un hecho; estamos en tierra catalana, en tierra donde toda cultura arraiga; hay aquí excelentes psiquiatras, estudiosos pedagogos, maestras meritísimas. Hay también centros educativos femeninos (1) donde se trabaja con entusiasmo plausible y con resultados positivos; ellos quizás nos cobijarían hasta tanto que el Estado los estableciese por su cuenta.

Ya veis como tenemos elementos; tal vez nos faltara ambiente, porque sabed que también hay mujeres de pasividad tal que cuando se les enseña a abrirse paso prefieren quedarse

(1) Instituto de segunda enseñanza para la mujer e «Institut i Biblioteca per a la dóna», dirigido por la señora Bonnemaison de Verdaguer.

quietas, por que, desde luego, es más cómoda la paz que la lucha. Si ese ambiente se hiciera, el proyecto es cosa muy factible; una vez puesto el ideal en el crisol que habría de convertirlo en realidad, la organización surgiría por sí sola; es cuestión, pues, de voluntad.

No se crea que con esto cristalizarían mis aspiraciones con respecto a la educación femenina; ha habido épocas en mi vida en que he sabido lo que era tenerse que valer por sí propio y por eso sé también lo necesario que es capacitarla para la lucha; en este sentido, brillantísimamente han expuesto las distinguidas damas que me han precedido en el uso de la palabra su valiosa opinión, opinión que yo hago mía; porque entiendo que no es sólo la finalidad de ser madre la que debe inspirar a la mujer, ya que no todas se casan. Mi deber en este *Cursillo* era probar la deficiente educación del hogar que la mujer lleva al matrimonio y a ello me he limitado; muchas de las damas que han actuado ya, abundan en la idea de que toda deficiencia en la cultura femenina emana de la primacía del hombre que, con el derecho del más fuerte, le marca una orientación limitada y ahoga sus aspiraciones y su libertad entre estrechos moldes. Llevan razón; pero yo no creo que deba insistir en hablar de este asunto. Si valemos más o si valemos menos, si nuestra capacidad es menor o mayor... son cues-

tiones bizantinas poco interesantes ya. Adelante, adelante siempre, poco a poco, abriéndonos paso en nombre de nuestra libertad de seres humanos, y si la labor es provechosa, triunfaremos.

Para que las deficiencias de la cultura femenina se transformen o acaben es preciso colaborar todos en su educación, empezando por que el hombre mismo se dé cuenta de ello y colabore en obra tan trascendental, con la seguridad de que formando espiritualmente a la mujer ha de encontrar una auxiliar y no una competidora.

Si todos trabajamos con fe, alcanzará la vida de familia todo su valor.

El matrimonio se hará entre gentes instruídas en las relaciones sexuales y los eventuales peligros que de ellas pueden dimanar; sabrán que el trabajo es condición precisa para la existencia de todos; hombres y mujeres se darán cuenta de la diferencia de su misión indicada por el sexo y la individualidad.

Se inclinará a los hijos a ganarse los goces y a merecer su sustento, porque se les criará fuertes y honrados; habrá alegría en la familia, porque habrá salud. Limpieza extremada, estética y arte reinarán en el hogar y el amor será más fuerte por cuanto no atarán a la familia lazos de interés material.

Todo ese milagro podría efectuarlo una mujer

educada dirigiendo un hogar bien constituído.

¡Que no pese sobre nuestra conciencia el aplazamiento de esa obra de amor y de bien social! y para que así no sea levantemos bandera de educación femenina que ostente el lema: maternidad, aureolado por los irisados matices de la ciencia y nimbado por las filigranas del sentimiento.

LECCIÓN CUARTA

TEMA ÚNICO

El sentimiento religioso en la mujer española

por D. Dolores Monserdá, Vda. de Maciá.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:
SEÑORES; SEÑORAS:

EL benemérito editor y entusiasta propagandista de cultura cívica y moral D. Miguel Parera, tuvo la atención de solicitar mi concurso para este ciclo de conferencias o lecciones encaminadas a la ilustración y enaltecimiento de la mujer; y a pesar del intenso atractivo que para mí tiene la idea, como es un tema que desde el año 1869 en continuados artículos y últimamente en mi libro *Estudi feminista* he venido tratando con algunas de las mismas orientaciones expuestas estos días (lo que me obliga a repetir conceptos y manifestarlos después de haber saboreado el público los competentes trabajos de las notables escritoras que me han precedido), resulta de todo ello una tan gran desventaja para mí, que únicamente la elevada significación que a mis ojos tiene el tema que se me ha

reservado, logró determinarme con fuerza suficiente a tomar parte en el presente acto. Y no acaban en los dos ya expuestos los inconvenientes levantados contra mi trabajo, ya que éste precisamente ha de recaer sobre un fondo o esencia al que desde hace ¡veinte siglos! allegaron su erudición y apostolado los más preclaros santos y sabios.

Así, pues, ¿qué belleza, qué desconocida orientación puedo traeros a esta improvisada cátedra? Tan sólo mi sinceridad y con ella la experiencia de lo que se ha visto y vivido. Esto es lo único que con mi acostumbrada sencillez procuraré explanar en la presente sesión.

Según el programa de estas conferencias, la mía ha de tratar de «El sentimiento religioso en la mujer española». ¿Española? He aquí un adjetivo que sobra enteramente a mi vista, pues la religión no es cosa humana, terrena y convencional; no es una moda que se pone y quita y frívolamente se cambia por otra. La religión es de esencia divina, y por lo tanto, inmutable y eterna, que vive, palpita y actúa en el interior del alma en un solo sentido que, por ello, es a mis ojos completamente idéntico en la mujer española que en la francesa, inglesa, griega o rusa.

En estos instantes, lamento, señores, no haber vivido buen número de años en países extranjeros para hacer con verdadero conoci-

miento de causa un concienzudo estudio psicológico de las divergencias que, referentes al tema que me ocupa, puedan existir entre la mujer española y la de otras naciones; pero como no fué así, y en viajes de treinta o cuarenta días sólo se reciben impresiones sobre cosas o costumbres completamente externas, me vería en la precisión de hacer ciencia leída, ciencia prestada, ciencia recogida del ver y sentir de ojos y criterios que, por muy eruditos y expertos que fuesen, no serían los míos.

Si se tratara de apreciaciones entre la mujer catalana y la de otras provincias españolas, como la primera es propia y la otra hermana, el natural conocimiento que tengo de ambas me daría gran facilidad para señalar los diversos matices que pueden existir entre nosotras; pero podéis estar seguros de que estos matices, aun tratándose de mujeres de un mismo Estado, aparecerían siempre en las manifestaciones externas.

Recuerdo que en un viaje efectuado hacia el año 1873, al entrar en una iglesia francesa a la caída de la tarde, me causó inexplicable impresión oir cómo las mujeres de aquella tierra, acabado el rezo del Rosario, con acento cuya ferviente vibración no ha podido desvanecer todavía el tiempo transcurrido, añadían a los acostumbrados rezos una plegaria por su patria. Tan honda fué la emoción que

me produjo aquel grito de: «¡Señor, salvad a Francia!», que por un momento me pareció oir rezar por vez primera con la fe y entusiasmo que rezaban aquel conjunto de mujeres postradas al pie del presbiterio; pero una vez fuera de la iglesia, la fuerza de la reflexión me representó al punto que yo no había oído rogar a Dios en alta voz más que en los rezos habituales y por la salud pública en tiempo de epidemia; y que si bien era cierto que las mujeres catalanas, de carácter concentrado y retraído, no ponían en sus rezos la nota de entusiasmo que el recuerdo, a la sazón tan vivo, de la guerra franco-prusiana imprimía a los cantos religiosos de las mujeres francesas, era igual, era idéntico el sentimiento que las congregaba al pie del altar, pues a todas las conducía la fe de que Dios las escuchaba y la esperanza de alcanzar el fin que se proponían. Si verdaderamente era cierto que había diferencia en la forma, no así en el fondo, engendrado por un mismo espíritu, por idéntico sentimiento.

En el carácter, en el temperamento, en el vestir y actuar en sociedad, en esa jovial movilidad que a través de los años le conserva una ingenuidad casi infantil, la mujer española tiene sin duda un sello propio, un aspecto típico que la diferencia de la mujer de otros países; pero no acierto a ver ni sé encontrar esta diferencia en el sentimiento religioso, que dimanante de

una fuente única tiene una sola y única vida en cuantas almas lo poseen verdaderamente.

¡Ah, señores! Si en esta época sedienta de sensacionales emociones, si en ese derrame de cinematógrafos, diarios y revistas cuyo único fin es despertar y nutrir la curiosidad de espectadores y lectores por medio de asuntos imaginativos, se interpolasen las hermosísimas y verídicas descripciones que esa gran muchedumbre de héroes, llamados misioneros, nos envían de América, Africa y Asia, exuberantes de hechos realmente maravillosos, verían cómo bajo la vestimenta de la mujer india, africana o china cristalizan iguales palpitaciones, igual espíritu de sacrificio, igual florecimiento de abnegaciones, si en medio de las luchas, penalidades e incertidumbres de la vida, las ilumina como a nosotras el sol de la religión cristiana. Por esto, dentro de sus diferentes ropajes, de sus diversos usos y costumbres, iguales virtudes florecen en el corazón de la doncella y de la madre de familia de aquellas lejanas tribus, que en las de los pueblos y ciudades españolas; y así, con el corazón lleno de inexplicable admiración, vemos en las fotografías de las revistas católicas, cómo entremezcladas con nuestras heroicas Hermanas de la Caridad, procedentes de todas las naciones, las mujeres cristianas indias, chinas y americanas comparten con las europeas la evangélica

labor de las Misiones en los hogares, escuelas, hospitales y aun en las más altas cumbres del sacrificio, con aquella incomparable abnegación que las lleva a poner su juventud y su vida al servicio de los infelices y aislados leprosos.

Cristo aplicó los méritos de la Redención al universo entero, y universales son sus efectos en el humano espíritu sin distinción de pueblos, razas ni sexos, porque conviene dejar sentado que la religión no es exclusivo patrimonio femenino, sino que, felizmente, lo es por igual de toda la humanidad.

Que la mujer practica la religión con más copiosa y exquisita sensibilidad es un hecho innegable y naturalísimo; porque, psicológicamente hablando, es más religiosa que el hombre; y también porque, por regla general, la mujer española tiene la grande e inmensa fortuna de no haber leído las teorías de Voltaire, de Rousseau, de Proudhon, de Schopenhauer y, en fin, de toda la coluvie de racionalistas que emprendieron la destructora labor de emponzoñar las almas. Y así como en este mundo todo suele tener su compensación, la mujer, en medio de los muchos dolores que la apesadumbran, tiene la grande y extraordinaria felicidad de creer en Dios y amarlo.

¡Creer y amar! ¡Fe y amor! ¡He aquí los dos motores recluídos en el corazón femenino y

a los que está encomendada la propagación de la espiritualidad del universo!

¡Imponderable felicidad! Con los ojos dulcemente cerrados, ver las maravillas del cielo; con la ingenuidad del niño, sin científicas investigaciones ni analíticas inquietudes, esperar las eternas recompensas; con la fuerza del amor, vencer todos los obstáculos para hacerse digna de aquel divino Jesús que, arrancando a la mujer de los horrores de la barbarie y alzándola del lodo del paganismo, la enalteció y dignificó colocándola en el nivel que hoy ocupa, comunicándole a los pies del Sagrario la fuerza necesaria para sobrellevar las dificultades, luchas y dolores que tan constantemente la abruman en el transcurso de su existencia. Porque, señores, a la mujer no hay que juzgarla en ese breve florecimiento de la vida llamado juventud, cuando a pie o en coche, en la calle, en el paseo, en el teatro luce su hermosura, su elegancia y gracias físicas, sino en la intimidad del hogar, cuando desempeña, a veces muy valerosamente, el complicadísimo haz de sus deberes como hija, esposa, madre o hermana del hombre. Y puesto que sólo encuentra en Dios la fuerza para soportar victoriosamente tan continuadas luchas, a Dios ama por gratitud y por amor; y pues amor es un río sin esclusa, se desborda por todos lados y brotando de las hondas interioridades del alma apa-

rece exteriormente en los actos que realiza.

Al empezar el presente trabajo os dije que sólo podía allegar a estas conferencias la experiencia de lo que he visto y vivido; y así, prescindiendo de las citas de diccionario enciclopédico, que tan fácilmente pudiera consignar, relativas a tantas reinas y heroínas que llevadas del sentimiento religioso colmaron de gloria las páginas de la historia de España, como igualmente de las santas, de las mártires, de las hermanas de la caridad, de las misioneras, astros todos de primera magnitud en el firmamento de la Iglesia, y de tantas y tantas mujeres que en la época actual, en todas las poblaciones de España, sin otro estímulo que la recompensa divina no escatiman sacrificios ni esfuerzos de todo linaje para fundar y sostener Asilos, Asociaciones y Patronatos encaminados a la enseñanza y protección de la niñez, me complaceré en entresacar del mundo en que vivimos, o sea del gran acervo de sacrificios ignorados, alguna modesta violeta de entre las muchas flores que cultiva el sentimiento religioso.

Hablamos de religión y hablamos de asociaciones en que actúa la mujer movida por el amor a Dios, o sea el sentimiento religioso; y frente a esas hermosas visiones tan hondamente grabadas en la retina de mis recuerdos, no sé substraerme al deseo de relatar alguna de las

maravillas de amor que Dios me ha permitido ver en la obra de la Sociedad de San Vicente de Paúl; en esta obra que tocando las cumbres de la perfección actúa en medio del más profundo silencio; en la que el estuerzo personal, la abnegación y el sacrificio se practican humildemente, calladamente, ignoradamente, sin una línea de publicidad en los periódicos, sin el atractivo de la más insignificante diversión mundana, sin que la mano izquierda sepa el valor del donativo que la derecha deposita en el fondo de la bolsa que, al vaciarse sobre la mesa, deja al descubierto la ofrenda colectiva, quedando en el más evangélico secreto la limosna individual.

Alguna vez se les ocurre a los poetas y escritores hablar de las altas cualidades morales de la mujer; y no obstante, ni escritores ni poetas la vieron jamás en el verdadero despliegue de esta belleza, o sea en la cristiana actuación ejercida en esa sociedad denominada Conferencias de San Vicente de Paúl.

¡Oh! ¡Cuán consolador es, en medio de tanta indiferencia, de tanta frivolidad, de tan frenético afán de lujo y diversiones, recordar la plenitud del sentimiento de la caridad practicado con todas las filigranas que tan delicadamente sugiere el amor a Dios en bien del prójimo!

Son tantas las visiones que en estos instantes

se acumulan en mi mente, que sólo haciendo un esfuerzo puedo escoger, de entre el gran número de hermosos heroísmos que he visto practicar, el de una distinguida dama que durante casi ocho semanas, a las nueve de la mañana, después de atendidas las más apremiantes obligaciones de su casa, iba a derramar sus bondades a un cuchitril de la calle del Consejo de Ciento, en donde moraba la pobre que se le había designado en la Conferencia de la parroquia de la Concepción.

Era mujer de un peón de albañil y madre de tres criaturitas, y desde largo tiempo atrás la tenían presa en la cama o en la silla unas úlceras en las piernas. Y doña Felicia Galofré, cuyo nombre declaro porque hace ya muchos años que sin duda goza en el cielo del premio concedido a sus virtudes, dejando las galanuras y comodidades de su casa, sencillamente vestida con un traje de casimir negro y una mantilla de celosía, que se quitaba y doblaba al llegar al cuchitril de su pobre, para ponerse delantal y mangones de lienzo, se arrodillaba delante de la enferma y, como Jesús a los pies de los apóstoles, lavaba con los medicamentos recetados aquellas úlceras que, de no hacerse así, arriesgaban gangrenarse, según decía el médico. Y la bondadosa señora vendaba las llagadas piernas con la destreza de un hábil practicante, y después de la cura, lavaba y peinaba

a las tres criaturas de la enferma y desembarazadamente ordenaba lo que más desordenado estaba; y después de unos cuantos alentadores consuelos a la madre y de unas breves advertencias prácticas a las criaturas, a las once y a veces más tarde, sin que nadie tuviese noticia de la obra que acababa de hacer y que repetiría al día siguiente, se iba a cumplir sus deberes de rica y distinguida señora de su casa.

¡Oh! ¡cuántas y cuántas abnegaciones a esta semejantes podría referiros! Pero como alguien tal vez objetara diciendo que el sentimiento de la caridad no es con toda exactitud el tema de la presente disertación, dejando las flores de este jardín, aunque las conceptúo brotadas de un mismo árbol, iré a recoger las que sola y únicamente provienen del sentimiento religioso; y dentro de este círculo os diré cómo la joven y ya difunta madre de un conocido arquitecto de Barcelona, habiéndole dicho los médicos que le aplicarían el cloroformo para librarla de los agudos sufrimientos de extirparle un cáncer del pecho, se opuso valerosamente, respondiéndoles que le bastaba con tener delante una imagen de la Virgen de los Dolores; y con los ojos fijos en la Dolorosa Madre, soportó sin un grito ni una queja la cruel operación.

Os diré cómo una pobre mujer aragonesa, viuda con muchos hijos, por atender al cuidado de la familia y de la industria con que la man-

tenía, sólo le quedaban cuatro horas para dormir y de ellas cercenaba una para oir la misa de cinco, asegurando que en aquella hora recibía la fuerza necesaria para soportar las otras veinte que diariamente dedicaba al trabajo. Y por no fatigar más vuestra atención, os referiré de una joven señora, natural de las provincias Vascongadas, que casada contra su voluntad (lo que significa que no estaba ni en lo más mínimo enamorada del marido impuesto por sus padres) fueron tan grandes los sufrimientos, malos tratos, humillaciones y pérdida de intereses sufridos en el matrimonio, que un su hermano, eminente abogado de Bilbao, al enterarse de los martirios que pasaba, vino en su busca a Barcelona para llevársela junto a él, y se encontró con que su hermana rehusó enérgica y firmemente separarse de su marido.

Agotados todos los argumentos para determinarla, el buen señor exclamó exasperado:

— Me volveré solo; pero antes quiero saber qué te retiene al lado de semejante monstruo.

— Que el médico dice que tan delicado de salud como está no puede vivir mucho tiempo con la vida que lleva; y como con las gentes de que se acompaña moriría sin sacramentos, no me quiero mover, por si en aquella hora logro salvar su alma.

He aquí una muy pequeña muestra, de entre las muchas y muchas que podría exponer, de

lo que es capaz de obrar la fuerza del sentimiento religioso en el alma de la mujer española; de esta mujer, pobre de ciencia, pobre de superiores estudios, pero rica, muy rica de fe, que sencillamente penetrada de sus deberes, los cumple sin ni siquiera percatarse del heroísmo que muchas veces necesita para llevarlos a cabo; heroísmo que de tanto tenerlo ante la vista lo diputamos por hecho vulgar y ordinario de la existencia, y cuya continuidad ha sido posible tan sólo por la eficacia del amor a Dios, entre la incredulidad y desmoralización de la presente época, muy poco a propósito para facilitar el florecimiento de virtudes, que si individualmente engendran los hechos relatados, en el conjunto de la vida son el río de amor que, brotando del corazón de las observantes del Evangelio, encuentra en el mar del dolor humano un bálsamo para cada herida y un consuelo para cada pena.

Y si por desgracia es cierto que hay mujeres que olvidan o eluden el cumplimiento de su deber, necesario es acusar más que a ellas al hombre, que en vez de ser su apoyo y defensor en las escabrosidades del mundo, se convierte en su pervertidor empleando la superioridad que Dios y la naturaleza le concedieron, en poner la piedra que precipite en las profundidades del abismo, almas que por ignorancia o poca comprensión de la enseñanza religiosa carecen de su guía y fortaleza.

Así también, por más que duela a nuestro amor patrio, es preciso confesar que desde hace más de dos siglos no está España a la altura de las naciones acaudillantes de Europa, por lo que, salvo algunas excepciones, si los hombres, que tuvieron a mano los elementos de cultura, han vivido rezagados, no es necesario decir cómo quedó el cultivo de la intelectualidad de la mujer que, sometida al criterio del padre, del hermano o del esposo, ha sido víctima de un sin fin de prejuicios que fueron entrelazándose para retenerla en los más nebulosos abismos de la ignorancia; ya que en los pasados años de 1810 a 1820, no sólo en las familias pobres, sino en las ricas y aun en algunas nobles, había graves dificultades para que las mujeres pudieran adquirir la ciencia de leer más o menos correctamente las páginas del *Simón de Nántua* y firmar con su nombre al pie de las escrituras en las compraventas de sus propiedades.

Esta falta de cultura de la mujer española y la manera mezquina y rutinaria como algunas han comprendido la religión, más llena a sus ojos de minuciosos pragmatismos que de la esencia y elevada significación de su fondo, ha sido causa de que, con el rodar de los siglos, se formase en España un campo propicio para que medrase la grama de la superstición, engendrando algunos ejemplares de la mujer faná-

tica, tipo que injustamente se nos ha atribuído por los enemigos de la Iglesia como especialidad de producción española, cuando sin vacilación ninguna puede asegurarse que es un fruto enteramente mundial.

Ciertamente que la mujer fanática, intransigente y obtusa no es modelo que yo pretenda recomendar a mis compatriotas; pero también os digo que Dios preserve a la humanidad, que Dios preserve a los hombres, de que en vez del fanatismo religioso pudiera algún día apoderarse de nuestro sexo el fanatismo de la incredulidad, más obcecado, más insensato, más exaltado que cualquiera otro; porque este fanatismo fuera la ruina del hogar y de la familia, y por lo tanto, la campanada que señalaría al mundo el advenimiento de la disolución social.

Hoy día, señores, con muy loable sentido se trabaja y se organizan conferencias como las que en estos días se han venido celebrando con el fin de enaltecer la cultura femenina, y dar a la mujer los elementos propios al mejor desempeño de su misión en el hogar y en la sociedad. Meritoria y muy digna de alabanza es la obra que realizáis. El mundo marcha; el mundo evoluciona; y la mujer, que ha de ser hermana, esposa y madre de los que marchan y evolucionan, justo y necesario es que se provea de las armas convenientes para dirigir sus influencias hacia las orientaciones del espíritu moderno;

pero aquí, señores, habréis de permitirme que repita lo que ya he dicho otras veces al tratarse de la ilustración de la mujer, esto es: que si la mujer no está muy sólidamente cimentada por la enseñanza y práctica de la religión cristiana, por mucho que se la engalane con los joyeles de la ciencia, del arte y del progreso, se derrumbará la obra, como se derrumbó en las profundidades del mundo antiguo aquel imponderable despliegue de cultura femenina que fué pasmo y admiración de Roma. Porque la cultura sin religión no puede hacer lo que la religión ha hecho sin cultura; ya que sin élla, sin poseer los grandes elementos de estudios superiores que hoy puede recibir la mujer, con sólo saber escribir su nombre y aun sin saberlo escribir siquiera, la mujer española, con la sola y única enseñanza de la doctrina cristiana concienzudamente vivida, ha sabido sentir y difundir a través de los años, de las luchas y perturbaciones de toda índole, la alta sabiduría del cumplimiento de sus deberes en todos los estados de la vida. La duda sería afrentosa para la virtud de nuestras abuelas; sería afrentosa para el corazón y la inteligencia de las madres de la generación presente; pues, al fin y al cabo, ellas han sido las educadoras de las que hoy sobresalen en las orientaciones manifestadas en estas mismas conferencias; que madres acertaron a formar el corazón de los iniciadores e

infatigables luchadores de ese movimiento ascensional que hoy agita a las almas hacia las cumbres de una progresiva cultura de perfección moral.

He aquí, señores, si no todo cuanto una mentalidad más erudita que la mía os hubiese expuesto sobre «El sentimiento religioso en la mujer española», el milagroso prodigio que la fuerza de este sentimiento ha operado en la mujer de España.

(Traducido del catalán)

Discurso de clausura por el Excelentísimo Sr. Dr. D. Valentín Carulla

Rector de la Universidad

SEÑORAS; SEÑORES:

ACEPTÉ una de las presidencias efectivas de este cursillo de educación femenina por deber y por convencimiento; por deber, como Rector de esta Universidad literaria; por convencimiento, como ciudadano, que si como Rector me considero obligado a asistir a cuantas manifestaciones culturales puedo, de las que se celebran no tan sólo en el recinto universitario, sino también en centros, escuelas y ateneos, como ciudadano estoy convencido de que uno de los problemas fundamentales de la patria es el problema de educación. He ahí las causas de honrarme en presidir las lecciones de este cursillo que con esta sesión clausuramos.

El objeto del mismo ha sido el ocuparse del problema de educación femenina, considerando la mujer en el hogar, su misión en la sociedad y el sacerdocio que en la escuela ejerce; teniendo en cuenta que en estas diversas manifestaciones de la actividad humana se hace necesario

amor y sentimiento para que fructífera resulte la labor. Asi ocurre en general, cuando de la mujer procede; que no en vano pone ella de su parte toda aquella intensidad de afecto de que son capaces un corazón ahito de amor y una voluntad firme y equilibrada.

Este cursillo ha obtenido verdadero éxito por los trabajos leídos y conferencias dadas por ilustres damas, así como por la numerosa y escogida concurrencia que ha asistido a todas y cada una de las lecciones. Lamento como el que más, que deberes ineludibles de sus cargos hayan impedido asistir a los Excelentísimos señores Gobernador civil y Alcalde, ya que debían, respectivamente, presentar a las señoras disertantes y saludar a la mujer española. Lo mismo digo respecto al Excelentísimo señor don Rafael Andrade, que debía ocuparse del problema de la educación femenina. A lo amargo de la ausencia y al desencanto de vernos privados de sus trabajos, que por ser suyos eran tanto más deseados, debemos reconocimiento sentido al ilustre publicista don Federico Climent, que subsanó la falta, disertando con fácil palabra y exquisitez de concepto, acerca el problema cultural de la mujer.

Antes de proseguir, dediquemos un aplauso y formulemos una censura al amigo señor Parera, organizador del cursillo; aplauso entusiasta por el éxito alcanzado; censura, en cuanto

fija como final de esta lección: «Discurso-resumen» a cargo del dicente.

A Dios no le plugo darme condiciones intelectivas ni menos dotes oratorias con que engalanar la frase, armonizar conceptos y construir períodos para pronunciar discursos, y por lo que respecta a resumir, si cabe, me declaro más inepto. ¡Vana quimera la de ofreceros adecuado marco al hermoso cuadro urdido por esas ilustres damas en sus respectivas conferencias! ¡Pura sutileza lo de sintetizar lo dicho, ¡Bien resultara lo que al alquimista de antaño! que después de obtener la esencia de una flor se empeñaba en separar el aroma de la esencia y daba al final con el desengaño de no poder divorciar el espíritu del perfume de la material esencial

* * *

Al estudiar Climent y Terrer la mujer en la antigüedad y parangonearla con la mujer moderna, fundamenta que el único remedio de los males morales que afligen a nuestra desasosegada civilización está en educar a la mujer al unísono del hombre, sin que resulte el sexo impedimento de cultura, y afirmando categóricamente que el problema feminista no es en síntesis nada más que un problema pedagógico, pues para que la mujer pase de la condición

de sierva a la de digna compañera del hombre, se hace necesario tan sólo labor educativa y cultural.

Al ocuparse de la misión social de la mujer en la vida moderna, Carmen Karr de Lasarte ha matizado su labor con una intensidad de sentimiento digno y muy digno de loa.

El trabajo de Leonor Serrano de Xandrí ha versado sobre el trabajo intelectual y el trabajo manual de la mujer moderna. En él se fija que el único trabajo propio y característico del sexo es el materno; pero que la mujer necesita un cambio radical que mejore su educación física, y por lo que respecta a su educación intelectual y moral debe completarse con la Puericultura y con la Pedagogía en cuanto se refiere a cultura general; y debe a la par elegir una profesión especial, adquirible en escuela profesional de adultos adecuada.

María Doménech de Cañellas glosa la influencia decisiva que la educación y la cultura de la esposa ejercen sobre el carácter y conducta del marido y en consecuencia de los hijos; y conceptúa que es la mujer la que modela el alma, inicia las aspiraciones y alienta los sentimientos de su pueblo. Reconoce al hombre más fuerte, potencialmente, que la mujer, más enérgico e impulsivo de voluntad, más activo anímica y físicamente, pero a la par, menos analítico y reflexivo que ella.

La mujer, manantial de vida y fuente de amor, corrige al esposo en lo imperfecto y defectuoso y, como madre, educa a sus hijos; que la educación, no la instrucción del mismo, puede ser también labor del pedagogo; pero siendo obra de amor y de preserverancia es esencialmente maternal.

Rosa Sensat de Ferrer se ha ocupado del verdadero concepto de los deberes sociales de la mujer y educación que debe dársele para cumplir con su misión de esposa y madre.

Fundamenta el por qué de la educación de la mujer para bastarse a sí misma y ser esposa y madre; con lo primero conquistando su independencia y aportando al matrimonio idealidad y afecto y no buscando en el mismo solución al problema de la vida; aportando bagaje suficiente con que intervenir en el círculo de las actividades de su marido; y si Dios le concede la gracia de ser madre, al objeto de poder contar con hijos materialmente sanos, moralmente buenos y socialmente útiles.

Diserta María Baldó de Torres sobre si llega la mujer a la maternidad con suficiente preparación para dar a la sociedad hijos sanos, fuertes y honrados.

Cree que en la escuela, como centro educativo, han de iniciarse los problemas de la vida; pero juzgando que, además de estas nociones de educación maternal, hacen falta otras

escuelas, aparte de las primarias, donde estos conocimientos se intensifiquen y perfeccionen; que por lo mismo que la escuela primaria educativa descubre aptitudes, pero no las especializa, falta la escuela donde la mujer se instruya en cuanto se refiere a economía doméstica, sin olvidar la puericultura y la maternología.

Y hace pocos momentos, Dolores Monserdá, viuda de Maciá, se ha ocupado del sentimiento religioso en la mujer española, glosando la fe y el amor de la misma; fe y amor que recluye en su corazón motivando la propagación de la espiritualidad del universo.

Con razón ha dicho que, psicológicamente hablando, la mujer es más religiosa que el hombre, y si hay entre ellas quien claudique debemos acusar más que a ellas al hombre, que abusando de su superioridad la pervierte, al dar con almas ignorantes o con poca comprensión de la enseñanza religiosa.

Y ha terminado su conferencia afirmando que si bien no resulta recomendable la mujer fanática, intransigente y obtusa, más perniciosa resultaría para el hogar y la familia de hallarse ella poseída por el fanatismo de la incredulidad. Convengamos con la disertante que la cultura sin religión no puede hacer lo que ha hecho la religión sin cultura o con cultura defectuosa.

Con lo dicho, síntesis de lo expresado aquí,

en estas lecciones, queda fundamentada la existencia del problema feminista, llamando la atención por modo poderoso que aun en la actualidad perdure lo de sexo débil para la mujer en oposición al sexo masculino o sexo fuerte.

¿Sexo débil? Si hacemos con ello referencia al poco desarrollo muscular en consonancia a la falta de ejercicio adecuado, en esta época en que las prácticas deportivas no han intervenido lo suficiente para la mujer... pase.

Pero al penetrar en la esfera de acción de funciones anímicas, si cotejamos la intensidad de sentimientos, en este caso la cosa cambia; que bien podemos afirmar que, cual la influencia de la emanación radiactiva en el agua que en su círculo de actividad encuentra, gracias al papel de inductor que la mujer ejerce, desempeñando nosotros el de inducido, llegamos a amar y a sentir; amor y sentimiento que se adquiere en el regazo de la madre, que se intensifica en la adultez y así perdura en la senectud.

¿Es que lo de sexo débil se refiere a diminución de poder intelectivo? No confundamos el *cuantum* mayor o menor de inteligencia con el producto que de la misma se obtiene cuando no se la ha puesto en condiciones, por falta de estímulo, defecto de preparación o insuficiencia educativa, para rendir proporcional trabajo. ¿Cómo no recriminar al maestro, a los padres

y al esposo, verdaderos responsables de que, en general, la mujer no produzca intelectualmente lo que puede? De que ello es así y no hecho imputable a falta de comprensión o de memoria o a poca firmeza de voluntad, lo atestigua (y día por día resultará más palmario el ejemplo) el que, al cambiar de moldes, al romper con la rutina, al abrir las aulas de escuelas especiales, institutos y universidades a la mujer, al cuidar de su educación para que no empírica sino racionalmente desempeñe la misión que en el hogar y en la sociedad le corresponde, lo de sexo débil será circunstancial, ya jamás afirmativo, en absoluto, del sexo femenino.

Procure el maestro inculcar los conocimientos generales de la moderna pedagogía, sin limitarse al ajetreo de las labores y a rudimentos de escritura y de lectura con nociones de aritmética por tratarse de niñas. Háganse cargo los padres que no tan sólo a sus hijos, sino también a sus hijas les es de imprescindible necesidad la escuela, y sepan elegir la que les conviene e intensificar la labor del maestro no regateando los cursos y enseñanzas complementarias, cual hasta hace poco ha sido norma general.

Y respecto a nosotros, que sin duda alguna somos los más culpables, debemos exigirnos un cambio completo y absoluto respecto a la manera de considerar a nuestra esposa.

Pasaron los tiempos, y hemos de procurar que no vuelvan, en que veíamos en ella tan sólo al ama de casa cariñosa y a la madre de nuestros hijos, procurando inhibirla por completo de nuestras cuitas y trabajos. La esposa es y debe ser más, bastante más; es y debe ser compañera inteligente que coadyuve a nuestra labor y oriente o encauce, cuando menos, nuestros propósitos y energías. Contribuyamos a la educación que se merece, hagámosla copartícipe, desde el primer día, de nuestra misión social, procuremos que comparta la dirección de la casa y el cuidado de la familia con el exacto conocimiento de nuestros trabajos, incitémosla a que nos aconseje, que así y sólo así, a la par que el provecho material que obtendremos de su cooperación, caracterizada de ordinario por su extrema perspicacia, la iremos educando, haciendo que desenvuelva sus actividades fuera de su cotidiana labor en el seno del hogar, colocándola en condiciones apropiadas para que cuando Dios disponga que el marido le premuera no se vea precisada a actuar de víctima al tener que liquidar negocios arraigados, o lo que es peor, necesitando recurrir a procurador o apoderado para administrar sus bienes, en los que se hallan vinculados su porvenir y el de sus hijos.

En fin, para terminar lo que a sexo débil hace referencia. Como no puedo olvidar la pro-

fesión que ejerzo, debo manifestaros lo capcioso que resulta lo expuesto por algún tratadista respecto a la influencia del sexo en la evaluación de las dosis medicamentosas, creyendo que ello presupone inferioridad en ella con respecto al hombre. No, la influencia primordial que debe tenerse en cuenta al prescribir medicamentos a la mujer es con relación a ciertos estados fisiológicos tales como sus períodos menstruales, el embarazo o estadio y lactancia, épocas en las cuales se requiere tener en cuenta los mencionados hechos para que circunstancialmente no resulte contraindicación. En todos los demás casos el tener, en general, que emplear dosis menores para obtener un efecto dado a las pertinentes al hombre con el mismo fin, eso, muy lejos de significar debilidad, acusa impresionabilidad y ello evidencia que la mujer, más que un organismo débil, es un ser de sensibilidad exquisita.

* * *

¿En qué debe consistir la educación femenina? Distingamos la educación general de la especial, de ordinario complementaria de aquélla o de aplicación.

La educación general debe adquirirse en la escuela, intensificándose luego ya en las clases de adultos o en las normales e institutos.

Muy lejos de nuestro propósito el exponer aquí el plan de estudios conveniente a tal objeto. Mucho y bueno se ha dicho en el decurso de estas conferencias y estampado quedará al publicarse próximamente; pero convengamos, en trazos generales, que al llegar al segundo grado de enseñanza deben predominar las correspondientes a la escuela del hogar, las pertinentes a economía doméstica, contabilidad, idiomas, escuela casera y aquellos conocimientos de puericultura indispensables a la mujer, en relación a la alta misión social que desempeña en el seno del hogar.

Por lo que respecta a las escuelas especiales, contemos en primer lugar con las normales; escuelas normales con su escuela práctica aneja bien montada, al objeto de poder dar en ella el complemento práctico de la enseñanza que la moderna pedagogía exige. Tal escuela representa para los normalistas lo que las clínicas hospitalarias para el escolar de medicina y lo que las oficinas de farmacia para los respectivos alumnos.

Escuelas profesionales e institutos donde adquirir enseñanzas técnicas y complementarias, y las aulas universitarias para cursar en ellas los estudios pertinentes a una de las respectivas facultades.

¿Tiene fundamento práctico este movimiento de avance que de unos años a esta parte se

nota a favor de que la mujer curse estudios superiores? ¿Resulta para ella prácticamente utilitario licenciarse en derecho, filosofía, medicina, etc.?

Distingamos según se trate de obtener un título profesional buscando en el ejercicio de una carrera el modo de atender a las necesidades de la vida, o bien si se desea adquirir conocimientos como intensificación educativa sin perseguir la finalidad práctica del ejercicio de una profesión. Conste que en ambos casos no es incompatible la mujer, por lo que respecta a condiciones intelectivas, con las enseñanzas del derecho ni tampoco con las de la filosofía ni con las de las ciencias en sus variadas secciones; pero en general la profesión, al parecer, más compatible con el modo de ser de la mujer es la de farmacia, el arte de despachar, las prácticas de análisis químico y, si se quiere, los conocimientos médicos suficientes para alcanzar el título de licenciado o tan sólo el diploma de enfermera. Aun tratándose de alumnas pertenecientes a familias acomodadas y cuyos estudios no presuponen por lo tanto el obtener un título para la práctica profesional correspondiente, el de enfermera cumple la noble y práctica finalidad, de poseer conocimientos suficientes con los cuales vencer rutinas y alejar hábitos curanderiles al hallarse al cuidado de un enfermo, labor necesaria

para cumplir las indicaciones del médico y tomar en casos de urgencia las que se juzguen oportunas ínterin aquél acude.

Así puede por modo altruista servir a sus semejantes la mujer acomodada, y siendo madre de familia atender a los cuidados que la salud del esposo, hijos o allegados reclame como auxiliar inteligente del médico en cada caso.

* * *

¿Con qué contamos en la actualidad en pro de esta labor cultural femenina? Algo poseemos; poco, si se quiere, en relación de lo necesario; pero este poco va avalado por la bondad de las respectivas instituciones, así como por la intensa labor que efectúan. Sí, ¿por qué no decirlo? al ocuparme de cultura femenina y de instituciones especiales para la mujer, me encuentro de momento trasladado a la calle de los Angeles (simbólico resulta el nombre), al conventual edificio, residencia hoy del «Institut de cultura per a la dòna i Biblioteca popular», y me inclino respetuoso ante la labor de la pléyade de entusiastas señoras y señoritas dirigidas por mano maestra e inteligencia privilegiada, por una ilustre dama que se ha entregado, cual verdadero apóstol, a la labor cultural con una intensidad de afecto y plétora de entusiasmo únicamente comparables

con su talento y con su gran corazón. Aprovecho gustoso estos momentos, en aras de estricta justicia (y conste que he de aprovecharlos cuantas veces se me presenten), para rendir testimonio de admiración y ofrecer mis respetos a Paquita Bonnemaison de Verdaguer, lamentando esté aquí presente, ya que su modestia excesiva es para mí cortapisa y me impide proseguir.

Existen, además, las enseñanzas pertinentes al instituto de segunda enseñanza para la mujer a cargo de profesores y auxiliares de nuestro Instituto general y técnico, clases que tienen lugar por las tardes en aquella parte de local universitario ocupado por el mismo, además de una serie de conferencias de intensificación universitaria y excursiones científicas bajo la dirección de ilustres personalidades y dedicadas a las mencionadas alumnas.

Existen también algunas escuelas especiales que no enumero por el temor de que, infiel mi memoria, pecara al dejar de mencionar alguna. Y por modo especial debemos mencionar la existencia de la falange de entusiastas que estimulan con su presencia en actos cual los actuales, verdaderos y activos elementos encargados de formar atmósfera, de crear opinión, y ello por sí sólo basta para que en marcha triunfal y progresiva haga vía la campaña por la cultura de la mujer.

¿Cuáles son los medios conducentes al logro de tal objeto? En primer lugar la propaganda, esto es, cultivar el medio para formar ambiente, siguiendo por ende la pauta trazada por el organizador de este cursillo, señor Parera. Y en segundo término, además de los esfuerzos particulares que se logren aunar, se hace necesario que contribuyan moral y materialmente a la obra, el Estado, la Diputación y el Ayuntamiento. Como representante del ministro de Instrucción Pública en este distrito, gustoso reconozco que no tan sólo no le es indiferente este movimiento al Gobierno de la nación, sino que, por el contrario, le interesa e interviene por modo directo y eficaz en sostener y coadyuvar diversas manifestaciones del mismo. Y como ciudadano, atestiguo a la par los buenos deseos y algo práctico efectuado ya en pro de tales tendencias por nuestras corporaciones provincial y municipal.

¿Cuáles han de ser los resultados de este movimiento en pro de la cultura femenina? Dignificar a la mujer, para que se baste a sí misma, poniéndola en condiciones apropiadas para luchar por la existencia, siempre y cuando necesite vivir de su trabajo; equiparar su cultura general a la del hombre para que exista concordancia y ejercer así influencia decisiva sobre el carácter y conducta de su esposo y sobre sus hijos, cumpliendo misión de esposa y

madre en pleno ambiente de los preceptos de la pedagogía y de la higiene en complemento con los de la moral cristiana.

Mucho se ha hablado y perdura en la actualidad el criterio de que la raza degenera. Tengamos en cuenta el desequilibrio general que existe entre los dos factores que en la misma intervienen, esto es, entre el hombre y la mujer. Al elevar el grado cultural de ésta para llenar cumplidamente y en condiciones apropiadas la misión social que Dios le ha confiado, afianzaremos para lo por venir el mejoramiento moral y material de nuevas generaciones, cuyo adelanto progresivo vendrá vinculado en la sana orientación de educación femenina, glosada en estas lecciones que han integrado el cursillo que clausuramos con este acto.

Frases de agradecimiento

por D. Miguel Parera

ILUSTRÍSIMO SEÑOR;
SEÑORAS; SEÑORES:

AMBIENTE de afecto y tolerancia flota en los ámbitos de esta sala y ello me induce a molestaros con esta pobre oratoria mía, convencido de que perdonaréis osadía tanta.

Sean mis primeras palabras para pedir un voto de gracias y un aplauso al Ateneo Barcelonés, bien merecido por su bondadosa hospitalidad facilitándonos desinteresadamente cuanto hemos necesitado para llevar a término este Cursillo.

Agradezcamos también al Excelentísimo señor ministro de Instrucción Pública su buena disposición a favor de este acto.

Asimismo hemos de agradecer al Excelentísimo señor Gobernador civil de la provincia y al Excelentísimo señor Alcalde constitucional de Barcelona su buena intención al aceptar una presidencia y encargarse del desarrollo de un tema, si bien perentorias ocupaciones les hayan impedido cumplir su compromiso. Al Ilustrísimo doctor Carulla, dignísimo Rector de la Universidad, que posponiendo atendibles

ocupaciones se ha dignado honrarnos con su docta presidencia, le debemos real y efectivo reconocimiento, que hago extensivo a las autoridades militar, de Marina, Provincial, de Hacienda, Centros, Academias y demás corporaciones oficiales que con su presencia honraron estas sesiones.

Mi reconocimiento profundo a doña Carmen Karr de Lasarte, prestigiosa escritora; a la inspectora doña Leonor Serrano de Xandrí, que supo despertar en nosotros su intensa emotividad, y para doña María Doménech de Cañellas, la que con frase contundente fustigó vicios funestos de nuestra organización social.

Reconocimiento y admiración a la erudita labor de doña Rosa Sensat de Ferrer por su estudio de pedagogía femenina, al que debieran prestar preferente atención los encargados de legislar en este asunto, y a doña María Baldó de Torres, que supo completar el estudio de la señora Sensat levantando el velo a faltas de organización escolar que debieran remediarse; a la venerable doña Dolores Monserdá, viuda de Maciá, a quien sus achaques no impiden venir para que gocemos de la ternura y delicia del hermoso trabajo que acabáis de oir, y nuevamente al sabio Rector de esta Universidad, el Excmo. doctor don Valentín Carulla, que con galanura y profundo criterio ha sabido en su discurso, elocuente y erudito, poner a este Cur-

sillo de Educación Femenina un marco apropiado al cuadro de estas conferencias. Al erudito escritor y orador, de todos admirado y conocido, don Federico Climent Terrer.

A doña Narcisa Freixas por su desinteresada cooperación en organizar las ilustraciones musicales, a que tanto encanto dieron este ramillete de hermosas señoritas con sus canciones populares, de que es reina indiscutible la distinguida artista señorita Cerdá y a la profesora de piano señorita Aymat. Todos recordamos con gusto a la ideal violinista señorita Garanger y a sus dignas compañeras señoritas Caprón, a los hermanos Sala y al niño prodigio Juanito Torrents, quien ayer nos embelesó con sus primores en el violoncello.

¿Y la prensa? ¡Siempre noble y desinteresada acude presurosa a recoger los latidos de la opinión dondequiera se la llame!

Gracias a todos y muy especialmente a mi querido amigo don Pedro Llort, que ha hecho concienzuda información con admirable constancia, secundado por los amigos Romea, Figuerola y Díaz-Retg.

Cumplido este gustoso deber de cortesía y reconocimiento con quienes han dado valor y prestigio al Cursillo con su talento y con su saber, me queda por expresar mi gratitud profunda a esta distinguida y escogida concurrencia, a este incontable número de ilustres damas y

hermosas señoritas que con su constante presencia han avalorado este Cursillo que inicié sin pretensiones, sin pensar que pudiese ser más que otro grano de arena en el edificio del enaltecimiento de la raza española, y ha resultado un acontecimiento y un éxito sin precedentes. Gracias, pues, por vuestra asistencia, encantadoras señoritas, nobles damas y dignos caballeros, y ya que os habéis dignado responder a mi llamamiento, bueno será sepáis a qué habéis venido y por qué os he llamado.

Creo deber de cortesía explicaros la razón que me ha inducido a la celebración de este Cursillo.

Opino que la verdadera causa del malestar nacional, del atraso en que se halla sumida la nación española, de su pobreza y de su degeneración es la falta de método en el trabajo y la carencia de ideales en la mayoría de los españoles.

Gran parte de los hijos de nuestra España son abúlicos, faltos de orientación, de voluntad y de iniciativas. España es considerado como el país de *las zambras y las corrías*. El español legendario es perezoso e indiferente a cuanto no sean esas manifestaciones de españolismo; y mientras España fenece porque no hay hombres, todos critican a los que desorientados nos gobiernan sin lograr encauzar nuestra rebelde voluntad; pero a nadie se le ocurre hacer nada

más que criticar sin emprender acción activa para mejorarnos.

¡Hay que hacer hombres! Si logramos hacerlos tendremos gobernantes, estadistas, maestros, legisladores, no de nombre tan sólo como ahora, sino fuertes, severos, ecuánimes, doctos y activos como lo son unos pocos que viven y luchan desesperados por falta de ambiente.

Estos defectos de la raza cuya eliminación persigo, sólo las mujeres pueden corregirlos. ¿De qué sirve que tengamos buenas escuelas si cuando a los siete años se entrega el niño al maestro ya está viciado y su alma pervertida? ¿Qué logrará el mejor profesorado, si su primer enemigo es la madre del alumno?

Educando a la mujer, capacitándola para que sepa cumplir consciente sus deberes de esposa y madre, modificaremos la índole del pueblo español. La madre plasma el alma del niño, la madre pone en el alma del niño los primeros sillares de su educación. El niño será lo que haga su madre que sea. A vosotras, pues, me dirijo para que enseñéis a vuestros hijos estas máximas, que no debéis olvidar nunca. Inculcad a vuestros hijos estos preceptos y formaréis un pueblo fuerte, noble y viril.

¡Hacedlos activos y laboriosos, respetuosos y disciplinados con todo poder constituído!

¡Que estimen su dignidad y abominen del fingimiento y de la falsía!

Decidles: Sé sincero, franco, leal y recto en todos los actos de tu vida.

Aplícate ordenadamente al trabajo, porque si eres activo, laborioso, bueno, justo y probo, no ha de serte difícil ser sobrio y frugal, y forzosamente habrás de ser amable, cortés, fraternal y cariñoso con todo el mundo.

Defiende tu libertad y respeta la ajena; sé tolerante, consciente y firme en tus convicciones.

Procurad vosotras, madres, arraigar las creencias en sus almas y decidles:

Cree, y cree con fe, que el hombre sin creencias es la negación del hombre. Respeta las creencias ajenas y haz respetar las tuyas; forma tu inteligencia y tu razón en el estudio; encamina y regula tus acciones y sentimientos hacia el bien.

Respeta, honra y ama a tus padres; vive en buena armonía con tu familia; respeta a la mujer, y no olvides que sólo en el hogar hallarás la dicha completa.

Conserva tu juventud llevando una vida sencilla y austera, y acuérdate que el libertinaje y sus placeres degradan y envilecen, y que en ellos se pierden la salud y la dignidad.

Ama y ama bien. Y al escoger la que ha de ser compañera de tu vida, procura que su principal belleza sea la bondad y la salud moral y física. Que la razón y el sentimiento, no la pasión, sean tus consejeros en este trance.

Sé buen ciudadano; practica las virtudes cívicas. Respeta las leyes y ama la libertad, la justicia y la fraternidad.

Ama a tu patria, sírvela y hónrala; trabaja por su prosperidad, grandeza y gloria, dándole la inteligencia y la actividad, sacrificando la vida si necesario fuera.

La vida efectiva y consciente es síntesis de diferentes amores. De niño, debe amarse el estudio, la vigorización física y moral, y debe acometerse con resolución la formación del carácter e imperio de la voluntad; sigue luego la vida del hombre, el amor a la familia, que constituye la única felicidad posible; el amor al prójimo, según los santos preceptos del Redentor, y finalmente, el sacrosanto amor a la patria, a sus tradiciones y a su bandera.

No hagas a otro lo que para ti no quisieras, ni tampoco aquello que repruebas cuando lo hacen los demás.

Nunca digas lo que no pienses, ni hagas lo que no esté conforme con tus íntimos sentimientos.

Trabaja, trabaja mucho y con afán, que el trabajo allega salud y alegría. Lo que debieras gastar en vicios y vanidades, empléalo en remediar la penuria y miseria ajenas.

Hay en la tierra innumerables seres que padecen consumidos por las enfermedades, faltos de todo recurso y auxilio; muchos desvalidos

que lloran e infinitos huérfanos sin apoyo alguno, abandonados a las luchas por la vida. Ancianos misérrimos, hombres ineducados, enfermos incurables; hay mucho mal que remediar.

No hallaremos placer comparable al que difunde en nuestro espíritu la acción consoladora de la caridad. Alentar al que lucha desesperado, redimir al cautivo, acallar la afanosa necesidad del hambriento y enjugar las lágrimas del que sufre son los placeres reales de la vida, que se completan con el amor a Dios y a la familia.

No olvidemos que quien busca la felicidad completa en este mundo, muere sin haber alcanzado la felicidad relativa.

Repitamos a nuestros hijos:

Sé bueno, honrado, noble y digno; la vida es amor; vivir es amar; ama a Dios, ama a tus padres, ama a tu familia, ama al prójimo y a la patria.

Hagamos una patria noble y fuerte. Redimámosnos de nuestros errores.

Estudiemos; trabajo y estudio lo vencen todo y en nuestra lucha venceremos si trabajamos con fe.

Esto pido a las madres españolas para que ofrenden a nuestra patria querida una raza nueva llena de fe, esperanza y amor.

OBRAS DEL DOCTOR MARDEN

PUBLICADAS

Vol. I. ¡Siempre adelante!

Declarada de utilidad para las Escuelas Nacionales por R. O. de 2 de febrero de 1914. — Cuarta edición.

Vol. II. Abrirse paso y La fuerza de voluntad.

Tercera edición.

Vol. III. El poder del pensamiento y Atractivos personales.

Segunda edición.

Vol. IV. La iniciación en los negocios.

Vol. XX. La alegría del vivir.

Tercera edición.

EN PRENSA

Vol. V. El éxito comercial.

SEGUIRÁN

Vol. VI. El perfecto empleado.

Vol. VII. Paz, poder y abundancia.

Cada tomo rústica, 4 Ptas.-Encuadernado, 5 Ptas.



OBRAS DE R. W. TRINE

En armonía con el infinito

Rústica, 3 Ptas. Encuadernado, 4 Ptas.

La ley de la vida

Rústica, 2 Ptas. Encuadernado, 2'50 Ptas.

Vida nueva

Rústica, 2 Ptas. Encuadernado, 2'50 Ptas.

El credo del caminante

Rústica, 1 Pta. Encuadernado, 1'50 Ptas.

El respeto a todo ser viviente

Encuadernado, 1'50 Ptas.

La mejor ganancia

Rústica, 1 Pta. Encuadernado, 1'50 Ptas.

